LA CANCION DEL INSOMNIO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

LIBRO EXTRAÑO
GENARO
DON MANUEL DE PALOCHE
CARLOS MENDEZ
HACIA LA JUSTICIA
PERDIDA

POEMAS

LA INQUIETUD HUMANA

En prensa:

DRAMAS

MISERICORDIOSA
ABUELO FRÉNESEN
SOLEDAITA
RAMIRO EL REY
LA HORA HEROICA
LA FUENTE GENEROSA
LA VIRTUD MATA

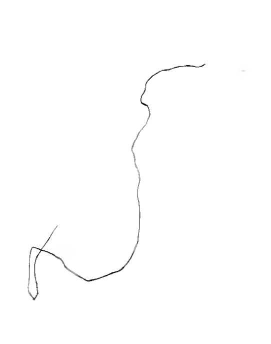
FRANCISCO A. SICARDI

LA CANCION DEL INSOMNIO

POEMA



Talleres Tipográficos de A. Molinari
1256, Talcahuano, 1256
Buenos Aires
1918



A MI HERMANO JACINTO

In Memoriam!



VAGANDO...

En las noches calladas por las calles,
vagando, en soledad, en la penumbra,
puerta por puerta voy, interrogando
del morador la vida misteriosa.
Oigo pasos celéros en las casas;
velan allí. No baja la tranquila
inconciencia del sueño hasta las almas,
en la pasión turbadas. Las torturas
del amor crucifican; los temores
de las pobrezas acongojan; punza
el odio; el rencor exacerba; teme
por el tesoro la avaricia; nadie
reposa. Muchos rezan los rosarios
largos y quejumbrosos y el murmullo
hasta la calle sale, con crujidos
apagados de cunas, con las nénias
de las augustas pensativas sobre
el sueño de los hijos. La armonía
del amoroso canto en el silencio
de la calle nocturna va diciendo
la ternura materna, la impetuosa
idolatría santa. Así en el ruido
sumiso de los besos, que se escuchan
de cuando en cuando, se oyen los divinos
cancioneros. — las fablas del martirio
recóndito en la sombra de la estancia, —

si piensa en los futuros peligrosos
la madre arrodillada, con la frente
prona sobre la cuna, con las palmas
implorando, hacia Dios, misericordia!
¡Pobres las almas de los niños, cuando
las arrebata el cierzo por la vida,
como a las hojas otoñales, lejos
de los amores de los troncos muertos!
Sigo mi caminar; oigo los ritmos
del sueño sano, y ronquidos sonoros
de gargantas hinchadas por el vino
de la reciente bacanal. Se agitan
en pesadilla los borrachos; ven
a los espectros los dormidos sobre
los revueltos colchados; ven sepulcros
que abren la boca pavorosa y cuentan
de sus cadáveres la pena; sienten
llegar el frío de la muerte; gritan
sus macabros poemas...
Se despiertan.
¡Cuánto hielo en la carne! ¡El corazón
da vuelcos en el pecho; hiede a podre!
Inquietos en las camas, miran hondo
en el pasado: ven a sus dolores,
a los idilios muertos para siempre,
a la nupcia imposible, al beso férvido
de las amantes sobre las mejillas
rivales... ¡Crucifícalos pensar
en las horas felices fugitivas
que ya no vuelven más!

Otros intuyen
la miseria cercana, el espectáculo
de los hijos hambrientos en harapos,
a los padres mirando en la pavura
del día sin pan!... Oigo a los soñadores,
ímpetus temerarios, de la gloria
en pos! ¡Vieron desvanecerse lejos
al ensueño, alejarse las estatuás,
esperanzas del genio, convertidas
en polvo ignoto sus cenizas! ¿Libros
habéis escrito? ¡La comida sois,
a tarascones, de la envidia perra!
¡Con avidez os ha mordido el cuerpo,
la creación manchando a salivazos!
¡Hïeren las espinas la cabeza
del angustiado! ¿Acaso la apoteosis
andáis buscando? Encontraréis la befa,
como extraviados fuéseis, como seres
inertes. No dormís, oh melancólicos
del ideal cultores, perturbados
por esa amarga grima...

LOS CENOBIOS

Un monumento
en mi camino surge; es un sombrío
cenobio enorme, obscuro, una gualdrapa
en la penumbra insomne. ¿Acaso duermen
los cenobitas? Sale de la esquiva
pared musgosa un largo murmurar

de diálogos vivaces y confusas
palabras de protesta. ¿Anacoretas,
es vuestra vida, en el callar huraño
de la celda, un remedo mundanal?
¿Fascinan las pasiones de la tierra
a vuestro día? ¿Os acosa la carne,
oh penitentes flagelados? Digan:
¿las morbideces blancas y los besos
de perfumada hetera, sus caricias,
— en los ojos el paraíso perdido
por libídine fiera en un ardor
concupiscente — oh anacoretas, quitan
la paz, el sueño? ¡Qué rumores oigo!
¡Caen las disciplinas despiadadas
sobre el cuerpo desnudo! ¡Satanás
os mantiene despiertos; no podéis
al rebelde domar, cuando al óído
os sopla tentaciones deliciosas,
— los deleites soñados en las largas
soledades — y os susurra con burla,
— mientras en el *in-folio* escudriñáis
al humano destino, — la protesta
airada y la duda perturbadora
de la Fe revelada! ¿Y si no hubiera
un más allá, si todo terminara
en las cenizas del sepulcro, acaso
en el silencio eterno, sin amores
divinos y sin las resurreciones
prometidas? ¿Y para qué los rezos,
si no hay quien los escuche en lo Infinito?

¡Vanas palabras, voces dispersadas
hacia el enigma, con las energías
universales! ¡Y si ese Omnisciente
no fuera sino un miedo, si la frágil
ánima humana lo ha creado en susto
por los peligros de la vida y busca
en esa fuerza una égida, en presencia
de los hondos misterios de la muerte,
la tristura es inútil del cenobio,
el sacrificio austero, la abstinencia,
nada de sol ni de ojos negros, nada
de fervores de amantes! ¡Es inútil
el martirio de los acres cilicios
para matar las bramas insaciadas,
si toda ha de concluir esa odisea
en esfacelos pútridos! ¿Por qué
habemos de alejar a la embriaguez
de las fiestas sonoras, a la brega
impetuosa hacia destinos obscuros,
a la ausencia feliz, a los cantares
de la Natura alerta y fecundísima?
¡Dormir queremos! ¿Por qué estos infiernos
molestan nuestro sueño? ¿Por qué andamos
con las dudas a cuestas? ¡Qué callar
en la tiniebla del convento! ¿Cuándo
acabará el martirio?
Llega el alba;
los encuentra despiertos.
¡A rezar
sin haber descansado, anacoretas!

¡Qué pesado es el fardo! ¡Hasta morir
lo haréis rodar ansiosos, como rueda,
la mula en la atahona hasta la fosa!
¡Que no hay mayor congoja que la duda,
perturbadora de la paz!
"¡Huimos
de la celda!"
¡Van por los corredores
tan-tan sonando las sandalias, como
ecos de cosas muertas! ¡Cada monje
lleva su cruz de vagabundo el día
entero, sin descanso, — las sandalias
tan-tan sonando por los corredores!
¿Qué te ha hecho fugar, hermano triste?
¡He pensado en la orgía!
¿Y a ti?
¡La duda!

*
* *

En el rústico banco, bajo el cielo,
donde brillan los astros tan serenos,
entre la paz angélica, en la suave
plegaria de las cosas te sentaste,
oh monje, a meditar. Dime: ¿qué quieres?
¡El dominio del hombre! ¡Es mi venganza!
¡Las fiestas para ellos, el cilicio
para nosotros; el Universo helado
sobre nuestra alma, ellos la primavera!
¡Queremos dominarlos! ¡Sean vasallos,
cosas del campanario, cuando suena

en largo dondonear el *De-Profundis!*
¡Teman la Eternidad!
¿Y por qué corres,
hermano, tú? ¿Te punza qué aguijón?
¿No ves, oh peregrino, allá en el fondo?
Va huyendo la ventura. ¡La persigo,
la bramo para mí; nunca la alcanzo!
¿Quién es ese fantasma?
¡No lo alcances!
¡Ese es el esqueleto de la muerte,
con los huesos mondados, la guadaña
amenazante! ¡Cruje en la carrera
el armazón a saltos, negrecidas,
áridas las pezuñas, bamboleando
en la punta la calavera, como
si echara maldición, con las quijadas
apretadas, resecas sobre dientes
cándidos como nieve!
Va muy lejos
el fantasma agorero; va detrás
el monje en un jadeo, como van
los hombres al sepulcro, protendiendo
las palmas adelante. Si lo alcanza
en la fosa será donde se esconda
con su cuerpo y su grima, a no dormir
condenado en la vida...
Otros descansan,
humildes frailes fervorosos. ¡Pasan
en una paz angélica, en la Fe,
en la Esperanza, con sus sueños quietos!

No dudan, sufren, aman, dan violetas
a los altares. La aurora solerte
los encuentra rezando. ¡Dulces almas
modestas, ignoradas, energías
de la pureza, resignados mártires!
¡Cómo dormís sobre el amor de Dios!
¡Os despierta Jesús, cuando las albas
luminosas despiertan a la vida
calentando los gérmenes! ¡Amad
a los vencidos del convento, cuando
los corroe la carne en el insomnio!
¡Que las palabras del amor son versos
de la misericordia, poemas son
de la bondad divina, la paz cantan
y calman las angustias de las noches
eternas, desgarradas por los gritos
lúgubres, largos del remordimiento!
¡Cerca del monasterio yo pensaba
en esas vidas rudas, en los siglos
de penitencia, de plegaria, heroicas,
moderadoras de la bestia humana,
del misionero veía el holocausto
y la piedad ardiente para todos,
y la cruz en las regiones salvajes,
entre las burlas de las plebes ebrias!
¡Yo reverencio y grito el anatema
contra el escarnio, contra el exterminio,
cuando los cuelgan del madero y olvidan
dar sepulturas a esos bienhechores!
¡Pastos del cuervo sois, oh sobrehumanos!

¡Por la sangre vertida surgen días
mejores! ¡El sol pudre vuestras carnes,
del caduco licor se empapa el prado,
estremecido en el furor fecundo
de brotar y bebe el humano espíritu
en ese Gólgota el consuelo, cuando
las fuerzas desfallecen! ¡Desgarrad,
oh cuervos, al cadáver! ¡Sombras negras,
harponead a las vísceras calientes!
¡Por qué vais y volvéis, llenas las garras,
de ese esfacelo en el bestial banquete!
¡Qué angurria! ¡Qué zarpazos! ¡Cuánto apuro
por tragar la osamenta! ¡Qué asamblea
de gritos carniceros! ¡Qué volar
en torno de la presa! ¡Pronto! ¡Pronto!
¡Deshaced los cadáveres! ¡El mártir
al impregnar la tierra hará surgir
futuros inmortales!
Yo pensaba
este poema cerca al monasterio.
La calle estaba quieta y susurrando
la brisa fugitiva traía ecos
de avemarías lejanas...
Me acerqué.
¡Una verja, un vergel, plantas de lirios;
en el muro excavada una hornacina,
en el hueco una virgen con las palmas
juntas para rezar y las pupilas
taciturnas, tristísimas, en llanto!
Y de profesas vi llegar un coro,

negro-vestidas, lentas. De rodillas
al pie de la hornacina se pusieron
en la alta noche.
                                    Cuenten, oh viajeras,
¿por qué rezáis en la hora del reposo?
¡Ave María, contestan, *gratia plena*,
pídele a Dios perdone los pecados!
¡Oh madre, tú que viste al Crucifijo
bendecir tu martirio, tú bendice
el dolor del insomnio la agitada
cruz del alma nocturna! ¡Fué leyenda
de amor nuestra leyenda! ¡En la tiniebla
el ausente nos mira! ¡Otras mejillas
besas, oh idolatrado! ¡Ya olvidaste
la luz de mis pupilas, tu sendero
pías iluminando, como el sol
al árbol acaricia!... En el silencio
besamos en el cuarto solitario
tu boca anhelante. De tu persona
un efluvio misterioso salía,
como de flor abierta al beso cálido
de las nupcias deseadas. La embriaguez
de los recuerdos nos aferra; el sueño
abandona al pecado. ¡Ave María
misericorde, ayuda al penitente!
¡Tú quieres al gusano pordiosero,
derramas el rocío en las estepas,
te busca en la borrasca el navegante,
en la fulmínea soledad naufrágica!
¡Como la barca erramos en peligro

en las revueltas sirtes; somos náufragos!
¡A las arrepentidas da la mano,
oh esperanza del cielo, tú que anuncias
el vanecer del día en los tañidos
vesperales, en las melancolías
de la vida muriente, en el transmonto
de todos los amores, ¡ay, muy lejos
de la dicha, en las hondas tristezas
de las almas quebradas, cerca al lúgubre
deseo del sepulcro! *¡Ave María,*
dominus tecum, flor de los jardines,
oh, paz del alma! ¡Nuestras manos pálidas
juntamos, implorando, en estas noches
penosas de la celda, donde suenan
del pasado feliz las remembranzas,
en la casa paterna, las alegres
horas de la niñez, los viejos cuentos,
cerca a las chimeneas invernales,
y en el parque florido los idilios.
¡Mientras cantan las fuentes, deshojábamos
el horóscopo de las margaritas
bajo los trinos de los ruiseñores!
¡Perdón! ¡Perdón, oh *mater dolorosa,*
a los amores nuestros.
Castas fuimos,
otro grupo clamaba, bajo el velo
de crespones obscuros! ¡Moribundas
el amor de Jesús nos ha traído!
¡Soñadoras perennes no tenemos
otra idea, otro norte! ¡Somos cosas

en su dominio deleitoso; erramos
cerca de su persona, como tórtolas
de amor heridas cerca de los nidos,
adoratrices en silencio! ¡Así
adora la maleza a los escombros,
cubriéndoles las lágrimas con flores!
¡Oh frenesí de voluptad seráfica!
¡Besamos a Jesús en esta brama
impetüosa del insomnio! ¡A veces
nos desmaya el placer en un profundo
letargo extraterrestre! ¡Así quisiéramos
no separarnos de El, hasta morir
entre los brazos de ese amor divino
insacïadas...
Van para las celdas
en hileras, calladas. Parecía
una retahila de sombras adustas,
lentas, a paso leve, resonando
lejos, hasta la calle, las pisadas
bajo los claustros.

HOSPITALES

Hacia unos gemidos
sordos, lejanos, fuéronse mis pasos
de vagabundo. Cada vez más claros
llegan esos gemidos, desde lo alto
de grandes ventanales, semiabiertos
en la penumbra. Veo las murallas
del hospital musgoso, viejo como

la pena... Allí no duermen. En las filas
de camas blancas, lívidos los cuerpos,
yacen hundidos y los desazona
la noche sola cuando ellos recuerdan
la torva angustia de la despedida
en la casa fría, sin pan. No duermen,
acostados tosiendo. Hay estertores,
soponcios bruscos, gritos... ¡El delirio
produce el canto a veces del amor!
¡La flor primera, el alma avasallada
en la alegría de la pasión, el culto
a la creadora de la vida nueva,
el primer beso, la promesa eterna,
el miedo de perderla!... ¡En ese fuego
del corazón y de la mente, celos
en ásperas tinieblas, en demencias
vengadoras, caricias y reproches,
un poema cantado en el espíritu
para la virgen celestial, que viene
con nívea forma en la lóbrega sala,
llamada con anhelo tan sublime,
como se llama a las reliquias, — fuera
del cobertor la mano del enfermo
para atraerla a sí, — desmesurados
los ojos turbios, sonriente la boca,
cuchicheando en confusa farfulla,
llena de unción para la imagen santa
de sus adoraciones!

¡Moribundo!
¡Olvidada después de juramento. —

sobre el cajón que encierra tu cadáver
para el osario, — la arrastra el instinto
hacia el novel amante, hacia los goces
de la carne! ¡Nunca llevó violetas
a tu sepulcro anónimo y tus átomos,
tal vez, nutren las flores regaladas
en la pasión reciente! ¡Pobre insomne!
¿Pensaste, acaso, en esa felonía,
en las torturas de la noche larga?
De repente un silencio... El estertor
ha callado un momento... Se ha muerto uno...
La monja reza un *De-Profundis*. Pone
sobre el inmóvil pecho el crucifijo...
Han venido los fámulos; lo envuelven
en un blanco sudario; en la camilla
lo han colocado para el anfiteatro
a la implacable autopsia. A paso lento
cruzan con el cadáver los salones;
los enfermos lo miran; la pavura
de perecer como él los tiene alerta.
¡Pasan la noche larga en la vigilia
por miedo a ese cadáver que se ha ido
al arcano de donde no se vuelve!
¡Qué terror, Dios Eterno! ¡De ese país
tan siniestro, adonde vamos todos,
de esa ignorada sombra, de ese cuento
tan torturante, aléjanos, Señor!
¿Y si llega la muerte en nuestro sueño
con su tenaza helada? ¡Fuera! Fuera!
¡Abramos las pupilas; la veremos

venir por la tiniebla! ¡Fuera! ¡Lejos!
¡No queremos dormir, porque ese miedo
de la muerte nos hiela las entrañas!
¡No queremos dormir! ¡Y si el cansancio
nuestro cuerpo subyuga, venga súbita
la remezón feroz que nos despierte!
¡Llegue el martirio del insomnio!
¿Y tú,
no acompañas el coro? ¿La tragedia
no consiguió moverte? ¿Acaso tienes
una mayor congoja?
¡No tememos!
¡El delito retuerce nuestras almas;
despierta y mata la quietud! ¡Morir
es irse de la angustia!
Tú nos ves
en estas camas pordioseras, — otros
sofocados hablaban en voz baja,
mustios los ojos y los rostros lívidos.
¡En las pompas del mundo hemos tirado
en danzas, en orgías la fortuna,
en mujeres, en lujos. Inconscientes
augures, en nefandas bacanales,
llenos de vino, de impudor, en medio
de sistros y de flores, sin dormir,
sátiros insaciables, — las rameras,
borrachas de festín y de lujurias,
comieron nuestro cuerpo como comen
al cadáver los vermes! ¡Poco a poco
nos dejaron sin sangre esos vampiros,

y el tambor de la muerte con la tos
empezó a redoblar la funerala!
¡Nos va a acostar la tisis en el féretro
hacia el sepulcro, donde besaremos
los labios de ellas carcomidos!
¡Nunca,
tal vez, tuvieron primavera! ¡Acaso,
fatal, un sino las arroja fuera
de la virtud, al mal, al holocausto
prematuro, como si fueran víctimas
a cultivar votadas los fangales
de la sentina humana! ¡Necesarias
sacerdotisas de lascivias, ellas,
con su martirio, salvan a la especie
y en el destrozo de su carne son
las válvulas del fuego comprimido
en los vicios del hombre! ¡Son los pájaros
de los pobres tugurios, que se van
a pedir a los rayos meridianos
la luz que falta en ellos y no ven
que el sol quema las alas y las ansias
de vivir en el sol lleva a la muerte!
¡Oh, mariposas, no busquéis la luz!
¡Oh, soñadoras, no busquéis al príncipe!
¡Si queréis en invierno chimeneas,
prendidas al amor de las quimeras
de las llamas del sauce, si queréis
sombra de bosques en verano, sedas
y terciopelos sobre las sarazas
si os entumece el frío, si os cansáis

así encorvadas sobre la costura
¡oh, pobres fugitivas, preparaos!
¡Oh, juveniles ánforas! ¡El lodo
enturbiará las linfas cristalinas,
el desengaño os llenará de duelos,
el alma ingenua se hará trizas ante
la *lues* dispersa en el camino vuestro!
¡Vendrán, después, las horas solitarias
y con ellas la cruz de la nostalgia!
¡Pensaréis en la casa que fué vuestra,
en los patios floridos, en los tiestos
de primavera llenos de claveles,
en el pequeño cuarto, tan feliz
en el amor de vuestros viejos! ¡Cuando,
paseando por la tarde los tapices,
frente a la seda de los muros, suenen
las campanas del *Angelus*, tal vez
os acordéis de la pequeña iglesia
donde ibais a rezar la Avemaría,
a ese obrero mirando, que os llevaba
amor y rosas!... ¡Todavía os espera!
¡Todas las tardes pasa! ¡Si vosotras
camináis por allí veréis un luto
cubriendo al llamador! ¡Es que se han muerto
los viejos de dolor; es que se ha ido
el novio lejos y no ha vuelto más!
Mi caminar seguí por la ciudad,
entre penumbras, pensando en la Erinnis
que la carne devora de esas gentes
miserables... Cerca de mí pasea

algún noctámbulo su insomnio... Va
sin rumbo por las calles, mientras marchan
al paso algunos coches... Suele abrirse
la puerta de un zaguán; por ahí escapa
un fugitivo con el rostro oculto
y se desliza cerca a las paredes,
como a esconder delitos, un adúltero,
un tahur, un felón, la meretriz
que escupe de asco en la vereda, ahita
de ser sucubo a todos los borrachos,
embriagada ella misma, delirante
por la demencia de la orgía. Surge
de un umbral, de repente, un harapiento
de greña larga, nariz roja y dice,
en su canto estridente, una odisea
de hambre y de frío, que hace estremecer
a los silencios de la noche. Acaso
narra el desastre de una vida, o escribe
en la lúgubre nota una novela
de amor desventurado, cuyo término
fué el abandono, fué una muerte de alma,
la inmundicia del cuerpo y la tristura
de la mente vencida. Esa pareja
que acaba de pasar dándose besos,
a perderse camina, como piérdese,
en el misterio del espacio, el átomo
del cosmos desprendido, no se sabe
hacia qué abismo. Yo oigo de un balcón
salir una armonía de violines
en idilio celeste. Era un crepúsculo;

los pájaros piaban en voz baja;
el bosque estaba quieto y se veían,
a través de las hojas, los destellos
del moribundo sol tras las colinas...
Un susurro de brisas; de una fuente
musgosa el argentino canto. Venus
Anadiomena asómase al espejo
del agua fresca, como contemplara
estupefacta la belleza increada,
entre un tapiz de deshojadas rosas,
caïdas en la cuenca. En el sendero
sobre la alfombra de conchilla blanca,
los novios de la mano... ¡Oh virginales!
¡Oh, puras almas de los quince abriles!
En esa hora augusta se miraban...
¡En la mente la mente, la pupila
en la pupila, enajenados, ebrios
de amor espiritual, casi seráficos,
como la sombra benigna del bosque,
como el Dios de la noche, que en su seno
recoge todos los candores!... ¿Dónde
os vais, oh castas almas? ¿A escribir,
acaso, el verso de la Eucaristía?
a vivir en el cielo, arrebatados
en éxtasis suprema sobre el mundo?
¡Oh, comunión de espíritus sagrados
sin mancha terrenal, oh, femenino
eterno, deificado; oh, Beatrice!
¡En los rayos de luna, en esa noche,
vedlos, se van honestos hacia el lago

a seguir el idilio hasta el final
de los siglos, debajo a las estrellas
que miran del azul tan verecundas,
como miraran a una iglesia, donde,
arrodillados cerca del altar,
comulgaran los novios de la mano,
las pupilas en Dios!... ¡Oh, salve, salve,
oh pasión redentora! Los violines
cantaban armonías inefables,
como acallar quisieran los oprobios
de las calles nocturnas...
En la barca,
lentamente remando por el lago,
sueñan los novios la vida futura:
El, paladín, en ella la alegría
de la flor, de la luz..., una perpetua
égida el caballero, sobre el frágil
vaso de nácar, que es su personita,
ella el canto de amor inenarrable,
de la eterna sonrisa la leticia,
dos purezas en ese panorama...
Remaban en la sombra de las aguas,
bajo los astros del cielo sereno,
mientras corre la luna al más allá,
hacia el anhelo interminable, sobre
el lago manso como el bien... La brisa
susurra su canción con el siseo
del agua, que resbala en la carrera
bajo la quilla... Lejos la arboleda
como una hilera de monjes obscuros,

rezando su plegaria en los silencios
vastos del orbe; entre las ramas, luces
de caseríos escondidos; trovas
que llegan de la tierra, nunciatrices
de la alegría humana en el retorno
del labrador humilde hacia las chozas,
adonde espera la frugal comida...
¡Un poema de ensueño!...
Los violines
decían armonías inefables
como acallar quisieran los oprobios
de las calles nocturnas...

LAS CÁRCELES

Bruscamente
oigo blasfemias; miro en frente. Se alza
una monstruosa mole, como un signo
agorero, fatal, — una tiniebla
de un murallón cercada. Se apagó
aquel hermoso idilio... Centinelas,
con el fusil al hombro, se pasean
en siniestra amenaza, la atalaya.
¡Escucho los rugidos de la cárcel...,
almas feroces, horas de delitos,
vísceras rotas a puñal, de sangre
borbotones y chorros en las manos
del sicario, el retumbo sepulcral
del cuerpo muerto sobre la vereda!
"¡Tanto te amé, gritaba una voz áspera,

y tú me traicionaste con lujuria,
chupándole los labios a tu amante
en mi ausencia de noche! ¡Te agarrabas
como una loca de su talle! ¡Hundí
en tu pecho la daga tantas veces;
tus alaridos tengo en el oído!
¡No me dejan dormir, desgarradores
como gritos de Infierno! ¡No me dejan
dormir! ¡Más te amo, muerta! Eres veneno
de mis malas pasiones! ¡Tú te acuestas
al lado mío tan fría como un hielo,
como una caja fúnebre; me besas
con esa escarcha de tus labios; hiedo
a cadáver!''
                    Salen de las troneras
las carrasperas del rencor. ¡Decían
de almas aviesas, foscas, en incubo
de venganzas, las calladas fruiciones
de los felones en las emboscadas
nocturnas, del tigre el salto impetuoso,
abierta la garra al degüello, el grito
de exterminio sonando en soledades
obscuras, sin amparo!... Decían otros
los duelos encarnizados, el choque,
las chispas del puñal, las bufaradas
de las bocas cercanas, el rocío
de arterias rotas al estadio, en sangre
caliente, desmesuradas las pupilas
opacas del difunto, en tambaleo
trágico, hasta caer pesadamente

el cuerpo largo a largo sobre el césped,
en la luz suave del cielo tranquilo,
indiferente y fugas pavorosas
por los atajos, lejos de la ergástula,
hacia las cuevas ignoradas. Llevan
en el espíritu el delito; ven
en la tiniebla de la celda el ojo
acerbo, extinto, frío...
Aquellos cuentan
los estupros salvajes, las brutales
concupiscencias y los espantosos
aullidos de las víctimas, forzadas
en sangre... Suenan en las reas orejas
los anatemas. Cuando caen en sueño
esas almas aviesas, la cohorte
ultrajada a la bestia roe, roe,
desgarra trozo a trozo. En sobresalto
de la tarima arrójanse, despiertos,
en fuga por el piso hasta golpear
con el cráneo los muros. Yo entreveía
a esas máscaras lóbregas detrás
de las altas troneras, en eterna
vigilia... Los cleptómanos risueños
no duermen, fraguan trampas para el robo,
para el asalto en las encrucijadas,
para el zarpazo traicionero. A veces
por el botín pelean y el despojo
robado es la mortaja que los tapa
boquiabiertos, cinéreos...

En el alma
de la ergástula vibra un afanoso
deseo de fuga. Piensan los ardides
audaces y no duermen. Las paredes
raspan a uña viva; los barrotes
gastan con limas sordas; giran bruscos
en torbellino, como poseídos
por la celda. ¡Ser libres! ¡Más allá
del muro sucio el sol! ¡Ser libres! ¡Se oyen
los rumores del mundo en un lejano
murmullo alegre, largo, interminado,
como esa vida esclava! ¡Afuera! ¡Afuera,
a derribar la cárcel! ¡Las inquinas
acumuladas, hondas, otra vez
lleven al homicidio! ¡Vamos pronto
a exterminar felices! ¡Ellos gozan
la luz, el vino, la mujer! ¡Nos quedan
los desprecios, el sexo insacïado
en bramas vïolentas, en estériles
ansias...
¡Yo veía pasar las prisiones
de las edades todas, las blasfemias
de los galeotes escuchaba en ese
peregrinar tan lúgubre al costado
del calabozo insomne! ¡Una simbólica
sinfonía del delito estallaba
en el espacio obscuro — condensados
en las notas los crímenes horrendos,
la destrucción, el desierto! ¡Era un ejército
de maníacos corriendo por la tierra,

en el puño el incendio, con las llamas
al orbe incinerando, en precipicio
el mal sobre los siglos y en la luz
de la salud espiritual la ruina
delincuente! ¡Y comprendí la leyenda
de los viejos rescoldos, dispersados
en los escombros de naciones muertas,
la leyenda de Ormuz y de Arimanes
trenzados en la lucha — el bien y el mal
para agarrar a la alma humana — y quise
salir del vaho mefítico! ¡Apuré
mi caminar por las aceras. Sólo
llevé mi desconsuelo; fuí pensando:
lo que nace, perece! ¡Nada aprenden
los hombres en los tiempos; nunca habrá
paz! ¡Llevarán la tea del incendio
hasta el fin de las eras! ¡Oh, fecundo
sol bienhechor, alumbrarás cenizas!
¡Cantarán los gusanos en tu fuego
las odas del estrago, en los sepulcros
de las guerras presentes, en las quejas
de los pútridos fangos de los muertos
que hacen pensar al alma contristada
que ya no existe Dios, en esos besos
glaciales de la fosa, donde yacen
juntos los enemigos y se dan
el abrazo fraterno! ¡Se olvidaron,
para amarse en la tumba, de los odios,
de las heridas!... ¡El silencio eterno,
la piedad ha creado; eso no pudo

nunca la vida, donde no está Dios,
y lo pudo la muerte!
¡Yo seguí,
pensando a la desgracia, que es la herencia
de los nacidos, al camino triste
de los romeros míseros, al sino
fatal votados de la desventura
inacabable!

NO DUERMEN

Está la noche quieta.
¿Acaso habrá quien duerma? Veo que hay paz
en muchas casas. Oigo el respirar
del sueño manso. Reposan los padres
y duermen hondo sobre las labores
de las jornadas arduas. Las frugales
mesas alegres dieron el pan sano,
el agua cristalina de las fuentes
a los chicos inquietos; el trabajo
limpia la sangre, limpia el alma, obtiene
el equilibrio triunfador. La aurora
los arroja de nuevo hacia las bregas,
impetüosos, ágiles, solertes,
ricos de nuevos vigores. Las madres
en las bocas rosadas muñen leche
de los pezones pardos. Cuando sale
a la tarea el hombre, asean la casa,
de los niños contemplan el dormir
angélico. Se asoman al balcón

a regar los claveles olorosos
en los tiestos en fila, en el alféizar,
el jardín diminuto de ese templo
de tan prolífica pureza. Luego
por los cuartos, cantando las canciones
de los amores juveniles, visten
al hijo recalcitrante en las faldas
y útiles, como el sol, llenan la vida
de besos y de amores...
A esos otros,
con luz en la alta noche entro a las casas,
la ambición los taladra. Carcomidos
por el afán del lujo no descansan
y la deuda los muerde en la congoja
nocturna. Se revuelven en las camas,
arrojar quieren la tortura, huir
del sollozo, que brota en tanta pena
del pecho ansioso, huir de la ira estéril,
por la ruina fatal, ineludible
en su sombra agorera, como anhela
— sin poder conseguirlo — el miserable
los derroches del rico y las exvírgenes
quieren volverse castas otra vez
envano...
¡Y se van en alguna noche
del insomnio al suicidio, a fracturarse
contra las piedras la cabeza, o se abren
el corazón con el puñal! ¡La deuda
exacerba implacable, quita el sueño
ásperamente! ¡Luego la familia

en los ojos del padre ve su grima,
agiganta el peligro, la tristeza
a sus horas conturba y es tanto más
profunda la tristeza, cuanto el padre
más calla su misterio. ¡Así los hijos,
para el festín nacidos, saben luego
de los dolores de la vida y donde
existir no debiera sino el alba
con la divina luz de la alegría,
en las almas inciertas, en las frágiles
corolas juveniles carpintea
su féretro la angustia! ¡El corazón
de las niñas solloza en ese duelo,
pobre nido de lágrimas, que llora,
pobre rayo de luz, que se obscurece,
dulce, amorosa tórtola, que gime
la endecha triste de su pecho roto!
¡El sol desaparece de la casa!
Los dioses tutelares, ¿dónde están?
¡No hay más que sombras taciturnas; no hay
sino un romero infortunado, un mártir,
que contemplan los hijos desde lejos,
que por él oran dolorosamente!...
Seguí mi caminar...

GENIOS!

En las buhardillas
no duermen los poetas, a la gloria
votados, a soñar las inmortales
estrofas creadoras, al martirio

de la duda en el triunfo. ¿Y si él no fuese
sino un equivocado, si los versos
suscitaran las risas de las plebes
disolutas, enfermas de avaricia?
¿Si esos amores de su amor motejan?
¿Para qué el hambre? ¿No es mejor la fragua?
¡Te calienta los músculos y aleja
el dolor de la vida! ¡Escribe! ¡Escribe
al alma, al arte, a la natura, al triunfo
de los genios en liras soberbiosas,
mísero bardo errante hacia la pena,
que empieza en el insomnio, se concluye
en la demencia, o en un osario solo,
para oir en las podres el acento
de la befa, — triste juglar grotesco!
¡En esas podres piensa tu osamenta,
que suena a campanillas de payaso
el canto de tu lira! ¡Así en la muerte
como en la vida tú has de ser escarnio!
¡Nada te reverencia! ¡No crees nada!
¡Aleja las quimeras! ¡Tu sarcófago
no lo consientas en la tierra! ¡El mundo
ya para ti no existe! ¡Ni la amante
vendrá sobre tu losa a arrodillarse!
Veo pasar enfermos y zaheridos
a esos hombres; arrastran las cadenas
de los galeotes, — sus melancolías
acariciando en la tiniebla, en alto
el puñal suicida a veces, o el cráneo
hecho pedazos contra las paredes...

¡Sobre la tierra ruedan, como fuerzas
demoledoras de impurezas, ánimos
de empujes formidables! ¡A la escoria
en la brega áspera queman, al mal
destruyen en las lides, forjadores
de nuevos ideales útiles!... ¡Pasan
entre el recelo de la gente, apóstoles
predicadores del Verbo, hacia el Gólgota
anónimo, entre plebes socarronas,
tumultuarias, escupiendo las cruces
ensangrentadas! ¡Sólo los cabellos
de Magdalena limpian las heridas
con los rocíos del llanto y las madres
repiten esas nenias de las cunas
filiales, — bajo el madero —, a ese muerto
redentor de almas, — sola cantinela
suave, sumisa, buena entre las turbas
feroces, entre lúgubres caquhimnos
homicidas!... ¡Perecen en la guerra
otros, — el pecho alante, — la bandera
sobre el estrago levantada, — heroicos
heraldos. Y yacían sus cadáveres
sin sepulturas, pasto de hienas, sobre
la campiña nocturna! ¡Nace la obra
sobre el putrílago del genio! ¡Van
sacudidos los tiempos al futuro,
por esos muertos empujados, como
por violentas catapultas! ¡La aurora
irradia de la noche, como rompe
la fuente fértil de la roca! ¡Vi

morirse de hambre y frío a los poetas
que en la buhardilla escriben la agitada
facundia de las cosas, los audaces
provocadores de las rebeldías
terribles, — agostados, — sobre el seno
de las amantes la cabeza muerta!

LOS SOLDADOS

¡Cuánto tugurio iluminado! ¡Cuántos
espíritus insomnes! ¡Por ahí cerca
pasaba algún noctámbulo! ¡No saben
adonde van; erran como la pena!
¡Una furia los labra! ¡Cómo el mar
van de aquí para allá; nunca descansan
yendo y viniendo!...
¡Pasa una ramera,
husmea, como loba, la carnada;
promete acres deleites; tiene sed
de lascivias nefandas la marchita;
marcha como el peligro, hacia la víctima,
noctámbula, como ella!...
Un centinela
el sendero me cierra, el arma al hombro
lento paseando al lado del cuartel,
una vetusta acrópolis, guardada
por baterías. Velan los cañones,
en los patios no duermen los soldados
y sueñan con empresas temerarias,
a la lucha, al asalto en las jadeantes

cargas, entre los retruenos, que estallan
a brincos, lejos, por los horizontes
negros en la calígine, en el humo
de las pólvoras deflagradas. Gritan
lúgubres los heridos; los cadáveres,
contraídos, se desploman en inmensa
dilatada necrópolis; las dianas
sobre esos comenterios clarinean...
Brillan los entorchados, galardón
de las proezas, premio a las heridas
de la refriega. Las mujeres tiran
flores en los caminos, cuando marchan
los batallones entre los tumultos
populares vibrantes. Los cuarteles
igualar quieren las gestas gloriosas
de los grandes. No duermen. En la noche
la frente inclinan los soldados sobre
el libro de las batallas. Acaso
en su pensar pasan los héroes; pasan
las inmensas catástrofes, pavuras
de los siglos. La brama de renombre
agita esos espíritus y quieren
entrar en el sepulcro, coronados
de laureles, desean un monumento
de bronce eterno para sus memorias!
Tuve esa noche la visión terrible:
los campamentos, la batalla, el grito
de los heridos desgarrados; tétricos
los cadáveres en la horrenda riña
que puebla al universo de alaridos,

con rugidos de enconos, con chasquear
de vientres rotos y crujidos bruscos
de los miembros sangrientos amputados,
que vuelan lejos por los aires turbios
salpicando... Así, en medio del estruendo
de las artillerías, despedázanse
enteras las cohortes, acostadas
de bruces sobre el suelo con los ojos
hundidos en el fango de la sangre,
como los muertos y los homicidas
tuvieran miedo de mirar al cielo,
reos de un crimen! Luego los escombros
de ciudades destruídas, el incendio,
las avalanchas de la soldadesca
ebria de vino, de lujuria, sobre
las vírgenes deshechas en la orgía,
en fuga veloz luego en el tumulto
del fuego y de la muerte, como espectros
despavoridos entre la humareda
de los muros cadentes... ¡Es la guerra!
Deja a los niños solos; desampara
a las doncellas derelictas; borra
al alma de la patria... Así las madres
desgreñadas ululan, invocando
el nombre de los hijos, destrozados
por la metralla... El deshonor enloda
a la paterna casa. Hay un desierto
donde vivió el idilio; hay una ausencia
donde vibró la vida. Algún viajero
buscará entre la ruina al epitafio,

sobre el sepulcro de sus bienamados,
sin nunca hallarlo! ¡Acaso eternamente
sombras errantes, duendes dolorosos
llamen a voces a los sepelidos
e hieran las conciencias delincuentes
de los grandes sicarios, los culpables
de las copiosas hecatombes, desde
los tronos!... Y remueven los escombros,
cuevas de cementerios de esqueletos
anónimos, los tristes buscadores,
para volver de nuevo a la existencia
y llevar en el alma el desaliento
de la muerte! Y la visión no acaba...
Los siglos del pasado se aparecen
con regueros de incendio en el camino,
con tableteos de batallas. Una
brama de exterminar ha acometido
a las hambrientas multitudes. Vuela,
como un soplo diabólico el instinto
con la garra en lo ajeno en un sacrílego
furor de demoler. Caen las ciudades;
se profanan los templos; la inocencia
ultrajada se esconde en los tugurios
con manchas de prostíbulo! ¡La Historia
se tambalea en los delitos, ebria
de bacanal y sangre! Hasta el recuerdo
de las cosas perece en los osarios
taciturnos. En este mundo quieto
y floreciente se oye un turbinar
de catástrofe, un éxodo de gentes

harapientas, maltrechas, peregrinas,
al abismo común, donde perecen
las hordas todas, el botín, el crimen
y la demencia destructora. Luego
recomienza la vida y recomienzan
las hordas a nacer... ¡Así hasta la última
hora del orbe!
Dios había creado
al sol, al germen, al azul del cielo,
a la bondad serena. La existencia
debía tener el alma de los niños,
su virginal pureza, ser fecunda,
edificar... El hombre trastornó
a ese útil poema en cataclismos!
El sol, teñido en sangre corre el éter
para alumbrar las rojas hecatombes,
sobre la dicha fenecida, sobre
el luto de las madres de rodillas,
besando los retratos melancólicos
de los héroes soldados, que no vuelven
ya nunca más a la paterna casa,
sobre los monumentos destrozados;
sobre el arte poluta en la violencia,
bajo la ruina lúgubre sepulta,
con airada protesta; sobre templos,
antaño albergue de la Eucaristia,
ogaño de las torpes bacanales,
para alumbrar las rojas hecatombes
sobre los cementerios, donde duerme
el muerto corazón de las familias,

antes viviente en todos los amores,
en los rezos de los arrodillados,
hoy sin piedades bajo los escombros:
sobre el dolor de las desilusiones
por la virtud inútil! ¿No te cansas,
orbe de andar? ¿No te arrepientes? ¡No haces
como el Eterno entristecido, cuando
se arrepintió de haber creado al Hombre!



FRINÉ



Mientras esto pensaba, en mi camino
por el silencio de las calles, se hizo
un vivo resplandor allá en el fondo!
Hay rumores de risas, tintineos
de copas al chocarse, cantos báquicos
de lejanas orgías. Los violines
tocan las danzas de Friné... Me acerco.
En los patios toldados, cerca al agua
de las fuentes de mármol, sobre alfombras
escarlatas, semidesnudas, blancas,
se agitan las heteras en un rítmico
mover de torsos y caderas. Vibran
bajo los tules los pechos erguidos
anhelantes de lascivia... Los besos
de las ebrias bacantes tienen fuegos
sensuales sobre la mejilla roja
de los mancebos ardorosos... Gritos
se oyen de espasmo genésico al aire,
preñado de perfumes... Poseïdas
en violenta epilepsia se abandonan,
nunca saciadas, lacias, en los brazos
varoniles... Sobre las bocas trémulas
en delirios de amor, — al sacrificio
impetüoso de Eros iniciadas —

cantan el evohé, bajo los palios
de rosas arrojadas en las copas
del Chipre de topacio, que recuerda
el olor del jacinto y los salinos
alientos de algas... Va de la ribera
un rumor, que murmura los idilios
bajo los oxiacantos; va Friné
excelsa dentro del peplo flotante
sobre la forma armonïosa y dice
las églogas carnales, — en la sombra
de los pinos, — a las fecundidades
de los dioses, locos de amor y besos,
al sol, gran padre, al mar, a la techumbre
del cielo, prono a las nupcias! Las cítaras
cuentan de ninfas y centauros cosas
ocultas por los bosques de geranios
en flor, sobre lechos de musgos — cosas
que estremecían la maleza en fuerte
sobresalto y los dioses sonreían
espiando, entre el ramaje, al polen cálido
voluptüoso derramado sobre
las corolas... Y soñando en los versos
de Helenia, — egregios, — poetisa serena
de la belleza, entro a las bacanales
soberbiosas... Friné, entre las guirnaldas,
entre el fulgor, se acuesta en su triclinio,
desnuda y blanca, como fuera el símbolo
de la prestancia y piensa en los recuerdos
de las viejas estatuas que se miran
en el espejo del Egeo, escucha

a las ondas tranquilas de las playas,
que suavemente susurran el verso
de Anacreonte. Y emergen de la vasta
penumbra de las aguas las leyendas
del escultor de Venus Anadiómena,
llevándola en sus brazos, en ofrenda
a la armonía del universo, al canto
dc Homero augusto!...
Aromas de selecta
carne olorosa siguen a mis pasos
profanos. Contemplo bajo los pórticos,
cuyos frisos ostentan la escultura
del hierático ritmo de las danzas,
a la diosa desnuda, en esplendores
de venusta, mórbida forma. Bailan
las otras iniciadas en redor,
mueven las bellas manos entre flores
para tejer guirnaldas, flores ellas
de fresca, ebúrnea primavera. Saben
a manzana en sazón y tienen ojos
verdes, como las uvas, en la luz
de los éteres diáfanos; emanan
de las alburas de la piel perfumes
de sabroso deleite en los abrazos,
en las sagradas impudicias, como
el olor de los árboles de noche
en la selva salvaje, en los connubios
misteriosos... Ondulan suavemente
en sus carolas, como va la barca
entre la brisa leve; la exquisita

línea de arte describen en sus pasos,
huyen por el amante perseguidas
en las carreras rápidas; arrojan
flores a manos llenas, al idilio
en la danza pensado, llevan alto,
a ofrecerse a Zeús en holocausto,
las manos deprecantes y sonríen
con el rostro en el cielo a sus quimeras,
a las fruiciones de la mente, cuando
alborozadas se embriagan de estética
y parece que dan para el artista
el modelo perfecto de sus cuerpos,
con las pupilas beatas, en sereno
reposo de alma, — como si miraran
la frescura inmortal de primavera
en el barro, plasmado con sus formas!
¡Oh, cómo cantan en los bailes todas
las pasiones humanas: Eros, Demos,
los símbolos del arte, las ideas
de las intensas griegas teogonías,
el color y la estatua, los perfiles
maravillosos del Parténon! ¡Eran
el numen esa noche en sus amores
con los artistas. Y surgió del barro
Ebe, Dïana y las pupilas hondas
de la diosa de Milo, que parece
concentrar en su rostro la hermosura
de todo el Cosmos!...
Luego frenesíes
suicidas, un apurar la existencia

sobre las largas mesas, tapizadas
de púrpuras tirias, libando el vino
trágico — y sobre los triclinios locas
de amor y muerte a los afrodisíacos
sacrificios se votan jadëantes
y sus galas aventan en el vórtice,
en el derroche prodigioso, a guisa
de vendaval que arrasa los retoños,
cuyas hojas se esconden en los féretros
del humus ávido. Así, cuando me vieron
dentro la saturnal perplejo, atónito
cerca, las ebúrneas desnudas flores
y besos ofrecieron al romero
nocturno y con copas altas, brillantes,
del vino de oro brindaban en éxtasis
a los triunfos de las bacanales,
de la angustia al olvido y yo veía
pasarles por los ojos, tan orgiásticas
sus vidas de soledad melancólica
y un destino terrible en las caducas
horas de las vejeces morituras!
Eran abandonadas; los talleres
de los artistas se cierran para ellas,
que ya no tienen lozanía. Nadie
pide su amor, su danza; otras modelos
trïunfan en la estatua, juveniles,
gayas en frescas risas. Las marchitas
cruzan el triste invierno prematuro,
agostadas en flor de adolescencia,
porque el apuro de vivir las mata,

como el árbol se seca en la canícula!
Conserva el artificio a la hermosura,
al pelo de oro, a la pupila abierta,
obscura, como la tormenta, ultriz
como la trampa... Dura el artificio
las breves horas de una flor cortada...
Llegan los fríos de la miseria; el alma
va pereciendo de melancolía,
y el osario las quiere en sus caricias!
Por eso entro a las copas ven sus ojos
turbios de sueño y saciedades, — mémores
de los festines largos, — la inquietud
del incierto futuro, las imágenes
de los cajones negros, apurados
hacia la fosa! Un miedo las agarra
del insondable arcano; los enigmas
del "más allá" acrecientan la vehemente
avidez de morir en la embriaguez,
en ese estrago de almas y de vísceras!
Y otras siguen bailando, coronadas
de pámpanos, beben el vino alegre,
con olor de jacintos, con alientos
salinos de algas, hasta que termina
la vida breve. Cuando el pelo de oro
de la formosa cortesana empieza
a cubrirse de nieve, cuando el beso
de los amantes ya no quema el labio
sensual, sonriente en su elegante gracia,
y la alcoba está sola y la tristeza
del crepúsculo enluta a su vivir,

Friné, desde el balcón, mira la noche
sobre el Parténon, sobre las estatuas
albas entre cipreses. Oye al mar
susurrante las tristes elegías,
como si Atenas desapareciera,
cubierta de crespones la Belleza,
cubiertas las rüinas por los mirtos
sepulcrales, trocados en desiertos
mustios y escuetos los vergeles, muerta
la divina Anadiómena!... Si no hay
nada de Helenia más y si sus dioses,
para no verla fenecida, van
lúgubres al destierro, si los héroes
traídos sobre el escudo ya no tienen
epitafios de gloria, para qué,
Friné, vivir, si tus flores se ajaron,
vivir sin el murmurio de las fuentes,
sin alegrar el gineceo en las danzas,
ni cantar tus amores en la cítara,
ni dar la forma para las estatuas?
Erguido el cuerpo esbelto procedía
por las calles. La luz de las estrellas
envolvía sus líneas ideäles,
bajaban los noctámbulos la frente,
cuando ella pasa, casi casta, en marcha
hacia el Pireo. Una visión tan pura,
desnuda y blanca parecía, como
el alma de una virgen! ¡Hacia el mar
iba, con las pupilas en el cielo,
a morir con su Helenia, con los dioses,

desparecidos en la ruina!... ¡Vió
dormidas las triremes en el puerto,
negras, como sepulcros! Vió de lejos
a la Acrópolis rota.¡Sobre Atenas
un sudario de luto y caminaba
siempre adelante, siempre persiguiendo
a su designio trágico!... ¡Repente
se encontró en el vacío; echó hacia atrás
su cabellera de oro; con sonrisas
pareció saludar a las pasiones
de su pasado, al beso a los atletas
vencedores del disco, a los aurigas
de los carros triunfales!... ¡Son sus ojos,
al hundirse en las aguas, tan serenos
como la mente de los dioses! ¡Era
figura tan hermosa, como un símbolo
de la infinita armonía! ¡Las náyades
al cadáver flotante coronaron
con la flor de las perlas; fueron peplo
las hojas del coral; fueron las algas
su sempiterno aroma! ¡Embalsamada
Friné quedaba en las sales del mar,
hasta el fin de los siglos! ¡Cuando acaben
todas las cosas, vivirá en el caos,
— obra de Dios Friné, — forma arquetipo,
luz de gracia inefable!...

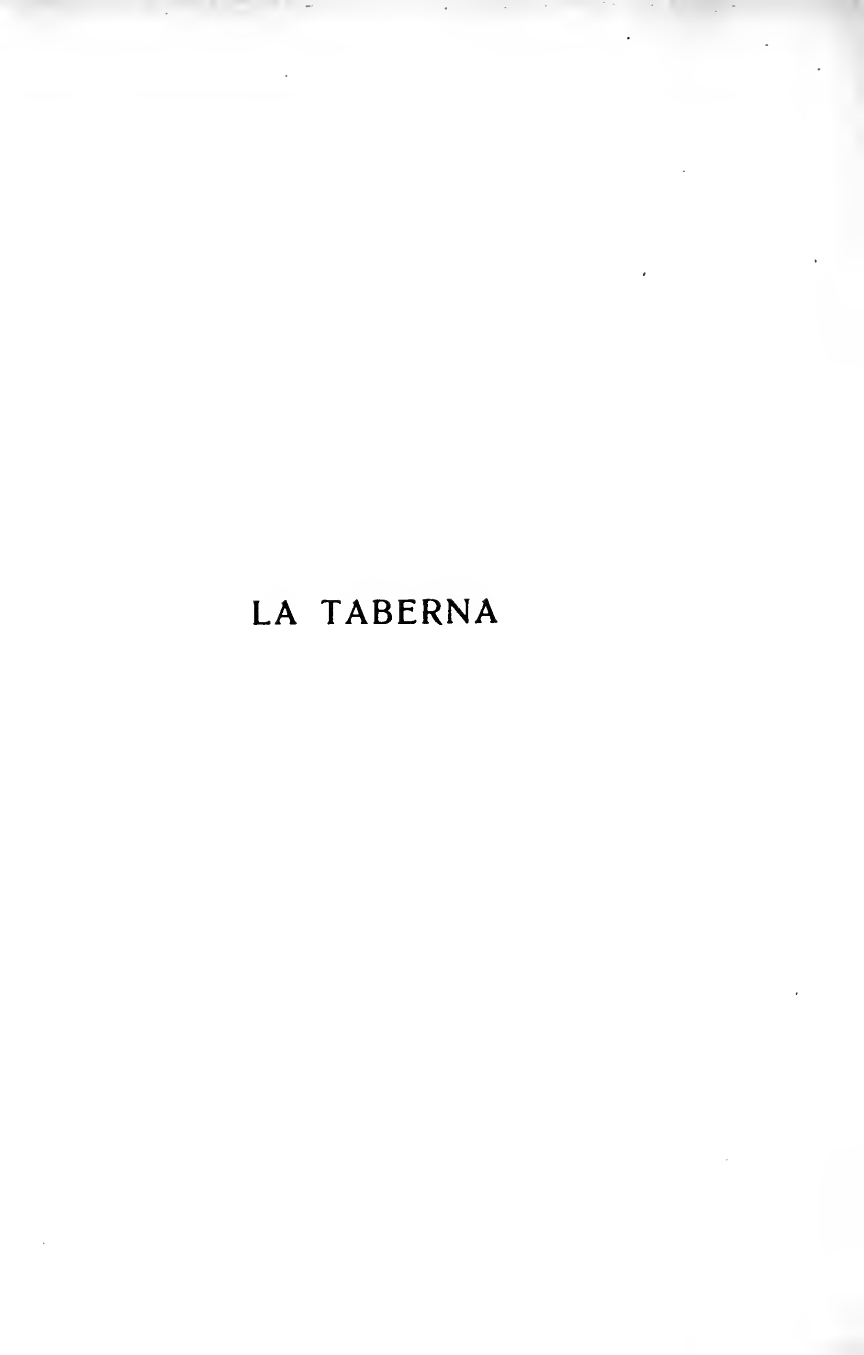
LAS IGLESIAS

Yo salía
llevando en el espíritu, magnífica,
esa visión de Helenia, la belleza,
el ensueño... Entré por las aceras
a caminar de nuevo entre las casas,
quietas, dormidas en virtud. Obscuras
iban hasta muy lejos... Una paz
sobre mi corazón desciende, cuando
paso cerca los templos en silencio
vastísimo, como en los sueños hondos
de las cosas... Solamente suspiran
los invisibles que rodean las pardas
iglesias, guardianes de las reliquias
consagradas... Fablas leves y dulces
parecen evocar de las antiguas
leyendas los vagos ecos, facundos,
llenos de amor, de caridad. Evocan
los sacrificios ignorados... Pasan
los mártires! Suaves melodías
siguen a los coros angelicales
en voz baja, dentro la sombra quieta
de los templos. Los muertos a esa hora
rezan bajo las naves, con voz queda
y dicen las congojas de sus vidas

en los sepulcros solitarios, donde
no hay nunca flores. En la obscura cripta
ellos ven su esfacelo; la ceniza
sobre el órgano inerte se aglomera
hacia los cambios infinitos; quieren
oir la voz de los queridos cerca,
la adorada palabra, la caricia
de los diálogos familiares, antes
de perderse en el Cosmos. Ellos van
al templo entristecidos a decirle
a Dios su cuita y como tanto tiempo
esperâron en vano. Nunca fueron
los hijos a besar la losa; nunca
las novias a llorar.... Y si de noche
cerca pasáis de los templos cerrados,
¡quién sabe esos siseos tan lejanos
no son reproches, no andan en la sombra
los espectros de los antepasados!
¡Pedid perdón! ¡Rezad! ¿No tenéis frío?
¿Acaso no los veis? ¡Caminan cerca
de las almas ingratas!
Un horror
heló mi cuerpo sin poder huir
de pavura. Sentí rozar mi cara
de un cuervo el aletazo! Templo insomne,
los sepulcros te mandan a sus larvas
inquietas. ¡Dios no quiere tu descanso!
¡Cómo vibran tus pórfidos! ¡Las naves,
cómo resuenan la oda del martirio!
¡Qué cantos del pasado dice el órgano,

arrancados al alma de las épocas,
con todos los poemas de Natura,
con los conciertos de las muchedumbres.
impregnados de salmo!
Recordaba
la vida de la Iglesia en las borrascas
de los siglos, en las generaciones
cansadas de sufrir las tiranías,
hartas de sus pillajes. Yo las veo,
al lado de derruídos acueductos,
escurrirse de noche en la campiña
romana, en pos del aire puro, sobre
el humus oloroso en los rocíos,
que empapan la pradera, — hacia los antros
catacumbales, donde la plegaria
hablaba de Jesús, de su calvario
resonando los nocturnos silencios
por humildes plegarias, en la paz
de la Natura, en la quietud augusta
de los astros. Iban a la dulzura
los parias flagelados a buscar
la cicatriz a las heridas; iban
a orar las almas tristes, anhelaban
huir de las orgías, del imperio
de los déspotas hacia los hermanos
que ofrecen el amor bajo las húmedas
bóvedas santas, como de una iglesia.
Catecúmenos son de una novela
religión de piedad. Están vestidos
de las clámides albas, coronados

con el lirio de las purezas; dábanse
en holocausto al martirio, creadores
de cielos fuertes, como las auroras,
promesas de días fecundos. Triunfan
los solitarios, los humildes; da
el culto nuevo, el beso al pordiosero,
el pan, el agua. Son los poderosos,
vasallos de la Iglesia. Esta corría
la tormenta a través de los tumultos
de las edades, siguiendo la cruz
piadoso lábaro, hacia la victoria,
hacia el eterno cielo prometido...



LA TABERNA

Con estos pensamientos fuí muy lejos
a las sucias callejas, donde el humo
de las pipas oculta los recintos
de la taberna esquiva, sobre cuyas
mugrientas mesas está la botella
del alcohol venenoso y los ajenjos
muestran el ojo verde y deletéreo,
donde el beodo mira con estúpida,
atónita pupila, arrastra el verbo
a duras penas la lengua trabada,
donde la cortesana excita al ávido
noctámbulo a los tálamos venales
y siniestro el ladrón escurre el bulto
de las paredes a la sombra. Allí,
entre el fétido fango, el dejo rancio
de los harapos enlodados, una
cohorte de vencidos vive y muere
borracha, satiriásica. La bestia
instinto triunfa; escúchanse los cantos
ásperos del rencor; rechina la hampa,
la lujuria vedada, el homicidio
a traición, a puñal! Oh, cuántos veo
por la vereda tambalearse, como
si la piedra saltara bajo el pie

inseguro... No duermen. Con las músicas
de los bailes soeces ellos danzan
apurados, cayendo y levantándose
en un vaivén de vendaval, acaso
al bajel semejante, sobre el potro
de la sirte naufrágica. Repente
en la pared se apoyan y sollozan
recordando al difunto los borrachos
y esos gemidos cortan el horror
nocturno, como si desesperasen
las almas, como agonía de muerte
próxima. No descansan...
Por ahí cerca
el agua chapotea, de los barcos
contra de las amuras. Esas ventas
de techo bajo abren la boca obscena,
apenas alumbradas, y en hileras
se pierden allá lejos a lo largo
de la ribera obscura... Los que están
allí sentados son los marineros...
El vino les suscita los pesares
de la nostalgia... Ven las viejas casas
y los ancianos encorvados, y Ella,
que es el amor de sus amores. Cantan:
"¿Recuerdas una noche frente al mar?
¡Tú me diste un clavel, yo te di un beso!
Voy a tatuar tu imagen en mi brazo
con tinta azul para tenerte cerca...
No me importa el dolor. Yo quiero verte
cuando esté lejos, siempre. ¿Y tú, qué harás

en estas horas? ¿Abres la ventana
para mirar si llega la goleta
entre las sombras de la noche? Al lado
huele la albahaca de los tiestos; huelen
las rosas. No las cortes. Para mí
las has regado todas las mañanas.
Si yo llego y no están voy a preguntarte
a quien le distes esas rosas mías.
Si tú no me contestas la pregunta
y se ponen rosadas tus mejillas,
tú has de ser la traidora. Yo me iré
sin rumbo por el mundo, como van
sin rumbo las gaviotas. Nunca más
cantaré las canciones marineras
y amarrado al timón en la tormenta,
mandaré estos rencores de mi sangre
hasta tu cuarto con los huracanes,
a que te ahoguen ellos en sus olas!
Y tú me llamarás con esas manos,
con que diste mis flores a los otros,
las manos agitadas sobre el agua;
me alejaré cantando la canción
que los marinos cantan en sus odios,
y miraré después cuando esté lejos...
¡Qué sola está la mar! ¿Adónde has ido?
¡Nadie contesta, nadie! ¡Dios! ¡Qué sola
está la mar! ¡Vendrás al otro día
boyando hasta la playa y las muchachas
no darán sepultura a tus despojos!...
"¡Las flores regaló, que eran del novio,

y sus amores dió para los otros;
es la traidora; dejen que se pudra!''
Y vendrán esos cuervos renegridos,
que se reposan sobre la osamenta,
sobre tu vientre hinchado a picotear,
para tus restos no habrá sepultura,
sobre tus restos nadie rezará!...
Escucho otros poemas esa noche
de miedo y de dolor cerca al ajenjo
que guarda en sus entrañas el delirio.
''Madre, cuidastes ese cuarto mío;
está tan solo desde que me fuí,
y en él rezabas todas las mañanas
mirando mi retrato. Está colgado,
oliendo a flores, cerca de la cama,
rodeado de retamas y jazmines!
¡Hace frío, mi madre, no lo dejes
sin el calor de tu alma!... Yo te veo,
madre adorada. Tú lo colocaste
adentro el seno, cerca al corazón...
¡Cuánto has llorado! ¡Siento tus sollozos;
te sacuden el pecho! Yo no quiero
más tu sufrir por mí; vivo tan lejos
en estos mares, donde nadie besa
y nadie quiere, como tu querer!
El sol de mediodía te calienta
la mesa chica para tu comida;
llegan las risas de las otras casas,
donde comen y ríen tanta niñas!
Tú estás tan sola, desde que estoy lejos,

y el padre ha muerto! Dime, ¿por qué pones
todos los días esos dos cubiertos?
¿Por qué te agachas tanto sobre el plato
y caen en la sopa tantas lágrimas?
Me han dicho que paseas por la playa,
si llaman las campanas a rezar,
cuando el sol se retira tras los montes;
me han dicho que te pones de rodillas,
con los brazos tendidos hacia el agua...
Dime, mi madre, ¿acaso tú me llamas?
¿Quieres que llegue la goleta, madre,
antes que caigan los anocheceres?
¡Qué tienes miedo! ¡Dios está con todos!
¿No ves cómo la tarde se recoge
en una paz de iglesia, en un amor?
¿O tú piensas que Dios te abandonara
en esta hora de tanto sufrimiento?
¿No es el Dios del amor, de la caricia,
no es el Señor de la misericordia?
Sé que en las noches, antes de acostarte,
entras a mi aposento, te arrodillas,
apoyas la cabeza en mis almohadas
y las cubres con besos y con llantos...
Te acuerdas del ausente, peregrino
quién sabe por qué largas soledades;
te acuerdas que quién sabe tu muchacho,
en el silencio de su camarote,
mientras duermen los otros marineros,
por su vieja querida esté rezando!
¡La otra noche soñé que te habías muerto!

Tu cara quedó blanca como la hostia,
y tan tranquila como la bonanza,
y fueron a vestirte y se encontraron
con mi retrato lleno de retamas...
Sobre tu pecho estaba; luego es cierto
que tú lo calentastes en invierno
y lo meciste cuando respirabas...
Un mechón de tu pelo me guardaron;
era tu pelo blanco y yo tenía
un mechón de oro de mi novia; yo hice
un solo corazón con los mechones
y en él se condensó toda mi alma!
Y al despertar, mi madre, yo observé
que en llanto mis mejillas se mojaban,
sentí en el corazón tan grande luto,
sentí que me dejaba la esperanza...
Tú ves: yo estoy bebiendo. Es que por eso
es más hondo el recuerdo de la patria,
es más tierno el recuerdo de mi madre
y la memoria de mi novia es santa!
¡Después tan mala vida! ¡No hay descanso!
La lluvia, el viento, el frío, la nevasca,
las noches sin el sueño, el día apurado,
un rato en la covacha, por las gavias
agarrado, en las horas de borrasca
y siempre sometido, como esclavo,
bajo la fusta de otro, sometido
bajo el imperio de los contramaestres
crüeles y borrachos. ¡Cómo quieres
que yo no beba nada, si esto calma

la idea de venganza! Tanto tiempo
que no lloro, mi madre, sobre el pecho
tuyo amoroso, déjame siquiera
que este vino me traiga a la memoria
los besos que me dabas, cuando chico,
y con los besos todos tus amores.''

*
* *

Otros cantos se oían cerca al puerto
en esas ventas rumorosas. Corren
hacia las aguas, hacia los restallos
de las luces eléctricas; están
como la muerte, inmóviles las naves
y son las luces como cirios; se oye
salir de un barco un lamento tristísimo,
y apoyado a la borda un marinero
dice su endecha:
''¡Cuídame los hijos!
¡Nunca te olvides que eres madre! Parto
en la barca esta tarde y nunca sabe
donde concluye el hombre su destino
y no lo alcanza hasta que no esté muerto,
como el velero busca el horizonte
en fuga siempre y donde no se llega.
¡Yo te llevé al altar! ¿Te acuerdas? Era
tu velo blanco como una paloma!
¡Tú comulgaste, acuérdate! ¡A Jesús
le prometiste que ibas a ser pura!
¡Ampara a nuestros hijos! Que en invierno

no tengan frío; aséales la ropa
para que no se enfermen. La casita
de los abuelos llénala de sol;
allí murieron esos santos! ¡Quiero
que sean como ellos nuestros hijos! ¡Nunca
te olvides! ¡Eres madre! ¡No abandones
a la nena! ¡Que esté bajo tus ojos!
¡Es inconsciente como la bondad,
como un ángel celeste! Dile: ¡nena,
riega bien los claveles! Que estén frescos,
cuando llegue la barca de tu padre.
¡No mires a la calle! ¡No hay encanto
que valga el beso de la casa nuestra,
y tú tampoco mires, mujer mía!
Por allí pasarán las serenatas
y te hablarán de amor para que olvides
al marinero ausente! ¡Ay, qué calvario
tengo en el corazón, oh madre mía!
¡Por eso mi lamento! ¡Estoy tan solo!
¡Pobre casita blanca abandonada!
Oh, mi adorada nena, ¿adónde estás?
Oh, varón de mi orgullo, ¿tienes hambre,
tienes frío, duermes en los umbrales?
¡Por eso bebo y lloro, oh madre mía,
y en el corazón tengo este Calvario!
¡Yo no quiero volver! ¡Estos mis huesos
los voy a dejar aquí en la tierra extraña!
¿Qué importa, pues, si ya se han apagado
las velas que prendías a la Virgen
en la borrasca, si de mis amores

ya no te acuerdas nada? ¿Qué me importa?
Si vuelvo se reirán de mí los otros,
si vuelvo mataré a los que se rían,
y me ahogaré después! Así mis hijos
quedarán solitarios..."
A la venta
penetra el marinero, bebe wisky,
carga su pipa... Todos lo rodean
interrogándolo en silencio...
"Al alba
naufragábamos cerca de la costa
en un diluvio de agua y de tormenta
con la goleta hecha pedazos. Tuve
miedo de una desgracia y no quería
pisar la playa; pero el oleaje
a la arena me echó como resaca!
¡Tan cerca estaba de ellos! ¡Tanto tiempo
que yo no los besaba! Esa mañana
yo estaba medio muerto y me arrastré,
como pude, a la puerta de mi casa!
¿Qué ha habido? ¿Está cerrada? ¡No se asoma
mi mujer al balcón, como otras veces!
Dime tú, Antonio, tú, Agustín, Teresa,
éramos tan amigos desde chicos,
¿por qué miran con esa cara tonta?
¿Mis hijos, dónde están? ¿Por qué cerraron
la puerta de mi casa? Vamos, ¡abran!
¡Yo ya no tengo fuerza en estos brazos!
¿No ven que me ha extenuado la borrasca?
¿No ven que me ha comido la terciana?

Abrieron esa puerta. ¡Adentro! ¡Adentro!
¡Oh, qué hediondez! ¡Estaba la osamenta
de mi gato barcino, tan dañada
por los gusanos! ¡No se conocía!...
Dime, Teresa: ¿Qué hay, por María Virgen?
Acuérdate: me dabas tantos besos
cuando era chico, cuando yo jugaba...
¿Por qué no hablas? Tú lloras, Virgen Madre!"
"El barcino quedó a cuidar la casa,
cuando todos se fueron... Nadie supo..."
"¿Y nada más? Y, ¿dónde están mis hijos?
¿Por qué lloras, Teresa? Tú señalas
con el índice tuyo al cementerio..."
"Los recogí en mi casa; se enfermaron,
y ella no vino a ver los hijos muertos!"
"Yo la abracé en sollozos; luego fuí
a arrodillarme sobre aquel sepulcro...
En la cruz de madera estaba escrito
el nombre de mis hijos... Extendí
la mano abierta en ese juramento
y lo cumplía una noche, entre relámpagos.
El bandolero fué rodando sobre
mi cuchillo que le dejé enterrado...
Fué rodando ya muerto y mi cuchillo
peñas abajo se enterraba más!...
¡Tú no tiembles! ¡Yo no te haré nada!
¡Vive, impura! ¡No olvides a tus hijos!
¡Están mudos y fríos en la fosa
y dormir no te dejan!... Están vivos
siempre en tu corazón y sin matarte,

te roen; son gusanos apurados;
viven de tus entrañas...
Mar afuera
agarré con mi pena taciturna;
se puso blanco el pelo; negrecida
entristecióse el alma, en esa cárcel
sin pan, sin luz, sin cama, solitario
como un mastín maldito, hasta que un día
pude volver a mi ribera... Quise
saber si estaba aquella cruz, rezar
sobre la fosa de rodillas. ¿Dónde
se arrastró mi mujer? Al cementerio
fosco llegué esa tarde; una corona
de violetas colgaba de la cruz,
y de hinojos rezaban el rosario
Ella y Teresa. Estaba macilenta;
pálida estaba y triste; era un cadáver!
Un ciprés me escondía; no me vió
y yo vi que sus ojos derramaban
lágrimas y sollozos... Muchas tardes
Ella llegaba a arrodillarse y luego
al caserío otra vez toda enlutada!
Nadie supo quien era el extranjero;
tenía la barba blanca, el pelo blanco,
la pupila era mustia y caminaba
todo agachado como si llevara,
con la cruz del Calvario, una congoja,
una desesperanza!
Me fuí un día
del villorrio tan lejos, sin hablarla

nunca... ¡Si era una muerta!... Me marché
sin descansar jamás y sin dormir...
Me han escrito, después, que la enterraron
en el mismo sepulcro de los hijos,
y yo he vuelto de nuevo a mi ribera
para ir todas las tardes al sepulcro
a rezar de rodillas cerca de ellos
y a llevarle violetas.
Sendas copas
de wisky se empinaba el marinero
para acallar la pena... No se oía
en la taberna volar una mosca;
los borrachos miraban fijamente
con la pupila estúpida la densa
bruma de ese tugurio... Algunos de ellos
lagrimeaban callados; escuchaban
en ese canto su desgracia y vieron
el abandono de los hijos sobre
las calles de la aldea. Acompañaban
otros coros de angustia en la penumbra
mi calle de noctámbulo. Se oían
esas endechas lúgubres salir
de las tabernas, entre el vocerío
confuso, interminable, semejante
ese ruido al zumbar de las abejas
en los alveares agitados...
"Viejo,
nunca dijiste tú que en los tobillos
tienes el surco rojo del grillete;
nadie ha sabido tu misterio! ¿Ha sido

un deshonor, tal vez? Sigue fumando
hosco tu pipa; pero si no cuentas
cómo ha sido eso, ten cuidado! ¿Acaso
temes a la deshonra?''
Esas palabras
escuché; me detuve; habían rodeado
a ese lobo marino. Sus espaldas
eran anchas y gruesas las manazas,
todo el rostro peludo; eran las cejas
abultadas y grises; de sus ojos
brotaban chispas de rencor; había
una helada energía en su apostura,
un horror de tragedia...
''Miedo yo?
El alma del marino no conoce
ni deshonor, ni miedo. El cielo es claro,
ancho es el mar; no miente; son sinceras
las voces apagadas de sus calmas,
los fragores furiosos del ciclón;
al sol se le ve todo; las estrellas
iluminan la noche! Como el cielo,
el mar, el sol es el marino. ¿Acaso
me preguntaste alguna vez si había
un secreto en mi vida? Tiburón,
no tienes paz con nadie; estás gruñendo
como el viento en las gavias; se conoce
que te clavaron una espina y quieres
clavarla en pecho de otro. Eres un hombre
con una pena y las penas serruchan
la carne humana. Voy a contar mi historia...

Era la hermana mía tan hermosa
como el alba del cielo; era tan buena
como los puertos en la noche. Erguida,
se anclaba tan derecha en nuestra playa
como los pinos de la costa y pardo
era su pelo, como la escollera
batida por las olas, con reflejos
de cobres oxidados... Su mirada
siempre fué verde, como el mar... Un ángel
era en su continente y tan suave
fué siempre en su decir, como es el canto
de una lejana música. Mi padre,
cuando murió, me dijo: ¡Será tu hija!
¡Cuídala en su virtud como si fuese
la hostia santa, como el mejor pedazo
de tu ser!... ¡Qué congoja sufriría
si alguno la mirase, y qué rencor!
Era yo el capitán del bergantín
que estaba pronto para hacerse al mar...
Ya levaban el ancla; el vaporcito
resoplaba a un costado... Iba a partir
y la besé tan fuerte que sentía
su corazón romperse dentro al pecho
y calmé su dolor con la esperanza
de mi vuelta temprana.
"Ten presente
de nuestra madre la memoria; escríbeme.
¡Era santa! No olvides los jazmines
y riégalos como ella, en las mañanas,
después de tu rosario."

Todo el trapo
se estremecía en los vientos; a un costado
filaba el bergantín sus doce millas,
crugiendo todo y a saltos... Yo miraba
la lejana ribera iluminada;
me pareció que veía la ventana
cubierta de jazmines... ¿Estará
ella rezando por el marinero
que dice adiós a la nativa aldea
de los viejos al alma? ¡Oh, idolatrados,
hermana mía, ¡oh sueños, mis amores!
¿por qué tengo esta vez yo tanto luto,
por qué me mata tanto este dolor?
Me parece que soy un carro fúnebre;
arrastro mi cadáver por los mares;
¿siento, acaso, el soplar de la desgracia,
es que olvidé los rezos de la infancia
y me olvidé de Dios en esta vida
de beber y jugar, en mi camino
de pordiosero caviloso, enfermo
de malas suspicacias?...
Sale el sol
del mar, una mañana, una ascua roja,
redonda, enorme, lenta por el cielo...
Luz en el agua, luz en la ribera,
luz en el campanario de la iglesia...
Cada vez más grandes veo las ventanas,
en los vidrios hay chispas, en la playa
la red al agua echan los pescadores;
navegan de bolina algunas barcas...

Ahí se asoma mi casa. ¡Dios eterno!
De jazmines ya no hay enredaderas;
nadie abrió los postigos... Antes, madre,
tú dejabas que entrasen las auroras
adentro de los cuartos; tú limpiabas
uno por uno de las hojas secas
a tus claveles, madre...
Salto a tierra.
¿Por qué ese luto ataron a la aldaba?
¿Por qué visten de luto esos que salen
con los ojos cansados? Tienen sueño;
han velado en la noche. ¿A quién velaron?
¿Qué hay? ¿Por qué me miran tan ansiosos?
Entré. Estaban los cirios mortecinos
rodeando al cajón negro. Había un olor
de violetas y nardos, esparcidos
sobre el vestido blanco de mi hermana
Estaba recostada en el cajón,
como el alba del mar era preciosa,
y la besé en la frente, en el silencio
de mi tugurio pobre y no lloraba,
cuando a rezar me puse de rodillas...
¿Por qué no hicieron ramos de jazmines?
Ya no había más en las enredaderas,
se habían secado porque nadie echaba
el agua fresca sobre las macetas...
¿Nadie? ¿Y por qué? Contesten. ¿Y mi hermana?
¿Todos se callan con la frente baja?
¿Y esos paños que tiene ella en la cara,
se los pintaba la deshonra acaso?

¿Y ese brasero, que está allí apagado,
los trozos de carbón y las cenizas?
¿Tal vez ese brasero es el verdugo
y es que empieza a soplar ya la desgracia?
Por todas partes lo busqué. Una noche
sin luz, cerca del mar, vi que pasaba
y sin hablar fuimos al cementerio;
pelearon los cuchillos en chispazos
y el mío yo guardé manchado en sangre!
El cayó de rodillas...
El perdón
de la suicida implora, le grité
con la voz estridente, y cuando él dijo,
moribundo: Perdón, se fué de bruces...
Con el ojo extraviado vi a la luna
mandar su rayo a todos los cipreses,
a las ojeras huecas de los cráneos,
al festín apurado de los vermes,
a las canillas rotas del osario...
No me fugué. Después de tantos años
de dura cárcel aquí estoy. No puedo
perdonar esa afrenta... Tiburón,
no gruñas más, conoces mi secreto!..."

TIBURÓN

Yo lo vi a Tiburón desde la calle
beber copas de wisky en copas llenas,
y vi su enorme vientre reposado
sobre sus muslos trémulos, Fijéme

que atónito miraba a todas partes
con la pupila aviesa y que saltó,
cuchillo en mano, en medio del mesón
y a cuchilladas dividía la atmósfera
de humo tan turbia y de vapores. Era
una furia homicida; se azotaba
en el delirio contra las visiones
aparecidas a vengar los crímenes
que el vagabundo nunca cometiera,
y a las copas volvía en un apuro
de ardor sediento...
"A ese lo conozco,
y al fantasma indicaba. Las razones
que tengo yo para pelearlo son
de orden filosófico. ¿Ríen? ¡Vamos!
¿Nó estudiaron retórica? ¡El problema
era severo y arduo! Se trataba
de saber por qué Dios, que ha hecho el agua,
¿no se acordó del wisky?
Se olvidó
del wisky, Dios, porque no habías nacido,
por que sabía que era tu suicidio!
¿Y aquello es contestar?, yo les pregunto,
cuando se sabe positivamente
que no hizo el wisky porque no ha querido
que hubiesen en la tierra hombres felices!
Y a la verdad, confiesen, ¿la mañana
de ustedes es alegre? ¿Los recuerdos
dolorosos no vienen a la mente?
¿No hay hijos que vestir y la miseria

no suena en el bolsillo su matraca,
la mujer no regaña y se entristece
y las niñas no pueden ir a fiestas
porque no hay nunca seda que ponerse,
sino el percal humilde, la estameña
áspera y burda? ¡Digan si no es cierto!
El despertar de ustedes otro fuera
si toman wisky... ¡El agua es la tristeza!
Era un muchacho de liceo, sobrio;
me pasaba las noches sobre el libro;
amaba las estrellas y a este mar
tan fresco, tan amigo de las costas,
que nutre a los pinares con aromas
tan densos y sabrosos de algas, musgos
y sales de su entraña. Yo veía
asomarse al balcón a una muchacha
y la amé como un zonzo, — si no fuera
que hay un dolor tan grande y tan terrible
angustia en la zoncera! ¿Estará enferma?
¿Por qué lleva en el pecho un tulipán
tan negro siempre? ¿No es de mal agüero
y un epitafio ese tulipán negro?
¡No sé por qué me daba tanto frío!
¡No sé por qué pensaba en los caranchos,
que se comen a los pescados muertos,
que las oleadas dejan en la playa
y los llevan de nuevo mar adentro!
¡No sé por qué me daba tanto frío!
Ya no puedo mirar su cara pálida,
su cuerpo enflaquecido. Yo pensaba,

tan honesta y divina parecía
en su blancura, como viejo armiño,
en ese mirar suyo, tan lejano
con tanto ensueño, para lo infinito
de su pupila santa, oh, mis amigos,
yo pensaba que no era de la tierra
esa venusta virgen! ¡Ay, qué dicha
la de este pobre tonto; si no fuera
que hay un dolor tan grande y tan terrible
angustia en la tontera! Una mañana
yo vi que se paraba un carro fúnebre
con sus plumeros blancos. De la casa
sacaron una caja en seda azul,
tan larga y estrecha, con la virgen mía!
Me la llevaron sin decirme nada
y no vieron mi cruz... Yo no he podido,
tan pobre estaba, mandar tulipanes
y tampoco decirles a esas gentes:
"¡La amé tanto!" Si fueran generosos
me dieran plata para comprar flores
no para mí, para ella que está muerta!
¡Que no se quede sola en esa caja!
¿No saben todo el frío del sepulcro,
no saben todo el hondo desamparo?
¡No la abandonen; cúbranla de flores!
¡Que en esa caja no se quede sola!
Yo no podía decirles estas cosas
porque lloraba tanto. ¡Era un muchacho!
¡Recién había pasado los quince años!
¡Era la amiga de mis soledades;

qué tonto fuí; nunca le dije nada!
¡Viví con el dolor de mi calvario
para adorarla en tan hondo silencio;
era un muchacho y no tenía palabras!...
Quedan abiertos sobre el escritorio,
llenos de polvos esos libros míos
desde que se fué al cielo... Una tristeza
me agarró el corazón en un delirio
grave y con fiebre. Yo bebía a cántaros
agua y más agua... Y el agua es la tristeza;
Dios la creó para la melancolía;
por eso yo fuí un tétrico! Ya ven
cómo es arduo el problema. ¡Ese que bebe
en el rincón aquel se está burlando
de mi crucifixión; ese no sabe
resolver el problema! Si este wisky
me hace olvidar, ¿no debo yo tomarlo?
¿Si paseo con él por los jardines
con la alegría de las flores, debo,
por no beber, tener el dolor siempre
de ver la caja estrecha, en marcha lúgubre
hacia la fosa; debo desesperarme,
ir al suicidio por la angustia, o ser
juvenil y feliz en la embriaguez,
en la inconciencia tan divina? Es cierto
que bajé de los libros a la estiva
de un barco sucio; es cierto que el espíritu
ha caído en la sombra y que es de noche
por mi camino; pero ¿vale más
la luz con el dolor o la tiniebla

en el delirio delicioso? ¿Acaso
no cantamos los coros marineros
en la taberna por esta demencia?
¿La sensatez no mata por la pena
que se agarra del alma a todas horas?
Y tú, si no bebieras, la mujer
a quien quitaste el salvavida, cuando
el naufragio y que se ahogó por eso,
vendría a remorderte la conciencia
con su espectro; vendría en ese sueño
tuyo tan corto, sin sosiego siempre,
a limarte la vida... Estás borracho;
pero duermes..."
Y luego hacía un poeta
que escribe ditirambos a la copa,
llena de ajenjo:
Dime: ¿qué es mejor,
que tú consigas escribir tus versos
cuando el wisky te baila en la cabeza,
o que recuerdes a la seducida,
dejada por ti sola y harapienta,
camino del burdel?... Ella te había
dado su sangre, su dinero. Ha muerto
en una cama de hospital y Dios
a no escribir te condenó. Marchabas
por estas calles, como yo, sonámbulo
de esa tragedia, con la lira rota,
con un sudario sobre el corazón,
seco, como un desierto, hasta que entraste
conmigo el mismo día en la taberna

y, con los ojos turbios por el wisky,
volviste a tus poemas... Tú has perdido
el sentimiento; te lo había quitado
el torcedor feroz; no conocías
el humano sufrir, no eras poeta!
Como un idiota andabas por la vida
sin pensar, ni sentir, estupefacto,
mirando adentro en ti la cama helada
que mató a tu manceba... Ahora escribes
la belleza... Sereno como Apolo,
arquetipo de Helenia, has encontrado
la forma egregia en la quimera augusta,
sueño de dioses. Te faltó ponerte
sobre la sien la corona de pámpanos,
que ebrio del numen creastes esa forma,
en la locura de las bacanales!...
Y ahora tienes miedo de beber
agua lustral; ¡te volverás estéril!
¿Por qué no ensayas? ¡Bebe, pues, el agua!
¡Verás cómo te aferra la nostalgia,
verás que no eres nadie! ¡Este problema
es más arduo y severo que la ciencia
del bien y el mal, más grave que indagar
el principio del Todo! Si no hubiera
sino borrachos en el mundo, acaso,
en el amor a todos, se cambiaran
las pasiones perversas de la tierra:
el delincuente en generoso, Sátanas
en Jesús! Y por eso, cuando el hombre
trama la ruina de los otros, bebe

agua, la inspiradora de exterminio,
el veneno que agranda la avaricia,
prepara guerras, enloda las noblezas!
Maestra de lo artero, teje trampas
que no podrían tejerse, si no fuera
sereno el hombre. El mal no se hace nunca,
cuando se toma wisky, en un mareo
de impetuosas bondades, en calores
sanos, fecundos. Están los políticos.
Pregunten: ¿toman wisky, cuando tratan
de arruinar a los pueblos? El misterio
envuelve sus caminos; se reunen
en el último cuarto de la casa,
uno por uno estudian los ardides
para destruir, — el índice en los labios,
como el Hermes siniestro, en un callar,
cerrado como un nicho, en un secreto
facineroso, oculto, como guarda
su crimen la conciencia delincuente!
¡No beben nunca wisky esos políticos!
La embriaguez es parlera; tiene abierta
su lira armoniosa, canta todo,
se satura de sol, de la frescura
de las hojas... El agua es taciturna;
la bebe el abogado en sus tramoyas,
la usa el médico en la receta inútil,
cuando piensa el despojo del clïente,
multiplica visitas, aconseja
el operar innecesario, cuando
viola sus juramentos y revela

secretos desdorosos, el artista
en sus honestos plagios y en la envidia
de ajenas glorias, cieno a manotadas
arrojando sobre el decoro ajeno!
¡Para robar bebe el agua el cleptómano,
para matar el asesino y mancha
al hogar inocente el adulterio!
Es con mente tranquila que medita
el hombre su delito; el agua es diáfana,
permite ver el camino seguro
hacia el designio; el vino turba, aleja
la meta, es vocinglero, dice todo...
El crimen es secreto. Si tomara
el hombre wisky ya no habría delitos,
porque es amor la borrachera..."
Entré
a la taberna luego. Ese filósofo,
caído en la sentina de un navío,
me pareció la paradoja... Vi
en sus ojos pasar en tambaleos
la historia entera en marcha hacia la luz,
hacia la vida y las noblezas, hacia
la perfección del hombre! En los amargos
pensamientos había el deseo del bien,
el sobrehumano anhelo a la virtud,
el repudio del mal. Ese filósofo
se agigantó a mis ojos...
"Ven ustedes
a este que viene?, dijo Tiburón.
Nunca ha tomado vino! ¡La desgracia

el sueño le quitaba; es un noctámbulo
y nunca pudo ser feliz! Pregunten
por su grima callada y si no sabe
que la demencia ha hecho la grandeza
humana. ¡Es un sereno! Está delante
de su tristeza sïempre!... Bebe el agua
a cántaros; ha hecho subir el precio!
¡Pregunten; no dirá por qué es un médico!
Juramento prestó de no decir
la enfermedad de sus clientes; luego
la propia callará por dos razones:
porque no la conoce; eso es frecuente
y obligado a vivir consigo mismo
a contemplar su mal todas las horas
la callará para que nadie sepa
que, a pesar de ser médico, es enfermo,
un abogado que ha perdido el pleito!...
Yo le estreché la mano. El había sido
mi compañero de buhardilla, pobre
como Job, alegre como un potrillo,
pródigo sin medida... Se pasaba
toda la noche sobre el libro; luego
un amor imposible... la bebida...
una muchacha muerta... los abismos,
la estiba, la taberna... una alma dulce,
una noble bondad, el corazón
abierto a todos, pobre pelicano,
ave sagrada... un niño con más luz
que los genios, un ave con más cantos
que las albas del bosque!... Tiburón,

molde excelso, lágrimas juguetonas,
una rota armonía!...
"Este bebe agua;
yo lo conozco mucho; era mi hermano,
una alma triste y cavilosa, un solo...
y el agua crea la melancolía!..."
Cayó en mis brazos; lo sostuve. Un llanto
ardiente desbordó de sus pupilas
sobre mi cuello!
¡Oh, vida! Eres la risa;
agregó Tiburón, eres tripudio,
festín de los rosales, rayo de oro
del sol naciente! ¿Ves cómo me río?...
menos cuando me acuerdo de ese féretro!...
¡Oh, si tú vas, llévale las violetas,
echa sobre la losa las retamas
del cerco de tu casa tan honesta,
las mismas que tu madre ha cultivado
para sus muertos!..."
Luego yo sentí
desgajarse su cuerpo entre mis brazos.
"La vida es el festín de los rosales,
alegre paradoja. ¡Yo me río!...
Hay que decir al hombre: ¡Bebe, bebe!
El sol está en el vino; tú serás
feliz sobre la tierra."
Prorrumpió
en una carcajada; se había roto
su corazón. Lo deslicé hasta el piso
suavemente, sobre unas almohadas;

lo acostamos. Yo me acerqué a sus labios,
que hablaban ya con voz de moribundo:
"¡Oh, si tú vas, llévale las violetas,
llévale los rosales del festín,
hermano mío!..."
Después lo enterramos
en el osario. No hubo casi nadie:
un poeta, un átco, un marinero,
dos borrachos, el sol de mediodía,
el silencio de Dios, bajo los cielos,
mi madre con retamas en las manos,
las mismas de sus muertos!...





LA HAMPA

Esa noche
cuando volví de aquel tugurio mísero
a la calle de nuevo, caminaba
en la acera de enfrente un muchachón
pálido, flaco, canilludo. Había
en su gesto insolente un desafío
procaz, airado, bajo la visera
larga, encorvada, de la gorra, como
la zarpa de un milano. En banda vuela
la bombacha de pana suelta, amplísima,
a rayas plomoobscuras, muy cerrada
al cuello del botín de cabritilla...
Un pañuelo de seda en el pescuezo,
detrás la oreja un clavel colorado,
abierta la camisa, una mujer
en el pecho tatuada, el corazón
al descubierto, en llamas, dividido
por un puñal, una mama en el aire,
lasciva, ingurgitada.
¿Dónde vas,
andarín sempiterno? ¿Tú también
arrastras las cadenas? ¡Vamos! ¡Cuéntame!
¿No tienes sueño, tú? Dime: ¿la plácida
bonanza del hogar no te ha llamado

al descanso nocturno? Di: ¿no tienes
hijos, mujer, recuerdos? ¿En tu casa
no hay religión de los antepasados?
¿Nadie te espera, mísero romero?
"El frío del tugurio, la tiniebla
del desamor me esperan. Me engendraba
la culpa, vivo en ella, hasta morir
me envolveré en su manto. Soy un hijo
de la calleja sucia; una ramera
en un antro aquí cerca me escupía,
aullando de dolor sobre el ladrillo,
como se escupe a una vergüenza! Adentro
de un obscuro zaguán, de estos que pasan,
húmedos, fríos, con la boca abierta
como el delito negras, presta siempre
para ocultar infanticidios, dentro
de un obscuro zaguán me recogieron
otras más lobas que mi madre. Fuí
mal nutrido, abofeteado; heladas
tiritaron mis carnes... Una cama
del hospital me tuvo... Ya más tarde,
al alcohol, al delito! ¿Y me preguntas
si yo he tenido casa? ¡Oh, vagabundo,
sigue tu andar nocturno! Di: ¿tú quieres
saber de mi futuro? Pasaré
por estas calles muchas noches; última
una vendrá. Sonando los grilletes
lúgubres en la piedra, hacia la ergástula,
camino de la muerte, la osamenta
del miserable trémulo se pierde

dentro de un calabozo... Nunca más
la luz del sol! ¡Adiós, oh vagabundo!
¡Abandona este duende!...''
En un umbral
cerca a las grietas de una puerta, duerme
agrupada una chica. La había visto
caminar las veredas, con la mano
abierta en pos de una limosna. Arriba
ilumina el farol la macilenta
atribulada faz. Hecha pedazos
la vestimenta cuelga en arambeles
en el viento agitados y en el sueño
su boca se sonríe!
Di: ¿qué sueñas,
oh dolor de la escoria? Me arrodillo...
Quiero oir de tus labios la doliente
confesión de tu vida. ¡Qué susurros!
¡Cuánta alegría en la farfulla! Te oigo,
oh virgen inocente! No han podido
manchar al desgarrarte, los malvados,
tu pureza. Tú dices: las muñecas
de mis ensueños no son mías. ¿Ves?
Las vistieron de seda; en el sombrero
un racimo de guindas, en los ojos
el azul de los cielos!
¿Por qué hamacas
una ilusión en los brazos dormidos?
¿Por qué le cantas en el sueño? Dime:
¿en cuál casa la viste? ¿Algún jardín
la llenaba de flores? La colocas

en tu regazo; está dormida. ¿Quieres
que yo la abrigue en esta noche fría?
¿Y si se enferma? ¿Por qué le conversas?
¿Por qué cantas el arrorró mi niño?
¿Tú le cuentas, tal vez, un cuento de hadas,
una vida risueña entre las rosas,
los besos de las madres y el amor
en los cantares de las cunas? Cuando
al palacio tú entrabas, la limosna
intercediendo, viste a las alfombras,
los regios lampadarios, el hogar,
enrojecido por la lumbre! ¿Quieres
allí llevar a la muñeca? ¿Acaso
el tugurio te asusta? ¿Oyes las ratas
morder los pisos en la noche sola
y al taladro roer, crac-crac, los zócalos?
¿No la quieres traer, donde tu espalda
sangraba por el látigo las veces
que entrabas sin dinero? ¿Sufrirías
si a tu muñeca flagelaran? ¿Quieres
un cochecito, virgen? Alla lejos
los jardines están cerca del lago
adonde rema el cisne. Si pudieras
llevarla en ese coche hasta la góndola,
como otras chicas hacen, tú tendrías
la alegría feliz de la niñez
y cantarías corriendo por los céspedes,
como cantan los pájaros! ¡Te arrojan
como a un harapo raido; no despiertes,
oh dolor de la escoria!

Levantóse
con los ojos enormes; el terror
azotaba sus piernas fugitivas
devorando la calle, como loca.
¡Oh, qué gritos atroces!
"No me pegue,
por el amor de Dios; no me lastime!
¡Nadie me dió limosna; me escupían!
"Sos una sucia. ¡Vete!"
"Yo suplico
con la mano estirada; no me hieran!
¡Con mi llorar les pido!
¡Vete! ¡Vete!
La vi correr, pasar por los rectángulos
de puertas y ventanas, en la luz
de los globos eléctricos, pasar
como una sombra dolorosa y el ruido
de su planta desnuda se perdió,
cual un quejido moribundo. Huían
todos los niños ultrajados, flacos,
tentaleando por hambre, macilentos
de miseria, de frío en desnudeces
semicubiertas, fétidas, a gritos
de congoja, de miedo, en repeluznos
al recordar los bárbaros azotes,
las largas soledades, la siniestra
máscara del verdugo, la mano ávida,
hurgando los bolsillos del harapo
y el puntapié feroz! ¡Huían, huían
con el alma en livor, oyendo atónitos

el látigo silbar!
¿Y yo qué le he hecho?
¿Por qué me pega si no traigo plata?
Nadie me dió.
— ¡Tú no pedís, canalla!
¡Tomá! ¡Aprendé!
¡Me mata!
—¡Perro sucio,
a la calle, a la calle! ¿Y tú, a qué vienes,
estúpida llorona? ¿Cuántas veces?
¿Cuántos te reventaron?
—¡Señor, nadie!
—¡A la calle volvé!
Una bofetada
le sacó sangre de los dientes; fuése,
rodando al suelo, la mísera impúber,
en el tugurio infame, prematura
ánfora de lascivia!
— ¡A los zaguanes
éntrate; agarra zonzos! ¡Si tú llegas
sin dinero a mi casa, una cadena
meteré en tus tobillos! ¡Vete, vete,
esputo de burdel!—
Las vagabundas
caminan la penumbra, el cuerpo ofrecen
a la turba borracha. ¡Cuántas muertas
van en tumulto por la calle!
— Somos
siervas abyectas. Los trabajos rudos
nos cansan, no comemos, no dormimos

sobre el montón de pajas... A tirones
de los brazos nos sacan a los patios...
—¡Ay mi madre! ¡ Mi madre! ¡Me lastima!
— ¿Qué estás llamando? ¡Te tiró a los huecos
para ocultar verguenzas! ¡Barre! ¡Barre!
¡Hasta concluir no dormirás! ¡Tu carne
se la daré a los perros! ¡Hoy no comes!
¡Bruta, trabaja!
—¡Qué clamor, Dios santo!—
¡Cómo se transfiguran! Son procaces
las pupilas; excitan a las gentes
estas lesbianas con sus guiños; truécanse
en barros de prostíbulos, después
del sufrir de años!... Llantos, abandonos,
heridas y martirios a esos ángeles
en meretrices cambian; la plegaria
muere en la bacanal; los lupanares
borran al altar!... Juran su venganza
los niños apaleados y se van
del tugurio a las hampas, de las hampas,
con sangre de homicidas en los ojos,
a las cárcel eterna, a los abismos
de la muerte moral. Ese que viene
os narrará su historia:
Un mocetón
de mirada insolente, arteras chispas
en pupilas oblicuas, en la tez
la inquietud del insomnio, una bravura
en el músculo recio. Parecía
desafiara su labio a la pelea

en el rictus procaz!...
—¿Por qué te asomas
a ese vano sin luz?
¿Y qué no ve,
señor, allá en el fondo?—
Alrededor
sentados de una mesa, con la cara
enrojecida sobre la baraja,
felona la mirada, en la penumbra
de la luz, turbia por las humaredas
de los cigarros mal olientes, juega
un montón de tahures. Sus silencios
tienen misterios de delitos. Se oyen
los roces de las cartas; una chispa
estalla de rencor en las pupilas
del perdedor; clama venganza. Mira
manotear las monedas al tramposo,
con sus angurrias de chacal hambriento.
Pierde furioso; pierde entre los tufos
de viejas roñas, de sudores acres
en el cerrado mechinal.
—¿Por qué
entras allí, muchacho?
—¿Y a qué pregunta?
—¿No tienes miedo de ese crimen?
—¿Yo
miedo? ¿Crimen ese? ¿Y usted no juega?
—Dónde está tu familia?
—¡No conozco!
No me hable en esa jerga.

— ¿Luego, tú
vives aquí de noche?
— No he tenido
en mi vida más cama que el ladrillo
roto del piso, allá en la madrugada,
cuando ellos se retiran...
— ¿Y tú juegas?
— Hasta el último cobre, me emborracho
como ellos con ajenjo, olvido rabias...
—¿Tú tienes rabias?
—¿Qué se ha creído? ¿Acaso
yo no miro a los ricos? ¡Vea! ¡Los odio!
¡Mire, señor, la luz de ese palacio;
están bailando; adentro hace calor!
¿No ve los vidrios empañados? Yo
tengo escarcha en los pies, hambre en el vientre,
para ellos un puñal en la cintura!
¡Amalaya se mueran! He robado
un manguito, una vez, para saber
cómo abriga la seda. ¿Ve mis ropas?
¡No son sino retazos! Muchos días
no tengo qué comer. Ellos rellenos
como pavos con nueces, se acarician
el vientre enorme, así como los gatos
la pata mojan con la lengua y luego
se refriegan la jeta...—
Ese lenguaje
a mi mente repugna.
— El compañero
viene allí cerca, agrega el mocetón

con guiñada de burla. Ese me ayuda
a observar la baraja del contrario;
en las trampas es diablo!—
Era un rapaz
con hocico de rata, la mirada
sesgada, mortecina. Había en su frente
unas manchas de cobre, nunciadoras
de la sangre corrupta, la nariz
escarlata de alcohol, un caminar
siniestro, receloso...
— ¿Estamos prontos?
— ¿Sin plata?, el rata dijo.
— ¿No has podido
robar lo tuyo en otras faltriqueras?—

*
* *

La calle era un desierto. El pavimento
reflejaba la luz de los faroles
en el bruñido asfalto. Silenciosa
la ciudad se dormía... Allá a lo lejos
de un troley los zumbidos, el galope
de un corcel apurado, un pasajero
bajo la luz de cuando en cuando, un carro
con su menisco de verdura, lento
raspando, un coche al paso; el automóvil
corta la bocacalle. Su trompeta
suena grave, estridente... Allá en el fondo
alborotada la hampa, hasta la acera
manda rumores sofocados...

—¿Vamos?,
preguntó el mocetón.
— Espere un rato,
una voz mujeril le contestaba,
de agudo timbre...—
Pálido un efebo,
con el cabello rubio ensortijado,
con su rostro de Adonis, esparcía
en su camino aromas... En los dedos
anillos de brillantes... Semejaba
su paso de varón un contoneo
de lúbrica odalisca...
— Danos plata,
el mocetón gritaba.—
El rata, presto.
hurgara sus bolsillos. Las sortijas
le arrancaron al punto; a bofetadas
rodó Sodoma en la vereda...
— Más,
pégame más. ¡Me gusta!...—
Un puntapié
a la calle lo echó, como si fuera
una basura infame... Iluminaba
el farol su semblante. Rubias eran
las barbas de oro, circundando el mármol
de su pálido rostro. Peregrino
en retirada, consternado, escucho
el grito ignominioso:
— Mucho más;
pégame más. ¡Me gusta!—

TAÍS

Una mujer
me cerraba el camino, envuelta en peplo
de terciopelo negro...
— Soy la diosa
de un bullicioso lupanar. ¿Por qué
te retiras tan pronto de esta flor
sarcófaga, epulona? Soy veneno
inmortal como el tiempo. Las ciudades
de viejas se derrumban; el escombro
habla de angustias muertas. Yo perenne
me rehago en los siglos; vivo siempre;
pasearé por las calles hasta el último
minuto de la tierra. ¡Todo muere,
menos Taís!... Camina corrompiendo
antes, ahora, siempre, como un brote
de fangos escondidos. La preñez
de las escorias me ha creado; el mundo
se pobló de mis sedas, de mis carnes,
de los ardores de mi sangre. El hombre
oficiaba en la orgía, entre perfumes,
entre el fuego del vino, en borracheras
de satánicas fiestas. En tapices
de púrpura arrojábamos el cuerpo
albo, anhelante, el pecho arriba. El Todo
miraba estremecido los espasmos
de la bestial concupiscencia. No hay,
de confín a confín, sobre la tierra,
sino rumores de las bacanales
sonando en carcajadas, en los besos

de las húmedas bocas, en los choques
del vientre lujurioso, hasta destruirse
en esa hornaza inextinguible. Víctimas
y verdugos de amor al esfacelo
vamos muy pronto, luego retoñamos
sobre el incendio, así como los árboles
brotan de las cenizas de la selva,
como brotan los pastos, si se quema
el campo, — sobre los carbones húmedos
por la lluvia copiosa. ¡ Pobre el hombre
solo!... ¡ Demente acervo de suicidas!
Una brama de sexo insacïada
en un fuego voraz los arrojara,
por los prados corriendo en alaridos,
a la mujer buscando. ¡ Inútil brega!
El fuego crece; adénsase en los miembros
el placer solitario. Gritan. Gritan
en la fuga ardorosa: ¡ Dadnos la hembra!
¡ Dadnos la hembra por la vida! ¡ Pronto!
¡ Ya no queremos alma! ¡ Arrebatadla
y dejàdnos volar por los caminos,
desesperados, demoniacos! ¡ Miren
el horror del estrago! Si Natura
no diera a la mujer, las muchedumbres
en tropeles irían a a muerte,
tras del suicidio, tras del homicidio
en montón pavoroso. Un cataclismo
azota al universo; un estentóreo
fragor domina el ruido de los mundos:
"¡ Dadnos la hembra, la hembra! ¡ Llevàos todo,

la vida, el alma!... ¡Que eso es necesario
más que la vida y el alma!
Y nos acechan
prontos a devorarnos. El vampiro
está en la encrucijada; quiere toda
nuestra sangre sorber en avideces
violentas, insaciables. Nuestros huesos
crujen en sus abrazos; hondo muerde
en nuestra carne, como si tuviera
hambre de necrofília. No le importa
si venimos del sótano, del fango
y nos creó el delito, si el andar
de nuestro cuerpo esparce podredumbres
en la alcoba corrupta, si la esclava
revolcada en el lecho, de una piara
el pasto inmundo ha sido, si el lenón
abofeteando al alma, en una cosa
abyecta transformara a la venusta
sultana del prostíbulo! ¡No importa!
¿Quién apaga la hornaza? ¿Quién derrama
hielo sobre la carne? ¡Muerdan! ¡Muerdan
el cuerpo prostituído!... Hechas pedazos
nos iremos después hacia la tumba
en cohortes innúmeras... La recua
vestida de oro y seda, con la pompa
de las joyas venales, receptáculo
de ignominias perversas, — el harem,
la borrachera, el opio, las orgías —
la recua sin amor. sin una sola
luz humana, en el alma, hace temblar

al Universo!... Siembra en su camino
antes de entrar en el osario, siembra
a la muerte. "¡Te salvo del incendio,
dándote los pedazos de mi cuerpo
y después te devoro en la ponzoña
de mis fauces arteras! ¡Peregrino,
no te alejes de mí! Por todas partes,
a millares, saldrán las diosas pálidas,
perseguirán tu vida y tú también
has de ser devorado". —
Una irrupción
de sedas y de aromas... Parecían
de la tumba salir las mancebías
de todas las edades. ¡Qué tragedias!
¡Oh, qué macabra sinfonía! Las notas
de un bárbaro himno suenan por las calles;
parece una agonía la algaraza;
quieren morirse pronto. En esa furia
de gozar se deshacen; cementerio
parece el lupanar y las dionisias
unas cinéreas larvas...
— Por la noche,
— dijo la meretriz — entre el fulgor
de bronceos lampadarios y perfumes
acres, afrodisiacos, con los cuerpos
desnudos y procaces, como leonas
abalanzadas sobre la lascivia,
enroscadas, gimiendo, como sierpes,
escriben una nota de lujuria
titánica, nefanda. Los placeres

de un siglo gozan en un cuarto de hora
de pecado terrible, en los bestiales
cultos ignominiosos esas tríbadas
adheridas, a brincos por la alfombra,
con alaridos lúbricos, salvajes.
Se deshace la carne trozo a trozo
y aterra este morir, como el lejano
rugido del desierto. Un manicomio
se irgue en la bacanal; la carcajada
tiene un lúgubre ruido de demencia
que hïere las orejas, como el ruído
que sale de las celdas de la cárcel
hacia los corredores... "Pronto vamos
a las mesas de autopsias; nos destrozan
los miembros juveniles y entre burlas
con nuestra sangre salpican los mármoles!
¿Dónde están las conquistas, las bellezas
de nuestro rostro? Vengan los espejos
para mirar el ojo glauco, inquieto
y peligroso! ¡Hicieron los gusanos
nido en esas pupilas, danzan, comen,
bajan a las mejillas carcomidas
en hueco fétido! ¡Los pechos marmóreos,
en la cópula erguidos en sedientos
sobresaltos se pudren, se disgregan
en pedazos!... ¿Dónde están las caricias
felinas, el enervante perfume
perturbador del hombre? ¡Somos náuseas,
con olor de cadáver! Vuelve! ¡Vuelve
noctámbula del trivio por las calles!

¿Por qué no los agarras? ¡Allí van,
levantan la cabeza, guiñan, quieren
seguir tras de tus faldas! ¡Estás muda!
¡La baraunda de tu vida acaba
en esa tu pupila taciturna,
mal agorera!
—¡Insomne, sabes ahora
nuestro futuro! ¡Acaso la taberna
o el hospital recoja a las noctámbulas
de paso al cementerio, de guiñapos
semivestidas, con los labios caidos
como el idiota! ¡Vamos, peregrino:
ten piedad de nosotras, las precoces
morituras! ¡Se acercan los sayones!
¡Qué satánico frío! ¡Qué homicidas!
¡Huir queremos pronto! ¡Que no alcance
nuestro paso al tahur!—
Y como locas
se fugan por las calles en la noche
tenebrosa... Los fragores de la hampa
resonaban más cerca..., jugadores
y truhanes mezclados se azotaron,
en turba malhechora, por el miedo
de la ciudad desierta...
—¿Dónde vais,
hambrientos de matanzas? ¿Vuestras madres,
a quienes el dinero habéis robado,
os empujan, acaso? ¡Arrodilladas
el pan pedían de los niños; luego
arrojábais al suelo a las misérrimas

para acudir a la hampa! ¿Acaso son
las hermanas vendidas, las esposas,
hechas putanas por vosotros; son
las chicas vïoladas, los pupilos
saqueados, que os azuzan a los nuevos
delitos? ¿Qué rencor, facinerosos,
os fulgura en los ojos? ¿Qué pensáis
en la carrera loca?
—¡Trampa, trampa!,
se oye un clamor irato.—
De repente
un lúgubre gemido, un estertor,
el mango de un puñal, brillando sobre
un cadáver de bruces.—Está muerto
el mocetón! ¡No le valió la fuga!—
Y se perdió el tumulto entre la sombra
como las cobardías...
Se arrastraba
el rata por la calle... Sus andrajos
barren al pavimento; parecía
un obscuro ataúd, que se moviese
a encerrar un delito... Levantada
la cabeza en redor, metía los ojos
en lo obscuro... Sacude a remezones
al caído y rechina:
—¡Reventaste!—
Y el dinero le roba. Da un gran salto
a la acera el ladrón y desparece
volando en la tiniebla.
En las zahurdas

de los barrios esquivos, en el asco
de humedades cerradas, a la luz
de una vela de sebo, en conciliábulos
afilando la garra, se medita
el ajeno despojo. Son los lívidos
delincuentes. Asaltan, se dispersan,
se juntan, roban, matan. No supieron
nada mejor. Abandonados, no hubo
para la infancia madres. Como arbustos
de pantanos creciendo, retoñaron
en ponzoñas mortíferas; la fiera
se agigantó en su sangre. En esos cuerpos
no hay más que instinto y crimen, porque
[el alma
entristecida los abandonara
para no verlos más...





EL VERSO DEL ALMA!

¡Alma, oh divina
imagen del amor, parte serena
de la eternal esencia. ¡Oh, melodía
de la bondad del universo, casta
eucarística Virgen! ¡Oh, alma, tienes
en los ojos los cielos, en la frente
la pureza de Dios! ¡Eres pupila
de la niñez feliz! ¡Oh, cómo empaña
a tu limpio cristal, oh peregrina
errante por el mundo, la maldad!
¿Por qué hïeren los hombres a tus pétalos?
Para vivir nacida en el arrullo
de tu candor, oh augusta, ¿por qué el hombre
te ahuyenta de la tierra, apuñaleándote
como a Jesús? ¿Te vas por ese ultraje?
¿Te vas porque el sayón tortura bárbaro
al bastardo, vergüenza de la culpa,
y arroja hacia las cuevas deletéreas,
obscuras, a los huérfanos? ¿Te vas
porque mancha a las vírgenes? ¡Maldigo
al salvaje que enloda a la inocencia
y flagela a los niños solitarios!
¡Si entras en lo infinito, para huir
de las infamias, si el instinto queda

solo sobre la tierra, la virtud
no vivirá, como la flor ajada!
¡Nadie amará, si tú nos dejas solos!
¡Nadie amará! ¡Se dejarán morir
las doncellas! ¿Y para qué la vida,
hecha para el amor, si tú no existes?
¿Y los padres? ¿No buscan en los ojos
del hijo la piedad? ¡Si estás ausente
de las pupilas de los hijos, alma,
no habrá piedad para los padres! ¡Estos
se dejarán morir! ¡No habrá heroísmos,
ni apóstoles, ni genios! ¡Cómo espectro,
sin meta, ni razón, el hombre artero,
destructor, homicida, un cataclismo
hará en el universo! ¡La tiniebla
dominará la tierra; serán hechas
pedazos las ciudades, en escombros,
mudos como la ausencia! ¡Negro el cielo
de angustia sollozando, un gran crespón
sobre los orbes extendido, lúgubre
losa de tumba, no es ya del Eterno
la verecunda casa! ¡Los instintos
al Tiempo señorean! ¡Una cárcel
es el mundo, galeotes los humanos,
cleptómanos, sicarios, simoniacos,
en lujurias manchados! Si no vives,
símbolo santo, ¿cuál será el pecado?
¡Tal vez no haya culpables! ¡No nos dejes!
¡Tu pupila de niño, en dulcedumbres
trocará a los rencores! ¿Tú no quieres

que las vidas enfermas se arrepientan?
¿Cómo hará el asesino? Magdalena,
¿cómo a Jesús podrá volver, si sólo
es pedazo de carne, si has huído
del corazón ansioso? ¿Estás segura
que la mano homicida tiene crimen
si el asesino no es sino un instinto?
¿La corruptela de la carne, acaso,
es corruptela de alma, cada vez
que se emborracha de lujuria? ¡Tú
te llevaste el amor! ¿Por qué no quieres
que redima el amor las pecadoras?
Cerca la cruz de Cristo, arrodilladas,
lloran las más en su remordimiento
feroz, en el silencio... ¡Oh, vuelve, vuelve,
oh pupila de niño, si no el mundo
no podrá redimirse! ¡Abandonado,
alma, por ti, se dejará morir!
¡Merecen el perdón esos caídos!
¡El vicio no es la causa del abismo!
¡Dominadora de las voluntades
es la pasión! ¡Arrastra a las doncellas,
se embriagan de amor! ¿Y qué han de hacer
si las calienta el beso, si creyentes
al amor se abandonan, si la vida
las llama a gritos a vivir y el hombre
artero las arroja hacia la sombra
de la desesperanza? ¡Quédense, ángeles!
A la casa paterna volverán,
donde esperan los ancianos caducos;

la inocencia extraviada adentro el fango
se vestirá de la pureza nueva
y otra vez rezará los mismos rezos
que le enseñó la madre en la niñez!
Hijos de la sentina, ¿acaso alguno
educó vuestra mente? Es que os han dicho:
¿el robo es un delito? Os enseñaron
la idolatría por el trabajo? ¡Míseros
érais los vagabundos de los huecos,
abandonados ibais a la fonda,
no había pan para comer, os daban
el alcohol venenoso! ¡Ya de noche
la cama era el umbral de cualquier puerta,
el banco de una plaza! ¡Por qué hay madres
y besos, pero no para vosotros!
¡Hacía tanto frío en esas plazas!
¿Qué le habían hecho a Dios, ellos, tan pobres?
¡No tuvieron más madre que el sufrir
de largas hambres, no sabían de besos;
una esperanza, el calabozo, un triunfo
huir de la justicia, por delitos
para comer! ¿Quién dióles la dulzura?
¿Quién les dió amor? ¡El alma se hizo torva,
se preñó de odio y de rencor! ¿Alguno
educó las niñeces tan incautas?
¿Y si no cultivaron el retoño,
por qué exigen que el árbol sea lozano?
¡La marisma lo pudre! ¡Acuérdense!
¡Los delincuentes son los vagabundos
de las niñeces solas! ¡El sicario

ha empezado tal vez en los suburbios,
cubierto por la escarcha de la noche,
muerto de hambre y de sueño, sin dormir
ni siquiera en los céspedes, buscando
un pedazo de pan! ¡Oh, cuántas veces
la bondad irritada habrá afilado
al puñal malhechor! ¡Oh, no te vayas,
alma; acompáñalos! ¡Eran tan buenos,
eran alegres, como los jilgueros,
sobre las ramas del durazno en flor,
sobre los cercos de la sina-sina!
¡Cantaban la canción de primavera
cerca a los nidos, que ellos no tenían!...
¡Oh, no te vayas! ¡Trae contigo siempre
un poco de bondad, la que perdieron
ellos en el delito! Diles: ¡Tomen!
¡Vuelvan a ella! ¿Acaso no recuerdan?
¡En esa luz vivieron cuando niños!
¿Por qué ahora de grandes ya no quieren
el amor de esa luz? ¡Dejen la sombra!
¡Vuelvan al alma! ¡Por qué si la vida
ha de vivir de instinto sólo, todo
morirá en el delito!

Yo pensaba
esto, vagando en la ciudad. Más hondo
es el silencio cada vez; los astros,
quietos arriba, miran tras la bruma,
tenue sobre las casas. Las ventanas
están cerradas y las puertas; tapan
hondos misterios, penas, esperanzas,

idilios y tragedias en los seres
despiertos... Brillan los asfaltos; pinta
la luz de los faroles en el piso
sus silüetas agitadas. Lejos,
pasos acompasados perturbaron
ese callar. Se acercan más...
¡Sostienen
seis mujeres a un féretro, llevando
cirios de brillo trágico! ¡Acostada
en una almohada yace una cabeza
cinérea sobre los rubios cabellos
y un cuerpo de mujer rígido, muerto!
¡Un sudario lo envuelve! ¡Allí descansa
una efigie de mármol, tan divina
como fuese del cielo! ¡Por debajo
de la mortaja vese un traje obscuro
de terciopelo!... ¡Taís la cortesana!
¿Dónde la llevan? ¿Qué hubo?, yo interrogo.
—¡Al sepulcro, señor! ¿Qué, usted no sabe?
¡La trucidó el amante! ¡Son de todos!
¡Las agarra el osario; en ese pozo
a todos besarán como en la vida!—
¡Y siguieron su marcha! ¡Había llegado
cerca del ataúd una cohorte
de rameras en fila, mal cubiertos
con encajes los pechos! ¡Eran cuerpos
ondulantes, felinos!... ¡Resaltaban
del estrecho vestido con procaces
curvas las formas!... ¡Mucho anillo de oro...
mucho brillante!... ¡Acres aromas!... ¡Se oye

el lúgubre estribillo: "Como todas
se murió muy temprano! ¡Ten piedad!"
¡Hacia la huaca anónima la obscura
línea perdióse, en el silencio, paso
tras paso, lentamente!... ¡Inmóvil, fijo,
pensé en ese martirio y luego vi
de la ramera el alma por la calle
ulular de dolor!... ¡Ya fué muy tarde!
¡Volvió para salvarla!... ¡Cuando niña
barrió el tugurio triste; adolescente,
el fango de los hombres ha barrido
hasta saciarse!... Luego, avergonzada
de esa vida se fué! ¡Para salvarla
de nuevo la buscaba; pero sólo
halló su cuerpo muerto!...
¡La existencia
de muchos hombres es un puro instinto;
los domina la carne, la avaricia,
el hambre de dominio! ¡Están perdidos
entre las flores de las bacanales
en el abrazo lúbrico, desnudos,
ávidos como priapos, insaciables
en voluptades destructoras, ávidos
de ensangrentar a las divinas rosas
virginales! ¡Se marchan por las calles,
envolviendo en el ojo peligroso,
a cuanta forma femenina ven
ondulante! ¡Escudriñan los misterios
del peplo transparente, las canículas
ocultas, el mover de la odalisca,

siniioso y felino, embriagador,
como él, en celo!... ¡Buscan en la danza
entre las algazaras las fruiciones
satánicas, vedadas; se persiguen
los sexos; se atropellan noche y día
llenos de afán y de deseo!... ¡El alma
avergonzada abandona esos cuerpos,
entristecida, como vana fuera
la virtud! ¡Fuga con las compañeras,
que dejan al avaro! ¡Los han visto
en los barrios esquivos, con las ropas
raídas, untuosas, — desgreñadas, sucias,
las largas barbas enredadas, — mugre
en la piel escamosa, mal oliendo
como los huecos de basuras! ¡Viven
en montón, en zaquizamíes estrechos
con pisos asquerosos y paredes
húmedas de la grasa inveterada
impregnando al mordiente! ¡Ellos meditan
el ajeno despojo! ¡Con cuál odio!
¡Cómo afilan las uñas y conocen
las flaquezas humanas! ¡Se enriquecen
sobre el prejuicio, entre el afán del lujo,
sobre el respeto humano! ¡Sabedores
del dominio ejercido sobre el hombre
por la vanidad, prestan su dinero;
que en eso está la ruina de los otros,
la riqueza perdida, las familias
miserables o enfermas, el anónimo
en las zahurdas escondido, parias

antes señores, sombras ya con luz
en los tiempos felices, malos vicios
antes honestas vidas, el suicidio
o la cárcel, antes las esperanzas,
la brama del trabajo, el sol austero
en la mansión dignificada! ¡Ahora
el usurero descuelga los cuadros
de los abuelos, las reliquias santas,
culto de la familia!... ¡Son vendidos!
¡Acumulan el oro; acechan siempre
a los semicaïdos, los aventan
con dinero al abismo! ¡No han cambiado
por décadas las ropas remendadas,
las casuchas hediondas, ni el sendero
para llegar a sus designios! ¡Cuando
se recogen de noche y se rodean
de sus lívidos chicos a la luz
de una vela de sebo, les enseñan
el desprecio a las víctimas, — los tontos
llenos de joyas y de sedas, — triste
el torvo corazón en las pobrezas,
corolarios del fausto, del derroche,
ganosos de primar sobre otros tontos,
que viven en palacios y concluyen
la vida en las tabernas o en la ergástula!
¡Tengan cuidado! ¡Mírenles los ojos!
¡Son humillados y agresivos! ¡Ojos
de hiena foscos se deleitan sobre
la víctima elegida, en ese rictus
de los labios contraídos, en rencores

implacables! ¡Tengan cuidado! ¿Acaso
van a olvidar el látigo, el denuesto
con que les flagelaron las espaldas,
el mote de usureros, perros sucios,
a puntapiés echados a la calle,
el mentón en el pecho, entro a la sangre
la furia vengadora? ¿Y en qué se vengan?
¡Les prestan oro para empobrecerlos,
les quitan la mansión; así los hijos
van a la fonda, al lupanar; los padres
arrastran la deshonra en las sombrías
sendas! ¡Son vencedores! ¿Que no ven?
¡Ya son dueños del mundo! ¡Los tesoros
acumulados en la roña engendran
la deuda de los otros, el esclavo
a su señor domina, que no puede
ya con el fardo de la deuda y ríe
en la siniestra befa! ¡Ojo por ojo!
¿Ya no te acuerdas? ¡La mejilla cárdena
te puse a bofetadas; tú, primero,
me castigaste en la covacha; hiciste
una basura de mis hijas; ahora
es mi turno! ¡Yo las recubro de oro
a las tuyas, que visten las sarazas,
hoy mis vasallas, mis sultanas, todo
mi anhelo torpe... y cerca de tus ojos,
de tus lágrimas cerca!...

¡Abandonaba
a esos cuerpos corruptos en tamaña
infamia el alma! ¡Se quedó el instinto,

mendicante soez de juderías,
solo con ellos en las casamatas...
y el instinto también se quedó solo
con los canallas de la envidia! ¡Entraba
en el afecto ajeno la diabólica,
sombras echaba en el amor, ponía
las desconfianzas en la Fe! ¡Tragedias
sangrientas producía al insinuarse
con su veneno súbdolo, — los hijos
contra el padre, contra la esposa el hombre
en celo injusto! ¡Canta en soledad
el corazón de la mujer su endecha,
tanto más triste cuanto más profunda
es la pasión por él y lleva luego
el desconsuelo en su silencio huraño
sin tregua nunca, ni alegría; besa
a los hijos llorando y la sorprende
el sueño, en la alta noche, con los labios
sobre los ramos de las flores secas,
sobre las cartas del idilio, sobre
el velo nupcïal de la pureza,
cerca la cuna del hijo dormido!...
¡En los gráciles pechos, desgarrados
por el desdén no hay paz! ¡Mudas y tristes,
en el dolor sonámbulas, han visto
romperse el ánfora de sus amores
y derramarse la sagrada esencia
que vivió de la dicha, del temblor
en la mirada amante, del ensueño
perenne, saturado de poësía,

de angustia, de dulzura en los divinos
convivios de almas! ¡Luego la funesta
hora, el blanco sudario, la corona
de mirtos, la losa fría, el ciprés
cerca parado, como un negro espectro,
cobijando el sepulcro! ¡A veces hunden
la pena intensa en una indiferencia,
en la locura quieta! ¡Con el pelo
suelto por las espaldas corren cerca
del mar de la niñez, de los jardines
de la casa paterna, desparraman
los ramos de violetas y en sus cantos
en risadas y danzas van narrando
los poemas de las horas felices,
la sonrisa de los idolatrados!...
¡Visten de blanco, tienen sobre el rostro
el largo tul de novia, la guirnalda
del azahar en la cabeza!...
¡Nunca
descansa la diabólica en su afán
de dañar; usa la calumnia; pérfida
habla con reticencias, arrojando
sombras en la pureza! ¡Se aperciben
las víctimas!... ¡Los otros se sonríen,
las miran de soslayo, cuando pasan,
guiñan el ojo astuto! ¡Ya no son
buenas las compañeras y se apartan
para no saludarlas, con disgusto
en todas las miradas y se ve
que el desierto se extiende cerca de ellas

y quedan solitarias! ¿Qué será?
¿Qué crimen cometían? ¡Poco a poco
las toma la tristeza; ya no llegan
a su trabajo; escuchan la lechuza
que dice en el tejado por la noche
sus fúnebres avisos! ¡Hasta el padre
ya no las besa; los hermanos miran
con ira... andan serios, taciturnos!...
¡No vale la protesta; nadie cree
en sus palabras... Y la madre un día
les dijo: ¡Deshonestas! ¡Lloran tanto...
y las vieron después, enflaquecidas,
comer los desperdicios de las casas,
que en la puerta amanecen, como fueran
unos perros mendigos! ¡Vieron luego
las huellas del alcohol en sus mejillas!...
¡Ocultas en rincones solitarios,
lejos de todos, andan por los huecos
y en la basura las encuentran muertas!
¿No ven que no descansa la diabólica?
¡Derrama la calumnia! ¡Ese muchacho
las haciendas cuidaba de sus padres;
era honesto y gentil como la aurora!
¡Una mujer lo amó, ya entrada en años;
era una obsesa la libidinosa,
y cuando supo su desdén, la envidia
pudo más que el amor; le habían contado
de un idilio con otra, una celeste
virgen! ¡Un día el padre de la novia
atendió la calumnia!... ¡Había robado!...

¡Era un ignominioso! ¡Fuera! ¡Fuera!
¡De su casa lo arroja para siempre!
¡Separados los dos habían perdido
con la dicha la paz; hubo un suicidio,
bajo los astros... una noche! ¡Fueron
dos ataúdes y una sola agonía!...
¡Hubo una fuga de almas; se marcharon
lejos del cuerpo y de los envidiosos,
junto con otras, las de esos vencidos,
— mugres de la intemperie, que se duermen
de noche, bajo el cielo, en las escarchas
del camino, con la cara negra
bajo el montón de ropas, recogidas
en las limosnas ásperas, hambrientos,
lívidos perros, perezosas índoles,
inertes seres! ¡Dueños, el ajenjo
y la inmundicia; fin, el pudridero!
¡Las almas de los malos huyen lejos,
al arrancarse de la celda innoble,
hartas de la sentina! ¿Ya no vuelven?
¿Adónde están? ¿Acaso han perecido,
en la triste odisea, esas eternas,
esas flámulas puras, quintaesencia
del Dios bueno?
¡Están por todas partes!
¡Velan el sueño de los niños, cerca
de la cuna, acompañan las ternuras
maternas en los cantos celestiales
con que arrullan y mecen su dormir!
¡Cuando las novias piensan en su príncipe

están las almas cerca, cuando el héroe
moribundo se cae en la batalla
y arroja la piedad los lirios blancos
sobre la virgen muerta; cuando el padre
al hijo vela enfermo, en el silencio
tan largo y triste de la noche sola!
¡Donde haya un sacrificio están las almas,
en la belleza de las cosas, cuando
en la buhardilla velan, cerca al cielo
y anhelan los futuros inmortales
esos adolescentes sin frazadas,
esos artistas, que no tienen pan,
al plasmar las estatuas, en afanes
de dar el arquetipo, en el dolor,
en el miedo del genio, cuando piensa
que el genio morir puede, en la limosna,
en las horas del rezo, en el martirio
por la justicia, en el amor a todos,
en la congoja por la Fe perdida,
en la duda, tortura de la mente!
¡Donde haya una pureza, donde vive
la honra humana, donde la virtud
sus amarguras sufre, están las almas!
¡Se vuelven a los cuerpos corrompidos,
los redimen! ¡Vuelven, cuando la carne,
cansada de gozar, entre los miasmas,
arrepentida busca otros caminos,
quiere salud de bosques, esplendores
de luz casta, cuando el bufido fúnebre
de la tumba se acerca y nos enfría

la mejilla, cuando el instinto a gritos
enceguecido en el libertinaje,
ya en las orillas del osario, llama
la compañera fugitiva! ¡Entonces
una suave dulzura entra en la vida,
una calma apacible. Los espasmos
se van; se va la noche tenebrosa;
ha llegado la aurora; ha vuelto el alma
en las pupilas, que miran al cielo!...



LOS BORRACHOS

Cantando unos manípulos extraños
ritmos de carcajadas, de pavuras,
con rostros pavonazos se venían
de acera a acera tumultuarios. Iban
a saltos, como locos:

—¡A taberna
nuestras palabras suenan, a delitos,
a largas odiseas de hambres, fríos,
de humillaciones torvas y venganzas!
¡A la calle, borracho! ¡Contaminas
nuestro sendero! ¡Vete más allá
al cubil que te espera! ¡Eres borracho!
¡Eres un trapo! ¡Vamos! ¡Si te quedas,
mal oliendo aquí cerca, un puntapié
te hará rodar! ¡Aléjate!

¡Del alma
ignoran los dolores! ¡Tu mujer
es adúltera, van a la deshonra
las muchachas, te pegan los varones;
los hijos caen enfermos, se los llevan
al cementerio en cajones de pino;
tú trabajas, te cansas, la desgracia
no acaba; desespera, bajo el yugo,
bregar hasta la muerte!... ¡Queda un luto

en la vida! ¿Cuándo tendremos sol?
¡El vino da alegrías! ¡A beber!
¡A consolar la mente dolorida,
himnos cantando a las orgías.—
¡Iban
mezclando el evohé con las nostalgias
de las horas felices!
¡Nuestros hijos
cerca no pasen del hogar paterno;
está vendido! ¡Dioses tutelares,
perdón! ¡Os arrojaron los extraños!
¡Dónde iréis sin amor, oh solitarios!
¡Buscad a los muchachos, si morimos!
¡Que amen y trabajen! ¡Que las niñas
rezen en la virtud! ¡Oh, cariñosos,
que por el mundo andáis, en sus tugurios
entrad! ¡Amad los huérfanos; decidles:
somos los besos de los padres, somos
el cantar de las cunas, las pupilas
maternas, el consuelo de la pena
en la tristeza de las horas, cuando
pensáis en el suicidio y estáis cansadas
de llorar sobre la costura! ¡Dadles
más besos, esperanzas y la fuerza
de la fe, en una divina plegaria,
con la promesa de la dicha eterna,
oh castos dioses, que vivís mirando
el desamparo de los nietos, desde
los retratos borrados! ¡Qué futuros
tan torvos! ¡No desprecien al borracho,

a estos martirios errabundos, a estas
pobres sombras, caídas en la lucha!
¡Ten piedad de nosotros, caminante,
y déjanos beber las alegrías
en el mosto proficuo, en una calma
sin dolor, sin pavuras!...
Retroceden.
¡Un espanto se pinta en sus pupilas
dilatadas y saltan como locos
por el asfalto en fuga! ¡Hay un enjambre
de rabiosos ratones, morder quieren,
subiéndose a sus piernas, espeluznan,
les hunden en las carnes los colmillos!
¡Una jauría de monstruos los detiene,
los acosa detrás, despide fuego
por las hambrientas fauces! ¡Devorarlos
la visión pavorosa intenta en esa
trágica noche! ¡Tras de las columnas
se esconden achuchados, gritan: ¡Fuera!
¡Fuera! ¡Fuera! ¡Las piernas manotean,
arrancan a las ratas! ¡Los mordieron!
¡El fuego los abrasa!
¡Dennos agua,
dennos un río de agua!
¡Cómo corren
asustados! ¡En sú delirio ven
a los espectros! ¡Sobre los sepulcros
con los sudarios se levantan; besan
sus calaveras las mejillas lívidas,
frías del fugitivo! ¡Ellas reciben

en plena faz los pútridos alientos
de los muertos! ¡Apuran las carreras,
aullando en el auxilio por las calles
desiertas y se dan contra los muros,
atropellan en tropeles convulsos
y vuelven en seguida a la calzada,
acosados por la visión terrible,
que lleva su puñal entre los dientes!
"¡Bárbaros, ay qué frío! ¿Por qué me hincan
tan despacio el cuchillo?
¡Es un lamento
apagado, un hielo de terror: tiritan,
castañetean los dientes!
¡A la fosa
los delirantes fuéronse después
unos tras otros! ¡En las pobres casas
hidrópicos tosían; en la noche
miraban a las hijas, cerca de ellos
velándolos! ¡Cansadas se dormían
teniendo al padre de la mano! ¡Llora
el enfermo en silencio! ¡Nada se oye
sino el respiro de la niña! ¡Solos
en medio a la ciudad nadie conoce
esa filial angustia, los envuelve
el frío del tugurio, como anuncio
de lúgubre mortaja, mientras canta
afuera una canción de miserere
noctámbulo un borracho, como aviso
de su próxima fin, unas exequias
para su carne moribunda! ¡Tiende

en la sombra la mano, porque quiere
rechazar el augurio!
—¡No tan pronto!
¡Que de ti no me alejen! ¿Dónde irás
cuando yo cese? ¿Olvidarás mis besos
y el llanto de mis ojos?
¡Duerme, padre!
¡En tu destino pienso!
¡El padre nuestro
reza conmigo! ¡Le pedí que diera
para ti la salud!
¡Ella rezaba
su oración de la noche; se dormía
el padre en ese arrullo, murmurando:
—Mi chiquita, perdón! ¡Yo me arrepiento!
Me ayude Dios a no beber!—
¡No puede!
¡Del ajenjo el aroma lo fascina;
produce ese veneno el paraïso,
se vuelve hacia la copa hasta que un día
en que baja la nieve copo a copo
en el blanco sudario cae helado,
al querer, tambaleando, retirarse
al tugurio cercano! ¡En la mañana
lo tiran sobre un carro de basuras,
lo aventan a la fosa!
¡De repente
la banda enloquecida se volvió
por las calles a saltos! ¡Se oyen gritos
desaforados de terror! ¡Un ebrio

se degolló! ¡Se azota entre las ruedas
otro de un carro al trote; le tritura
los huesos!... ¡Un puñal chisporrotea;
los persigue un sicario! ¡Hiere, hiere!
¡Está sobre sus dorsos! ¡Qué terrible
visión! ¡Y se arrojan alucinados
al suicidio; se ahorcan en los árboles,
incendian la casucha, entre las llamas,
arden, se carbonizan en la hoguera!
¡Mientras pasaban cerca los borrachos
de todas las edades, en tumulto
entre los gritos delirantes, entre
los estertores de las agonías,
cubiertos por las flores del festín,
entre los besos de las meretrices,
cubiertos por las mugres del tugurio,
besados en la frente por los hijos,
danzando las carolas de la orgía,
oyendo las campanas de la muerte,
iba pensando en esos zaheridos
por acres vilipendios, que no son
sino desventurados! ¡Una lima
os raspa las entrañas; sois un luto!
¡No llegáis a la cumbre! ¡En las primeras
escarpas de la cuesta dais en tierra
al cuerpo inanimado! ¡No se puede
desviar al destino! ¡Así la piedra,
que rueda en precipicio hacia el abismo,
hasta el abismo llega! ¡Si una valla
se opone en su camino, ha de rodar

por encima la piedra y si en el alma
se anida un apostema, si no mata,
estalla hacia la luz en una pútrida
maleza! ¡Bebe el crimen en la herencia
el homicida! ¡Aplanará baluartes
enloquecido de furor! ¡Fatal
un impulso lo lleva hasta el delito!
¡Fuera más justo Dios, si al crear la vida
no hubiera dado instintos! ¡Sola el alma
peregrinando encontrara en la tierra
al ideal! ¡Nadie derramará sangre!
¡Amor y muerte no fueran hermanos!
¡No habría envidia perra; la avaricia
en generoso numen se trocara!
¡La carne es delincuente! ¡Quedaos solas,
almas! ¡Y de los hombres, del enigma
obscuro del destino, de los siglos
todos saldrán poemas generosos
de virtudes! ¡La carne es delincuente!
¡Ved las osambres tétricas que pueblan
los humanos caminos, — agrupados,
dispersos, en pirámides los cráneos,
niños, adultos, viejos! ¡Un enjambre
revuela de rencores y blasfemias
y gritos de exterminio, una terrible
riña con voces concitadas, todas
las canciones del odio! ¡Las matanzas
diseminó el instinto por los campos
de la batalla, antes tan silenciosos,
donde araba el labriego lentamente,

tras de los bueyes mansos, en la paz
fecunda, en la luz creadora, cerca
de los bosques, — mirándolo el azul
sereno de los cielos! ¡Oh, cadáver!
¡Yo te interrogo de rodillas! ¡Habla!
¿Por qué peleaste? ¿Qué hizo el enemigo?
¿Mató? ¿Robó los predios? ¿La deshonra
de tus hijos causara? ¿No contestas?
¡Yo sacudo tu cráneo! ¡Yo te miro
en las pupilas frías! ¡Habla! ¡Vamos!
¿Por qué aprietas a ese? ¿Por qué muerdes
su garganta sangrienta? ¡Lo mataste!
¡Ando con las rodillas; interrogo
a todos los yacentes! ¡Cómo hieden
a gangrena los campos! ¡Cuánto estrago!
¿Por qué el hervor de la carne asesina?
¿Por qué matáis?
¡No saben por qué matan!
¡Se disperse la carne para siempre!
¡En la sangre caliente, que la nutre,
está del mal la madriguera; están
los homicidios! ¡No vivan sino espíritus
sobre la tierra! ¡Oh, Dios! ¿No ves? ¡Se queman
los pastos bajo el coágulo; secáronse
las flores; la cabaña del labriego
es un rescoldo; yacen por el suelo
rotos los monumentos! ¡Una ruina
reina en el universo, en un silencio
hostil de muerte, sale del escombro
la voz del sufrimiento en las canciones

trágicas y el cuervo reposa sobre
los fragmentos de los arcos yacentes,
agarrados por las yedras y aguaita
los torsos de las mémores estatuas
despedazadas! ¡Reposa en un mudo,
terrible acecho, como si esperase
el surgir otra vez de los cadáveres
para su pasto carnicero, — déspota
huraño del estrago en un silencio,
presagio de catástrofe, una inmóvil
siniestra esfinge!...



¡GRITOS DEL ADULTERIO!

¡Llega una agitada
cohorte de mujeres! ¡Un calor
malsano irradia de sus cuerpos! ¡Braman
por el interno fuego; la mirada
inquieta brilla en una chispa lúbrica,
el ardor les consume las mejillas,
meditan mucho tiempo el adulterio!
¡Qué largas horas! ¡Oh, qué hastío! ¡Su hombre
trabaja lejos; es un tonto; aburre
todos los días la caricia misma!
¡Con odio lo desprecia! ¿Por qué sigue
en sus abrazos? ¡Qué hielo el de su cuerpo!
¡Ya no goza la impúdica! ¡Curiosa
otros besos anhela, con furor
busca al amante, lo persigue, loca
se echa en sus brazos! ¡Oh, delirio! ¡Un ímpetu
de lujuria en desborde la estremece,
una manía la domina! ¡Toda
la vida, el alma para él! ¡Recuerda
de las horas de amor, de ese morder
del beso suyo tan libidinoso,
la lascivia del ojo, el vaho caliente
del macho en celo, subyugada, esclava
en un letargo enfermo!

¿Y tú, qué dices?
¡En pos de otras mujeres se va lejos
mi hombre! ¡Yo estoy sola! ¡Mi poema
era tu amor, en él me adormecía,
sobre tu pecho mi mejilla; el brazo
mi cintura cerraba y sobre el pelo
su beso ardiente, férvido! ¡Te espero;
me asomo a la ventana en la profunda
noche agitada! ¡Todos pasan rápidos,
los noctámbulos cerca, menos tú!
¡Envano espero hasta la aurora; nunca
llegas! ¡En la calle entra la penumbra,
aparecen las líneas de las casas,
se borran las estrellas! ¡Todos pasan
debajo, menos tú! ¡Duermen las cunas!
¡Brilla un rayo de sol! ¡Qué tarde vienes!
¡Con tus labios no beses a los chicos;
tu boca tiene el olor del prostíbulo!
¡No quiero que los beses! ¿Qué te han hecho
esos dormidos ángeles? ¡Ultrajas
su candor; contaminas! ¿No te importa?
¡Ya lo sé; no te importa! ¡Vete! ¡Vete!
¡Tu manceba te espera; pero acuérdate
de mi alma solitaria! ¡No la hieras,
no la escarnezcas! ¡Zafio, no me beses!
¡Esta lira de púrpura que canta
el himno del amor dentro del pecho
la lastimaste! ¡Deja que perezca,
como perece la torcaz en cuanto
se queda el nido solo y ya no vuelve

el compañero! ¡No me hïeras más!
¡Vengo a golpear la puerta de tu casa,
lo arrancaré, ramera, de tu vientre!
¡En el callar nocturno el aldabón
resonaba; tiembla la puerta; se abren
los batientes; ella se cae muerta!
¡Fugitivo el adúltero tropieza
en el cadáver y se aterra; va
tambalëándose en la acera! ¡Dios
a vivir lo condena, perseguido
por esos ojos fijos, la pupila
cinérea, fría, abierta!...
—¡Tonta! ¡Tonta!,
gritaban las adúlteras. ¡Por calles
y plazas dilatóse el estentóreo
apóstrofe violento! ¡No hemos hecho
eso nosotras! ¿Quieres tú saber?—
Rodearon a la extinta. ¡Hay un olor
de violetas y rosas esparcidas
por manos invisibles! ¡Un sudario
de seda blanco cubre su persona,
la corona de azahar sobre la frente!
¡Sus átomos se pierden; sólo queda,
de la divina forma, el corazón,
la lira destrozada! ¡Entre los salmos,
cantados por los astros, en el templo
de la noche profunda, lo tomaron
la virtud, las purezas y con ellas
se fué al arcano, para no dejar
sobre la tierra más que los recuerdos

de su amor para él, del sacrificio
casto, como una virginal tristeza,
limpio como el azul! ¡En su epitafio
una laude celeste quedó escrita:
"¡De amor murió! ¡Rezad, benditos seres
que camináis, amando, por la vida!..."
Las mujeres se alejan! ¡No pudieron
las blasfemia seguir en frente al ángel
dormido para siempre! ¡En la quietud
de ese desfile trágico se fueron
a lo hondo de las calles!... ¡Es parlero
el delito; no callaron:
—¡No hemos hecho
eso nosotras! ¿Quieres, tú, saber?
¡La pobre mártir está lejos! ¿Quieres
conocer los enconos, la venganza
de la matriz abandonada? ¡Escucha!
¡El había perdido su dulzura;
miraba con enojo! ¡Era una cárcel
la casa; ya no hay paz; no queda nunca
ni de noche! ¡Parece cobijar
un rencor, una furiosa erinnis!
¡Los barrotes de hierro de la jaula
va rozando el león y mira fuera
con la pupila roja, se revuelve
rugiendo!... ¡Así a mi hombre una diabólica
furia turbaba, azótalo sin calmas,
como un remordimiento!
—¡Estás viviendo
en el oprobio; te domina la hembra;

extrañas la covacha; es más lasciva
que esta mi alcoba! ¡El beso no te basta;
amas las ánforas infames; quieres
el vino urente; ¡quieres la piara inmunda
de un infame chiquero! ¡Vete! ¡Vete!
¡Pero, ay de ti! ¡Yo puedo perdonarte
la humillación al alma; no me importa!
¡Yo no quiero vivir como un asceta;
para novicias se hizo la abstinencia!
¿Has comprendido? Dime: ¿tú no diste
néctares a mi cuerpo? ¡Has despertado
con tu besar el fuego; en el incendio
arrojabas más llamas cada noche,
ahogándome en tus brazos, a la carne
regaste lujurioso en una hornaza
convulsa, deletérea! ¿Y tú pretendes
para mí la abstinencia? ¿Enflaquecida,
como planta sin savia, en una seca
árida, enferma, voy a entristecerme,
cuando en la viña hay tanto vino, cuando
tanto mancebo sangra en un ardor
juvenil de impudicia? ¿Tú me crees
al cilicio nacida, a macerarme,
como los cenobitas destinada?
¿Y la mujer no existe, porque tú
a la mujer abandonaste? ¡Mira,
cuántos se vienen a ofrecer! ¡Con ellos
saciaré mi venganza en la salvaje
brama de amor; de sexo! ¡Tú no has muerto
con tu abandono a la mujer! ¡Ese otro

más hondo ha de morder entre mis brazos!
¡Pronto! ¡Es la noche! ¡Ven! ¡Yo tengo sed!
¡Voy a apurar la vida! ¡Apura! ¡Apura!
¡Dame tu manantial inagotable,
cánsame, sáciame! ¡Di a tu manceba,
cómo cuaja en mi cuerpo el beso ajeno,
ese que tú me niegas!...—
¡Oh, qué torva
luz en las caras! ¡Bajo los faroles
un himno al odio cantan las adúlteras!
"¡Soïs sacerdotes de ascos, de ignominias
bajo cultores, monstruos! ¡Tus ensueños,
amante novia, cuando vas al tálamo
caerán desvanecidos! ¡Será maestro
de un infame pecado en esa alcoba
sin pudor! ¡Tu cuerpo será un ludibrio!
¡Te enlodó; te humillaba! ¿Adónde fueron
tus azahares? ¡Lirios del altar
que estaban cerca de la novia, cuando
te dió su mano de rodillas! ¿Dónde
de tu aroma cayera la pureza?
¡En fétida pocilga! ¡Has aprendido,
novela esposa, el cínico poema!
¡El monstruo oficia siempre en un insulto
a la Natura casta en un nefando
rito! ¡Te humillaba! ¡Todo renace
en la flor, en el árbol; pían los nidos,
a la luz trinan, a la vida! ¡Un ímpetu
por el Espacio corre creador
de nuevos seres; cantos, alegrías

a las almas conmueven; ríe el mundo
en el besar del átomo, en el férvido
connubio humano; alumbra el germinar
el sol! ¡Sólo la alcoba es infecunda,
las adúlteras gritan; son cubiles
de atroz concupiscencia! ¡Hemos huído,
hemos buscado al hombre! ¡La preñez
que cuaja al hijo en las entrañas, eso
queremos y fugar lejos del monstruo
a vivir el amor en los abrazos
del gallardo varón, que llena el ánfora
con vino de sus carnes, a escanciar
sedientas, insaciables! ¡Oh, la trémula
arcana gestación! ¡Entre la sangre
hemos sentido el grito de los gérmenes
y la soberbia de ser madres! ¡Digan,
oh ruines desperdicios! ¿Qué habéis hecho
de vuestras savias, pálidos perversos
adoradores de lúbricos númenes,
licólatras soeces? ¿Qué habéis hecho
de la esposa en el tálamo? ¡Una estéril,
una sedienta no saciada! ¿Acaso
no negasteis la vida?...
¡Por los cuartos,
vagando en soledad, celan los hombres
a las esposas, las persiguen, violan
sus secretos, no duermen, como fieras
todo lo husmean, ven en sus delirios
la inocente correr hacia la cita
carnal!... ¡Ese que pasa a la ventana

tan cerca, es el amante! ¡Si Ella tiende
la mano amiga a un hombre, demasiado
esa mano él estrecha; si lo mira
se inmuta, tiembla, porque es la culpable!
¡La idea fija lo persigue! ¡Queda
tantas horas ausente de su casa
la mujer! ¿Por qué se acicala tanto?
¿A quién pretende fascinar? ¡No cuida
como antes a los hijos! ¡Son tan fríos
sus besos, sus caricias; pareciera
atónita vagar, como una eterna
ausente! ¡Ved esa inquietud! ¡Asoma
al balcón; él pasa; alza las pupilas!
¡Los dos palidecieron! ¡En esa hora
pasa siempre!
¡Le aferra una megera
la atra sangre en un anhelo furioso
de exterminar! ¡Presiente la tragedia
la atribulada! ¡Oh, injusto! ¡Inmerecida
es esa pena! ¡Reza la misérrima,
llora, besa la frente de los hijos
y sobre el pecho recio también llora
del hombre injusto!
"¡Te amo más que Dios,
más que a los hijos!

*
* *

—¿Tú, por qué te ocultas?
¡Es pupila acerada la de tu hombre,
te duele el corazón, cuando te mira!

¿Tienes miedo? ¿Qué te hace? ¿Eres culpable?
¡El delito se ve sobre tu frente!
¡Ya no duermes de noche! ¡Tienes miedo!
¡Todo rumor te asusta! ¡Ha sospechado!...
¡Afila su puñal! ¿Por qué esos roces,
por el cuarto, apagados, esos pasos
en la tiniebla? ¡Sabes que El no duerme!
¡La puerta de tu alcoba rechinó
en el silencio de la noche! ¡Has visto
fulgurar sus pupilas en el vano
siniestro, obscuro! ¡Ya no comes; veo
que hay una ansia mortal en las latebras
de tu cuerpo, oh corrupta, enflaquecida
bajo los ojos tan helados, bajo
el callar de ese torvo caminante
tan taciturno! ¡Sabe! ¡No te besa,
lívida diosa enferma, esa pobre alma
agitada! ¡Empezaron a secarse
tus miembros en esa pavura sola
de la casa aterrada! ¡Oh, diosa lívida,
confiésate, comulga, reza, pide
perdón a Dios, escucha como doblan
a *De-Profundis* las campanas trágicas!

*
* *

¡Eres siempre una adúltera risueña!
¡Cómo engañas al hombre adormecido!
¡No ve sino tus curvas armoniosas,
marmóreas, albas como las estatuas,

no ve sino tu marcha serpentina,
muelle, ondulante, como la caricia!
¡Qué ritmo seductor, suena en la urdimbre
del cuerpo sano, en pleno estío, fresco
como las guindas, donde transparecen
las rosas de tu sangre! ¡Flor divina,
cuyos pétalos dicen con dulzuras
recónditas, profundas, las historias
de la sirena embriagadora, el gárrulo
fascinador lenguaje! ¡Ese engañado
donde quiera que mira ve a sus ojos,
negros como tormenta, las sonrisas
de los labios sensuales! ¡Es esclavo
de su abrazo felino, de los besos
aturdidores! ¡Va como un obseso
llevando en las entrañas el recuerdo
de su lascivia irremplazable, cree
sinceros los espasmos y no sabe
que en El abraza al otro, en frenesíes
salvajes y que las cálidas savias,
en el delirio derrochadas, eran
para el ausente!...

*
* *

¡Aquella se me acerca
a narrar su leyenda, con el ojo
peligroso mirando a mis pupilas,
mientras retuerce el cuerpo en el deleite
tras los vestidos transparentes! ¡Huele

a brama satisfecha!...
                                        ¡Yo no puedo
sin el vivir!, exclama. ¡Me da flores
jugamos en el bosque solitario,
bajo el amplio dosel de la arboleda!
¡Cómo muerde el vampiro! ¡En otras veces
sobre negros corceles la alameda
galopando, abrazaba mi cintura
y huíamos los dos a la carrera
al horizonte azul, entre relinchos,
con locos alaridos! ¡Yo sentía
el respirar de su sangre ardorosa
calentarme la nuca! ¡Enajenada,
ebria de gozo, en el correr violento
me parecía morir! ¡Ibamos, íbamos
en la inconciencia arrebatados, hacia
a algún abismo micidial, abierto
desde un barranco süicida, allá
en el fondo! ¡Oh, locuras!
                                        ¡En la góndola
surcábamos el lago por la noche,
bajo los cielos estrellados, cerca
de los olores de las arboledas
fugitivas, en su pupila ansïosa
mis pupilas ardientes, la embriaguez
de su cuerpo en mi cuerpo. Era su boca
mi boca; los raudales de su sangre
ávidos se derraman en la mía,
nuestros tálamos eran las quietudes
del universo obscuro!...

¡Muchas veces
cuando la nieve cae sobre los techos
lenta ondulando, en largos copos, cuando
la lumbre del hogar hace doméstica
a la alma insosegada al aposento
de mi amado penetro!...
¡Tú has venido!
¡Qué bien has hecho! ¡Acércate a la llama,
dame tu mano helada entre las mías!
¡Soñando estaba aquí cerca del fuego:
si ella viniera! ¡Estoy tan solitario!
¡Si me diera el amor de sus veinte años,
del alma la alegría, ese trinar
de la voz deliciosa!
¡Toma! ¡Toma!
¡Tuyos hasta la muerte son mis besos!
¡Nieva! ¡No te vayas, flor delicada,
amada mía! ¡Ven; siéntate cerca!
¡Voy a escribir un libro, con la luz
de tus ojos celestes, al calor
de tu boca adorada! ¡Qué profunda
será el alma del libro! ¡No te vayas!
¡La tormenta amenaza con sus rachas
heladas de sepulcro!
—¡Amado mío;
a vísperas ya tocan las campanas,
la casa mía me espera! ¡Por ahí anda
el otro como un duende! ¡Si se acerca
seré una indiferente!...
¡Si te vas

y te llevas la biblia de tus ojos,
tus poemas de amor, ya no habrá libro,
la pluma será estéril, si faltara
la primavera de tu alma! ¡Amor
te bendiga; tú fuiste como el sol
que alegra este desván!
—¡Es una celda
mi casa, donde vive el prisionero,
arrastrando los pies en su parálisis,
en las muletas apoyado, corvo
sobre las piernas impotentes, lívida
la piel, un puro hüeso!... ¡Un desamor
glacial, esquivo reina en la mansión
y nunca fuí mujer, sino una cosa!...
¡A las lóbregas hampas dió su vida,
lleno de vino, de impudor, un sátiro
procaz de meretrices, asco, fango,
que me arrojó a la calle en impetuoso
desborde! ¡Quiero un alma! ¡Si me das
un alma, doy la vida! ¡Yo era alegre
como las rosas estivales; supe
que eso no era hombre; luego un atrabilis
me agarró el corazón hasta llorar
por muchas horas sobre mis ensueños!
¡Debajo los balcones tú pasaste
y amé tus ojos bravos! ¡Ya se va
la luz del día! ¡Adiós!
—¡No. Yo no quiero!
¡No te vayas! ¿No ves cómo la nieve
cubre los techos y las chimeneas

con su sábana blanca? ¡Cuánto frío!
¡La llama de esos sauces va a narrarte
la novela de amor de las ancianas
vidas, que aquí vivieron! Di: ¿no quieres
saber de esos poemas, de la santa
melancolía de las flores secas,
cuando ellas colocaban sus mitones,
al balcón asomadas, en las manos
sobre los guantes de los caballeros?
¡En este arcón abierto está el pasado,
está la poesía de los abanicos,
de los encajes el murmullo, que hablan
de viejas fiestas, de gavotas!... ¡Eran
las edades patricias!... ¡De rodillas
pongámonos, amada mía! ¡Déjame
venerar a los muertos!...
—¡Yo sentía
un horror en las venas tan sagrado,
como los viese fuera del sepulcro,
a predicarme la virtud!
—Repíteme
estas estrofas tan austeras; quiero
fugar de la sentina! ¡Ahuyenta el último
aliento de la ciénaga! ¡Contigo
quiero salir del mundo! ¡Dime, dime
de las viejas leyendas los candores!
¡Cerca de El me sentaba, — mi cabeza
reclinada en su pecho!... ¡Cae la sombra
en su aposento!... ¡Veo la boca roja
de la estufa allá lejos!... ¡Esta canta

los idilios antiguos!... ¡Me los cuenta
con tan divina fabla ese amor mío
que me pongo a gritar: ¡irme no quiero!
¡Voy a morir contigo; con tu espíritu...
con esas vidas del pasado!...
¡Oyóse
ese clamor de angustia por las calles
con tal desperación, que parecía
haber perdido el cielo para siempre
la adúltera!... ¡Fugaba entre las sombras,
entre los ecos de ese grito, lejos
por la noche siniestra!...
—¿Tú también
de tu casa fugaste? ¿Cuántas son?
¡En tropel se acercaron, con rumores
de voces y de aullidos! ¡Imprecaban!
¡Eran blasfemas! ¡Sobre el rostro lívido
gesto procaz había, un asco, un miedo
de posibles tragedias, los ardores
del sexo insacïado, la agitada
ninfomanía urente! ¡Pareció
un ventarrón de bacanal la marcha
del adulterio por la noche fría!...
¡Los hombres ultrajados se vinieron
hacia las pecadoras, como espectros,
en la quietud amenazante y torva,
igual a los silencios precursores
de la tormenta, en la Natura! ¡Todas
con chuchos de terror se agrupan, quedan
de miedo yertas!... ¡Se oye un alarido;

otro responde más allá! ¡Pesados
se desploman dos cuerpos y el farol
alumbra los puñales enterrados
en los pechos jadeantes! ¿Qué habéis hecho?
¿Por qué matasteis? ¡Dios va a castigar,
hombres, vuestro adulterio! ¡Cuándo fué
a vuestra casa la novela esposa,
encontró fango y lupanar! ¡Corrió
a las ventanas para ver al sol!
¿Y por eso matáis? ¿Quién os dará
a vosotros la muerte?



¡ANIMA DOLOROSA!

¡Eran querubes...
Por las calles silentes se venían
en las manos llevando canastillas
llenas de mirtos y claveles! ¡Eran
clámides blancas sus vestidos! "Vírgenes,
¿adónde vais cantando? ¿No teméis
el lodo de la noche, castos ángeles,
vidas de honesta luz, con cabelleras
en unos rizos de oro por la espalda,
con vuestros pasos píos a través
de estos tristes caminos? ¿Sois, acaso,
mártires, santas vírgenes? ¡El cielo
benignamente os mira! ¡Dios precede,
os sigue, sois divinas! Luego, ¿a qué
venís a estos pantanos? ¡Esas túnicas
se os mancharán de lodo! ¿No teméis?
¿Sois incorpóreas, como el alma, o sois
almas por el dolor purificadas?"
¡Bajaban del empíreo, en esplendores
con una música de eólicas arpas
y volaban en filas otros ángeles
interminables a cubrir de rosas
a los querubes de esa noche! ¡El fango,
aglomerado en el delito, corre

tan lejos a perderse; unos altares
perfumados de incienso sobre el charco
tienden el albo lino! ¡Allí el Santísimo
se alza; de órganos invisibles suenan
marchas triunfales de gloria! ¡De hinojos
las santas se pusieron; al Señor,
que en la cruz descendía, entre fulgores
de apoteosis, rezan sus novelas!...
¡La noche se transforma en una iglesia,
se transfigura el hombre reverente
y las casas murmuran la plegaria
del espíritu casto!... ¡Parecía
irse de nuevo el mundo hacia la luz
de la celeste gracia; a las virtudes
de caridad, de amor! ¡En las heridas,
que las maldades dejan en las carnes,
una dulzura cae de paräiso,
como cae el rocío de los árboles
a fecundar a la pradera seca!...

*
* *

¡Esta vivió cerca de la marina!...
¡El sol del mar calienta su enfermiza,
pálida sangre!... ¡En las frescas auroras
beve salinos bálsamos, olores
de musgos y algas, cerca de las piedras,
por la onda flageladas, recubiertas
de obscuros mejillones! ¡La armonía
de las liras del mar la cruz mitiga

de su dolor; el aire se repreña
de amor y vida bajo el soberano
disco del sol en triunfo, por la altura,
como un orbe fecundo, como un dios
del germen!...
¡Y para sus pobres átomos
pedíale su savia, la energía
y el alegre esplendor para su angustia!
¡Cuando llega la noche solitaria,
en esa cuna inquieta de las ondas,
cuidada por los astros, cuyas luces
son pupilas abiertas en lo inmenso,
pensaba en esos náufragos, que corren
a las sirtes a ahogarse, como se iba
por la pena de amor ella al sepulcro!
¡Era borracho el novio; fué arrojado
de la casa; ya nunca más volvió!...
¡Qué tristeza mortal en las esperas
tan largas, tan calladas de su día
fúnebre! ¡Se enflaquece; en esqueleto
cambia la eximia forma! ¡Ella miraba
al mar azul, a los veleros lentos
en la bonanza, a los cirros vagantes,
como si adiós dijera su pupila
para siempre a la vida! ¡Oía bajo
sus balcones cantar a los felices
los madrigales del amor!...
¡Un día
era la tarde y se empezó a morir!
¡Doblaban las campanas; hacia el sueño

se iba la mar en calma! ¡Llora el *Angelus*
unos poemas de melancolía
con naufragios siniestros, con los huérfanos,
en el umbral sentados, esperando
al viejo barco, que no llega más!...
¡Y cuando fué a espirar sonó en la calle
la risa de un borracho, el canto amargo
de una odisea desolada, el ruido
del tambaleo de un hombre por la acera!...
¡Pasaba su calvario; abrió los ojos,
lo saludó con la última sonrisa!
¡Y después el silencio!
—¡Es mi leyenda!,
el alma dijo y desapareció...—

*
* *

¡En ese mechinal estaba sola;
habían muerto mis padres, dijo otra alma!
¡Mis hermanos tan chicos tienen hambre!
¡Esta noche no comen! ¿Yo, qué haré
en este dolor mío? ¡No hay costuras!
¡Y yo salí a pedir una limosna
por el amor de Dios! ¡Ay! ¡Cuánta angustia!
¡Nadie me daba! A todos les decía:
hay en casa dos niños, que no tienen
ni un mendrugo siquiera; deme un poco
de pan, señor... Lo besarán sus hijos
con más amor!—¡Miraban! ¡Era rabia,

era desprecio y asco!...
¡Lloviznaba!...
¡Tenía frío en la sangre, frío en los ojos,
el corazón de luto!... ¡Se acercó
a besarme en la cara un bandolero!...
¡Eché a correr de miedo!... ¡Yo veía
a través de los vidrios empañados
trabajar a los hombres y en las casas
de los felices las sonrisas! ¡Nunca
pude gritar en la carrera loca
y el tufo del bandido hedía más cerca,
cada vez más!... ¡Corría por los charcos
a saltos, salpicando; separábase
empujada la gente!
—¡Bruta! ¡Bruta!,
me gritaba furiosa. ¿Por qué corres?
¡Algo has de haber robado!—
¡Con sollozos
caí desfallecida en el umbral
de una casa enlutada!... ¡Vi una caja;
en ella un chico muerto; vi los cirios,
las flores en redor del catafalco!
¡El dolor hace buenos; fué por eso
que me dieron tal vez el pan y ropas!
¡Comieron esa noche mis hermanos
y no tuvieron frío! ¡Ya después
se perdió en la miseria mi pobre alma,
se hizo sucia como las limosneras
y todos la escupían! ¡Hallé fácil
el pan de la ignominia por la calle,

manchó las sedas del vestido el fango,
manchó las joyas, las alfombras; fuí
ramera! ¡Ese dinero de la infamia
me requemaba! ¡Cuánta sombra! ¡Olores
tiene mi cuerpo de gusanos! ¡Huyan
de mí! ¡Yo soy la gusanera! ¡Largo
al corazón podrido! ¡Estoy maldita!
¡Cómo ha sido no sé; del malecón
boca abajo en el puerto me he arrojado,
para ahogar el bochorno con la vida!
—Este es mi cuento, oh peregrino, dijo
aquel doliente espíritu, y voló
al arcano!...—
"¡Mártir arrepentida,
no llores más! ¡De la oración del Huerto,
oh pureza inefable, avemarías,
de los soles occiduos, oh seráficas
albas, oh despertar de las plegarias
en la alegría del amanecer,
oh candores de los altares digan:
Esa que lloró tanto, ¿es pecadora?
¿El dolor no hace puros? ¿Los martirios
no son lejías del alma? ¡No te vayas,
sublime deificada por la angustia!
¡Ven; te invocamos; ven! ¡Esa ventura
inconseguida en el vivir, acaso
esté en la augusta paz de este incorpóreo
viajar de nuestro ser sobre la tierra!
¡Con tus hermanas ven deificada!—
¡Reapareció con blonda cabellera,

como una luz de sol, como si fuese
Magdalena! ¡Todos saludan! ¡Una
se arrodillaba a besarle la clámide!
—¿A la suicida por qué quieres tanto?
¿Tu romance es igual a su romance?
¿La cubres de violetas? ¡Es la flor
de los humildes! ¿Tú también, talvez,
en olor de humildad habrás pasado
del dolor a la muerte?''

BACH!

—¿Mi novela
quieres saber? ¡Escucha!
Me decía:
¡Te cubriré de besos! ¡No me dejes,
nobleza inspiratriz!
—¡Oh, nunca! ¡Nunca!
¡No blasfemes así! ¿Qué voy a hacer
si el mirar de tus ojos no ilumina
las horas de mi vida! ¡Estoy tan sola!
—¡Voy a escribir con sangre este romance,
lo grabaré con fuego! ¡Oh, augusta, escúchame:
en lo espeso del bosque, entre el amor
de los árboles, donde el germinar
de los zumos sabrosos, del rocío
a cántaros bebidos, una fiesta
fecundadora engendra, donde bailan
encintas las moléculas y cantan
enloquecidas el epitalamio

en un fervor glorioso, no recuerdas?
los pájaros piaban en los nidos,
olían los pastos y las flores. Todo
el bosque estremecido nos miraba,
en silencio la mano me estrechaste,
cuando te dije: ¿Amada mía, no quieres
a mi lado sentarte en esta alfombra
de musgos y de aromas? ¡Tú serás
hasta mi fin idolatrada! ¡Escucha:
el tronido retumba en el bochorno
del aire!... ¡Hay un peligro! ¡Pon más cerca
tu sagrada persona, así!... ¡Coloco
una guirnalda sobre tu cabeza!
¡Eres la ungida! ¡Oh, novia mía! ¡Repican
a vuelo las campanas, *in excelsis*
gloria a Dios entonando! ¡Cómo salta
mi corazón! ¡Dame tu mano; ponla
sobre mi pecho!
—¡Te amo! ¡Yo soy tuya!
¡Dame la esencia de tu savia! ¡Quiero
que tú me ahogues en los brazos! ¡Pronto!
¡Déjame respirar todo el aliento
de la tierra en preñez! ¡En cada gota
de mi sangre yo quiero de la tuya
un caliente raudal! ¡Yo soy tu esclava!
¡Soy un pedazo de tu cuerpo; yazgo
sumisa y embriagada bajo el ímpetu
de tu viril furor! ¡Qué mal me haces!
¡Qué delicioso mal! ¡Cómo te adoro!
¡Oh, mi facineroso! ¿Por qué no hablas?

¡Y cuando abrí los ojos, una turbia
locura vi en los tuyos; de tu boca
un resoplar de hornaja eran tus labios
crueles, como aguijones!...
—¡La tormenta
obscurece a la selva; los relámpagos
alumbran la tiniebla; llueve a cántaros
sobre las hojas, sobre el césped! ¡Vamos
a mi buhardilla; ven, esposa mía;
en mi brazo sostente... así; no temas
el horror de la noche! ¡Entremos a ese
tenebroso portal! ¡Cerca del cielo,
bebiendo el primer sol de la mañana,
sobre los techos mira mi desván,
desde ese ventanal, al horizonte
azul, lejano!... ¡Sube lentamente;
no te fatigues; están desgastados
los peldaños; pasaron tantos míseros
sobre su piedra helada! ¡No respires
tan agitada; apóyate en mi brazo;
en la cumbre te espera mi jardín.
¿Esa vislumbre, ves?, ¡amada mía!
¡Está cerca del techo y se derrama
desde la claraboya a la escalera!...
¿Cansada estás? ¡Te cargo.. así... te arrullo,
en la cuna amorosa de mis brazos
augusta forma, dulce peso mío!...
¡Soy un salvaje; vivo tan inquieto...
nunca mires a nadie en tu vivir,
nunca olvides los besos de mis labios!

¡Yo llevo, Dios Eterno, a mi aposento
a esta rosa en sazón; ha de inundarlo
con olor de sus pétalos! ¡El cielo
te dará su rocío y si marchita
te viera alguna vez en el estrecho
pobre tugurio mío, ruego a Dios
que un sepulcro no sea ese tugurio
para esta novia mía, que yo elevo
como un cáliz seráfico en mis brazos!
¡Sobre este diván rojo puedo al fin
acostarte! ¿No ves? ¡Triste es el cuarto!
¡Voy a prender la estufa; tanto frío
te hará mal!... ¡Arde el sauce por el fuego,
que apurado lo muerde; salen llamas;
tus manos pon, así... más cerca!... ¿Ves?
¡Se calientan tus átomos! ¿No quieres
cantar el cancionero de leyendas
ancianas?...
¡Al arrullo de su voz
en las tibias penumbras me dormía!
¡Me despertó un sonido de violín
tan hondo y armonioso, como fuera
un trovador del cosmos y las voces
del alma errante, en todas las pasiones!...
¡Se asoma a la ventana; retrocede!
¡Por la calle silbaban al artista!
¡Al violín otra vez y con los ojos
torvos en el ensueño crea la muerte!...
—¿Por qué no tocas más?
—¡Allí debajo

la muchedumbre pasa, ríe, ríe:
"¡Eres un loco! ¡Creas! ¿No es mejor
una danza de orgía, que el poema
de la vida profunda, que la marcha
sonorosa del Tiempo? ¡Loco! ¡Suene
en tu violín la risa de Naná!
¡Tú nos aburres con los ritmos fúnebres!"—
¡Lo veo sollozar!
—¡Oh, cuánto sufres!
¡Me haces doler el corazón! ¡Te abrigo
en mi seno; acaricio tu cabeza
de niño enfermo! ¡Bésame, mi amado!
¡Más, más! ¡Así!... ¡La boca no me dejes!
¡Que los extraños no oigan nunca, nunca
los cantos de tu genio! ¡Un tabernáculo
es este corazón! ¡Yo voy a guardar
en su calor ansioso tus creaciones
para mí sola! ¡El hombre no devuelve
sino martirio! ¡Es la carcoma hambrienta!
—¡La indiferencia mata, amada mía,
los ímpetus del genio! ¡Voy a morir
en mi destino!...
—¡No! ¡Que yo no quiero!
¿Oyes mi voz desgarradora? ¡Raspa
mi garganta con sangre! ¡Cómo te amo!
¡Toma mis besos, toda mi alma! ¡Dame
tus sinfonías! ¡Bravo! ¡Toca! ¡Te abro
mi corazón! ¡No tiene sino amor!
¡Late para aplaudirte con sus lágrimas!
¡Oh, Bach! ¡Te evoco, oh grande! ¡Viene!
[¡Míralo!

¡Este amor mío, como tú, arrebata
sus poemas al orbe!...—
¡Y ríe, ríe
debajo del balcón la muchedumbre
asesina del Genio! ¡Zaherido,
rompe las cuerdas del violín; se arrollan
con lastimero lamentar cual fuera
del alma la rotura! ¡Sorda lima,
edaz y lenta, inconsolable gasta
su vida; llega la agonía, abraza
jadeante y moribundo a su instrumento
sollozando!...
—¡Vive un poco más!
¡Vive, amor mío! Dime: ¿no consuelan
mis palabras, mis besos? ¿No contestas?
¡No quiero que estés muerto! ¡Tú eres mío!
¡Háblame, te suplico! ¡Malo! ¡Malo!
¿Que no me ves llorar?—
¡En ese instante
se oyó una carcajada! ¡Era la turba
asesina del Genio!... ¡Y yo, arrancando
un agudo puñal de una panoplia,
sobre su corazón me di la muerte!...

*
* *

¡Lágrimas de los mártires venid,
venid preces rezadas en la iglesia,
oraciones del niño, mirada última
del héroe moribundo, instantes puros

del alma humana, a consolar a esa alma!
¡Oh, mísera suicida, eres del cielo!
¡Dios del dolor, bendícela! ¡Amó tanto!
¡Señor, no la abandones! ¡Queda sola
con su congoja vagando en el mundo!...

*
* *

¡Y cantan su querella en la honda noche
y abren senda dos almas! ¡El poema
del más profundo amor, que se haya escrito
lo han vivido en la tierra! ¡Se asomaban,
para mirarse todas las mañanas
desde las tapias de las madreselvas,
de sus jardines términos! ¡Arriba
los jilgueros trinaban; desde el éter
una luz auroral sobre las frentes
castas por el amor, baja en triunfo,
en ese idilio matinal! ¡Hosanna!,
clama el sol ascendiendo poco a poco,
es la Natura una orquesta armoniosa,
si entre las flores de las madreselvas
se miran en los ojos y se estrechan
las manos!... ¡Y vino un día de luto!...
¡La muerte los llamaba a sus ausencias
ya sin retorno!... ¡Se atan las muñecas,
se süicidan bajo una casuarina
que parecía cantar, en el silencio,
de ese misterio trágico el enigma,
en esa extraña música del verso,

que la brisa despierta entre sus hojas:
"Jóvenes almas, si queréis vivir
no améis jamás!"
¡Se fueron por la noche
abrazados volando! ¡Oyóse el salmo
que rezan todos los iniciados:
"*Amor, che a nullo amato, amar perdona!*"

LEONORA

—¿Por qué estás de rodillas, alma tú
y a quién adoras en este pantano?
—¡Yo soy Leonora; acuérdate de mí!
¡Viví por el amor; en él he muerto!
¡El se venía todas las mañanas
a ver a mi hijo; le tomaba el pulso;
ponía su oído sobre el corazón!
¡Estaba mucho rato; parecía
que le quería decir: ¡oh, no te enfermes!
¡Tu madre sufre tanto!... ¡Yo miraba
del médico los ojos entreabiertos,
su cabeza acostada sobre el pecho,
en atención intensa! ¡Sonreía
con tal sonrisa, cuando levantaba
sus ojos en los míos, que yo, trémula,
sonreía también a su sonrisa
y sus ojos miraba! ¡Esa mañana,
para oir el pulmón, él me pidió
una toalla y yo se la alcancé!
¡Cuando la fué a tomar, rozó mi mano

con su mano!... ¡La retiró en seguida!...
¡Sentí que el corazón me daba un vuelco;
se sonrosaron tanto sus mejillas,
que yo no miré más! ¡Cuando curó
mi hijo querido y él se iba ya de casa,
a una rosa cortada del jardín,
que tuve sobre el pecho largo rato,
yo le di un beso, y se la regalé!...
¡La colocó en su ojal, me dió la mano
con tanta fuerza, me miró en los ojos
tan tristemente!... ¡No hubo nada más!...
¡Yo seguí detrás de El por los arriates!
¡El, sin decir palabra, se perdió
lejos entre los árboles!... ¡Mis ojos
se llenaron de lágrimas!... ¡Después
nada, nada!... ¡Sólo las soledades
del alma, la adoración de un santuario
tan lejano, a todas horas, siempre El,
hasta cuando besaba las mejillas
del hijo mío, cuando yo rezaba,
cuando sentados a la mesa, oía
los süaves reproches de mi esposo!
¡Siempre El, siempre El! No pude nunca más
ver a sus ojos tristes. ¡Después supe
que se había ido de la aldea! ¡Entonces
mis cabellos se llenaron de canas,
mi piel se puso pálida, mis fuerzas
se desgajaron! ¡Nunca me quejé!...
¡No pudieron quitarme mi santuario,
mi idolatría, el derecho a morir

de congoja!... ¡Por qué, mi Dios, siempre El
hasta en la hora de la muerte?

*
* *

¡Vi
sobre un umbral sentada y mustia el alma
de una santa! ¡Tenía entre las manos
una guirnalda de azucenas! ¡Dime
tú, santa!, ¿qué acaricias?
—¡Estas secas
nuestras flores; están apolillados
los uniformes, que vestían los viejos
guerreros, con sangre de las batallas!
¡Las mansiones heroicas están solas,
ya los nietos no rezan los rosarios
a la Virgen, guardada en la custodia;
son las tristes leyendas de otro tiempo,
que llenan el silencio de los vastos
salones, en donde los calofríos
hielan el alma, al paso del espectro
del prócer moribundo!... ¡Los arcones
son tan callados, como los sarcófagos
con sus gualdrapas negras! ¡De ahí salían
los vestidos de novia, los azahares;
hoy, cuando se abren, son vacíos; reina
en el obscuro seno el abandono,
la soledad, el desprecio! ¡Habían creado
esos héroes la patria! ¿Nada importa
si ya se han dispersado sus cenizas?

¡Ingratos! ¿Qué adoráis? ¿Y dónde están
los dioses tutelares?
"Por la noche,
a través de las puertas tintineos
de monedas se escuchan; hay mesnadas
de avaros, cuentan los tesoros, giran
hambrientos en redor y se arrodillan
acariciando los acervos!... ¡Andan
inquietos por la sombra con insomnios
desazonados; no descansan; tienden
el oïdo y las manos tentalean
hacia las arcas, donde está guardado
el oro! ¿Y si lo roban? ¿Y esos ruidos?
¡Acaso sean las puertas sacudidas
para quebrar los goznes! ¡Arrugada
la cara, esquivo el ojo, con la barba
enmarañada sobre el pecho, sucio
el gabán, en redor del cuerpo en mugre,
se sientan en las sillas resquebradas,
apoyando a las arcas las espaldas,
los avaros rotosos! ¡Ahí está el ídolo!
¡Velan a los tesoros, mientras gimen
las larvas del pasado por los rezos,
que nunca llegan!... ¡Antes las familias
en el hogar vivían; hoy trïunfa
la calle, el fausto, acaso las orgías
en tugurios siniestros y malsanos!
¡Las reliquias perecen en olvidos
inverecundos, en los frenesíes
y desenfrenos hacia la riqueza,

en la brama del goce, en el derroche
hacia el abismo prematuro! ¿Cómo
se van a recordar las gentilezas
de los abuelos, las salutaciones
constantes a los dioses tutelares,
si la casa está helada y nadie vive
contento entre la escarcha, cuando afuera
suena el fragor, el vino, las mujeres,
el retintín del oro, concitando
a abandonar la casa? ¡Agradecida
calentaré en mi seno, en el amor
a estas memorias tan sagradas!—''
¡Dijo
estas palabras; en seguida puso
sobre su corazón a las reliquias
con olor de violetas y cedrones
y las llenó de besos y de lágrimas,
las calentó en su seno y fué tomando
poco a poco las formas de un querube,
blanco vestido en aquella penumbra
y voló sobre la ciudad insomne
con el divino lío entre los brazos
tensas las alas protectoras! ¡Era
la mémore piedad sobre el delito
de los ingratos; era el culto ardiente
esa guardiana del pasado muerto!

INSOMNIO DE SUICIDAS

¡Quedó todo en silencio! ¡Parecían
los humanos dormir, otros espíritus
acudieron muy pronto! ¡Señalaban
con el índice al cielo!...
—¿Ustedes quieren
narrar la vida de la altura? ¿Acaso
hay congojas allí, como en la tierra?
¿Padece la materia? ¿Acaso existe
una alma torva de las cosas? ¿Nunca
tal vez descansa? ¡Déjennos pensar
que algo desaparece y la paz tiene
perennemente! ¿Ríen? ¿Es mentira
la ausencia eterna? Digan: ¿no se borra
el dolor en la inercia de la muerte?

LOS ASTROS

—¿Muchos astros no ves, oh peregrino?
¡Ruedan en el Espacio, como sombras;
los apagó el amor, se incineraron
en el ardor de la pasión! ¡De noche
los besos se mandaban en los rayos
de luz, entre las suaves penumbras
del hondo azul! ¡A veces precipitan,

emigran a la tierra las estrellas,
raudas cortando el éter infinito!
—¿Por qué se van? ¿Acaso los ultrajes
del desdén los arroja y los tormentos
anuncian las batallas de sus almas?
¿La eterna paz requieren, arrojándose
cabeza abajo por el aire obscuro
convulsos los suicidas? ¿Ese azul
tan plácido y sereno, como un rezo,
lleno de beatitud, como las bóvedas
de un templo, no dice las felices
horas vuestras de amor, cerca de Dios?
¿Tiene dolor el cielo en sus pasiones?
—¡Ignoras, peregrino, los tragedias!
¡El alma no ha dejado de sufrir
lejos del mundo! ¡Allí también taladra
la miseria! ¡Hemos fugado en pos
de una ventura, que se aleja siempre!
¡Somos símbolos de astros; como en tierra
brega el humano espíritu, bregamos...
combatimos como él; nuestros combates
tienen fragores de fracturas, calmas
de hecatombes! ¡Y yacen los osarios
copiosos; son testigos de las luchas;
son montañas enormes de fragmentos,
un pandemónium de dolor y crímenes,
una diabólica algazara, el metro
de los terrores milenarios, cuando
se piensa en el desquicio de los mundos,
entre las sombras de la Eternidad,

hacia las soledades de la Nada!...—
¡Y con la cruz a cuestas vi alejarse
a los astros suicidas!...

LA SELVA

¡Otros cerca
se arriman en tropel!
—¿Por qué lloráis?
¿Acaso sois, como los desterrados,
que llevan su dolor a tierra extraña?
¿Venís de dónde?
—¡Somos de la selva
los árboles, cansados de vivir!
¡Hojas caïdas, troncos secos, ramas
hundidas en el humus, una estéril
estepa funeraria!...
—¿Acaso ustedes
como desesperados se destruyen?
¿A qué venís aquí, a estos estrechos
y malsanos lugares?
Contestaron
las arboledas secas:
—¡Fué aquel día
una tragedia; el sol se entenebró;
el mundo quedó ciego, en la mudez
de esa catástrofe terrible! ¡Oh, sol!
¿En la selva, qué hacías? ¿Dabas, orbe,
a sus deidades vírgenes las galas
luminosas, al átomo el matiz,

el perfume, el calor, oh bienhechora
antorcha y paseabas sobre el hombre
tu caridad por campos y ciudades,
glorioso espectador, desde la altura
sidérea?... ¡Corrían los remolinos
de las muchedumbres tumultüarias
bajo tu pupila fulgurante y viste
el estrago brutal, como caníbales
los hombres, desgarrándose las carnes,
llenos los campos de osamentas, dueña
del mundo la rüina, señoreando
bajo tu luz virtuosa, oh creador
de la vida! ¡Y salía de las tumbas
una elegía colosal, remedo
de la aflicción del mundo! ¡La congoja
inundaba tu fuego; por eso, orbe,
se apagó tu esplendor, como se apaga
el fuego sacro, cuando las vestales
mancharon su pureza! ¡Resolviste
acabar para siempre!

EL SOL

En esa noche
inmane vi venir un astro obscuro,
primante sobre los demás! ¡Entraba
capitanëando a los astros suicidas
el sol, pavesa negra! ¡Cuánto frío!
¡Cuánta escarcha en la tierra! ¡Se secaron
las yerbas y la selva!... ¡Tiritaba
Natura en ese hielo, que era losa

glacial sobre los muertos, como un témpano,
y entre ese cementerio iban los hombres,
cortando la tiniebla, como locos,
con aullidos de fieras rabïosas!
¡Desgreñadas las turbas de mujeres,
llamaban a los hijos! ¡El osario
no contesta los gritos de agonía
y vi en la pesadilla al taciturno
símbolo de la muerte, con el índice
en los labios!... Oigo una voz macabra:
"Al suicidio del sol, tú no perturbes,
a ese cansado de alumbrar delitos,
de alimentar al hombre delincuente,
de ver la destrucción de la virtud!...

EL LEON

¡Olvidé esa pavura; vi acercarse
la dolorosa imagen de un león,
ávida de narrar una siniestra
leyenda! ¡Se apartaron a escuchar
las otras almas, cerca de la fiera!
¡Su pupila feroz era verdosa,
sacudía violenta la melena,
se flagelaba el flanco fulvo, alzaba
bárbara la testuz en el flagelo
de su rápida cola! ¡Iba, con paso
lento tras la hembra desaparecida,
siguiendo los olores de su marcha
ferina, adentro a los desfiladeros!

¡Pasar lo veían los leones; huían
a ocultarse a lo lejos! ¡La divisa
muerta bajo una peña! ¡Se detuvo;
abrió la fauce enorme en estentóreo,
atronador rugido y lentamente
empezó su paseo en torno a la hembra,
sin comer, sin dormir, en un callar
suicida! ¡Huraño espectro, cuántos días
giraste en rededor, terrible peonza
caminando a la muerte! ¡Los leones
el hocico asomaban a ofrecer
la carne del rebaño! ¡El los miraba
con airada pupila y no se oía
sino el chasquear de ramas rotas, ímpetus
de fugas pavorosas!... ¡El espectro
seguía su ronda fúnebre! ¡De hinojos
cayó una noche y sobre la osamenta
de la hembra abandonó su cráneo muerto!
¡Y sus fauces se abrieron! ¡Un lamento
desgarrador, horrendo estremecía
las lejanas guaridas, el adiós
del amor, del martirio! ¡Se vió entonces
correr todos los leones; lo aferraron,
hundiendo los colmillos en sus carnes,
lo levantaron en el aire; crujen
violentos los pescuezos! ¡Cuatro de ellos
se acercan, forman una parihuela
con el sudante lomo y los demás
al compañero inerte allí colocan!...
¡La procesión empieza; va adelante

la parihuela fúnebre; la selva
contempla silenciosa ese pasar
siniestro! ¡Chasquean los pastos bajo
las enormes pezuñas! ¡Lentos siguen
por las penumbras hasta la montaña
al cadáver cargando, los leones!
¡Hay más rugidos! ¡Saltan por los riscos
los fragores; echa terribles ecos
el abismo, al salir tropas de fieras
fuera de las cavernas, revolviéndose
en remolinos las melenas!... ¡Son
nuevos amigos; rugen estentóreos
y saludan la marcha, por la cuesta,
del leonino sarcófago, arreciando
los alaridos dentro las gargantas!...
¡Se acercan a una huaca entre los cienos
de fieras muertas; llegan los cortejos
detrás del féretro de carne; caen
las bestias de rodillas y deponen
al cuerpo del suicida en la gangrena!...
¡A la selva otra vez corren; arrastran
a la leona; la arrojan a la sima
sobre aquel muerto corazón!...

LOS NAUTAS

¡Resuenan
en el silencio de la calle nuevos
himnos desesperados! ¡Son leyendas
de nautas solitarios, portadores

de la tormenta de las aguas dentro
las almas conturbadas! ¡En las largas
travesías se apoyan a la borda
para pensar en la tierra nativa
en las horas de amor por la marina
bajo los cielos estrellados, bajo
el mirar de las mozas! ¡Cuánta angustia
el pecho les corroe! ¡Tal vez viven
en los pobres tugurios sus mujeres
del amor olvidadas; otros besos
calientan sus mejillas. Se sonríen
las gentes, cuando él pasa, porque piensan
en la artera, que mancha los decoros
del navegante ausente!... ¡Los abuelos
guardianes de la casa han fallecido,
mordido el corazón por la vergüenza,
como el perro rabioso muerde el ascua
con ladrido estridente!

"¡Contramaestres
de roja tez, bravíos, imprecantes,
con el puño, a las nubes, al zumbar
del tifón en las jarcias, cuerpos recios
por la mar azotados, cuando barre
corriendo la cubierta férreos vires,
frente a la muerte, impávidos! ¡Por qué
ausentes sois, en medio a la maniobra?
¿Qué pesar os enluta el corazón?
¿Vuestros hijos destruyen a la casa,
cubierta con crespones de deshonra?
¿A qué vivir? ¡Es cierto! ¡Oh, marineros,

a la estiba! ¡A la estiba! ¡Traed las hachas!
¡Traed vuestro dolor! ¿A qué vivir?
¡Vamos! ¡Hachad los fondos! ¡Recio! ¡Recio!
¡Romped el maderamen! ¡No os canséis!
¡Cómo retumban vuestros golpes! ¡Más!
¡Más profundos los tajos! ¡Carpinteáis
vuestro cajón de muertos! ¡Cómo saltan,
silbando, las astillas! ¿Veis? ¡Asoman
impetuosas las aguas! ¡Apuraos!
¿Os asfixiáis? ¡No importa, pues! ¡Ahogad
vuestro calvario! ¡Sube el agua, bulle
por la tronera abierta a borbotones;
se rellena la estiba! ¡Adiós la vida,
de las entrañas áspero serrucho!—
¡Se hundieron en la gorga los cadáveres
hasta el abismo fueron dando tumbos,
mientras cae la barca abajo, abajo
como se caen los deshonestos!

¡Mártires,
débiles almas de suicidas! ¡Cuándo
arrastráis vuestra pena en los cansados
senderos y repican las campanas,
las ferales tristezas anunciando
del espíritu, oh tempestuosas almas,
inciertas, combatidas, de amor llenas,
de sollozos, haya misericordia!
¡No raspen sus heridas! ¿Que no ven?
¡No pueden con el fardo esas conciencias!
¡Acordaos de ellas en las oraciones!
¡Viven de amor sedientos los suicidas,

de la luz que se esconde enamorados
y de la paz en fuga, inconseguible,
una quimera a gritos invocada!
¡Oh, padre nuestro, que estáis en los cielos!
¡En tu seno piadoso vive el Cosmos,
en el amor de tu infinita mente,
del humano destino los misterios,
la inquietud de la conciencia, el rezo
de los desheredados, de los tristes,
todo en ti vive, menos los suicidas,
este dolor que vaga por la vida
entre calladas lágrimas, que empapan,
— sin asomar, — al corazón profundo!
¡Ellos besan la frente de los hijos,
ellos mojan con llanto los cabellos
de las madres ignaras, cuando van
a morir! ¡Cómo adoran los recuerdos,
las flores secas de las novias, cómo
sollozan sobre sus retratos! ¡Dios
de ese féretro abierto, en el camino
del romero cansado, aleja el cáliz
de la amargura! ¿No sabéis? ¡No quiere
en el cielo acogerlos! ¡Condenados,
a andar eternamente con su cruz,
si Dios no les perdona, no verán
nunca más a los hijos, los romeros
que no han sido culpables en su eterna
angustia! ¡Ama, oh Señor, a los caïdos,
con tu perdón bendícelos!

NEERA

¡Se fueron
en lo obscuro a borrarse los suicidas
y quedé solo en medio de la noche!
¡Al rato, en el silencio de la calle
una visión seráfica se acerca!
¡Son las almas maternas! ¡Ellas narran
de los hijos la gracia, los terrores
del incierto futuro, las posibles
y prematuras muertes, acostados
y muda la pupila en las estrechas
cajas, cubiertas de violetas!
"Son
del corazón profundo acerba herida
los hijos; son la vida."
¡Precediendo
la innúmera cohorte, así decía
una madre: —¡Neèra! ¡Con las crenchas
viboreando en el aire corre, apúrase,
en los brazos meciendo a una muñeca!
¡Me robaron los hijos, como loca
grita en la calle, palmotea! ¡Acaso
los halles en tu senda! ¡Por favor,
diles que estoy llorando!
¡Canta, salta

sin descansar en su errar melancólico!
¡En las mañanas luminosas corta
las flores del durazno, a la muñeca
enguirnalda la frente, la acaricia
trinando en el fulgor de primavera,
como en la altura la asustada alondra!
—¡Señor, me los robaron! ¡A mis besos
devuélvelos, Señor! ¡No dejes sola
en la orfandad a mi alma!—
¡En el umbral
de las puertas cerradas en invierno,
cuando van los obreros al trabajo,
arrugada la ven, oyen las nenias
con que ella arrulla el sueño de los hijos
muertos por el delito! ¡La sórprenden,
por el suburbio solo, las heladas
y sus gritos dolientes entristecen
a las madres despiertas! ¡Tienen miedo!
¡Conocen la novela de Neera!
¡Protegen a las cunas!
¡La mujer
está tan triste como los sepulcros,
como los nidos sin gorjeos, hechos
en el blanco esqueleto de los árboles,
donde la nieve cuaja sus cristales!...
—¡Neera, cuenta pronto tu tragedia,
empezaron las madres, en turbiones,
en siniestro bullicio!...—
¡Agudo grito
de un alma hecha pedazos fué el poema

de la loca Neera!
—¡Había una fiesta
en el castillo enfrente! ¡Ella veía
sentada en su aposento a las ojivas
brillantes! ¡Por los valles la zampoña
dice las alegrías de los campos,
aromados y frescos, por el húmedo
relente de los pastos, las estrellas
tiemblan de gozo en el espacio obscuro!
¡Qué festín apurado! ¡Cómo danzan
las parejas en vértigo! ¡Turgentes
en agitada ronda los escotes,
el pecho varonil rozan ansando;
fulguran los diamantes en la luz
entre las rubias cabelleras! ¡Rueda
como culebra roja el terciopelo,
—peplo a la forma ebúrnea,—por la alfombra,
de los desnudos brazos se destaca
la blancura y las pulseras de oro,
en los dedos anillos deslumbrantes,
arcanas fiebres en los ojos, luces
de adulterios recónditos, de celos
y hondo desear de sexos insaciados!
¡El choque de las carnes misteriosos
apetitos suscita; la embriaguez
el ojo vela a veces en la danza
en un mareo de deleite! ¡Oh, abismo
seductor del pecado! ¡Entre el fragor
de diálogos confusos, de la calca
en la apretura, caen frases de fuego

en el oído y nace en la curiosa
la quimera mendaz de la primera
culpa! ¡Oh, voluptüosa! ¡El elegante
facineroso arrastrará más tarde
por el cieno tus sedas, tus virtudes!
¡Cerca la virgen danza en un ensueño
de pureza; adora a su caballero
y en ese amor de sus amores cree!
¡Neera ve pasar a las parejas
por las ojivas luminosas! ¡Son
felices en la danza, mientras su hombre
sufre en la guerra!... ¡Está por las fronteras
peleando por la patria! ¡Piensa en El,
a las cunas se acerca, entona cantos
sobre ellas inclinada, para dar
a los hijos el sueño y salen, fuera
de los vastos silencios del castillo,
las nenias de ternuras, hasta el parque
en la noche sombría!...
¡En esos días
en que la nieve cae en copos largos
en el aire ondulando y sus cristales
se hielan en las ramas y una sábana
blanca se forma sobre el campo, Neera
los fríos piececitos con su aliento
calienta y los abriga en su regazo;
y de los niños mece las mejillas
contra su pecho, se oyen en los quietos
salones los cantares armoniosos
del corazón materno! ¡A veces bronca

el huracán bellaco por las selvas
y en el aire revueltas como peonzas
en raudo remolino, van las trombas,
zumban en ululatos y las nubes
disparan en los éteres cinéreos
y de súbito espanta la centella
con su zig-zag de fuego repentino,
crujen las puertas sacudidas, silba
lúgubre el ventarrón por las rendijas
y del quinqué la esfera lentamente
sobre la mesa oscila y por los techos
bullen las lluvias sus graves rezongos
sobre Neera al lado de sus hijos!
¡Nïobe anacoreta espera siempre
la vuelta del guerrero! ¡Ella consuela
el terror infantil con sus abrazos,
mientras huye a lo lejos la tormenta
y el chaparrón se pierde por los techos
en pocas raras gotas, en deslices
de pequeños arroyos al declive
hasta que desvanece todo el ruido!...
¡Huele mojado el pasto en las frescuras
del jardín; canta el ave! ¡Entre los rayos
del sol, que dispersó los nubarrones,
corren los grandes sus carreras, sobre
la conchilla del parque! ¡Ella se asoma
entre las rosas rojas del alféizar,
mira la sierpe de la cuesta blanca
que sube hacia el castillo, mira y espera!...
¡Y ya en la noche, cerca de las camas,

el cuento de Aladino, la leyenda
de la princesa cenicienta, el verso
del audaz pulgarcito, ella les cuenta;
con un beso de amor cierra los párpados
de los hijos cansados, los abriga,
los contempla dormidos, al Eterno
vota esas almas infantiles!...
¡Siéntase
a veces, entre flores, en los cármenes,
el bastidor delante! ¡Va a bordar
con hilos de oro en gonfalón de seda
el familiar emblema, para ofrenda
a su soldado heroico, en el retorno
al nativo solar!
¡Era una tarde;
el gonfalón bordaba, — los crepúsculos
del *Angelus* mirando por los valles
subirse tristemente a las doradas
cimas y sobre el césped las chiquitas
a sus muñecas entre alegres risas
hamacaban! ¡Y juegan a la guerra,
en los violentos simulacros, sobre
los caballos de hierro los varones,
braveando en alaridos de victoria!...
¡Una vieja andrajosa vió venir!...
¡Neera palidece, con sus hijos
hacia el castillo se retira; apura
su paso; quiere el vaticinio lúgubre
evitarse; corre sobre sus huellas
la bruja; su grito de antro lejano

es cavernoso!
—¡Inútil es tu fuga!
¡El destino, Neera, siempre alcanza
a la víctima! ¡Perderás los hijos! —
¡Era su voz, como campana rota
a rebato tocada; enfría de espanto
esa megera a la alma fugitiva
de Neera! ¡Ya, sin sosiego, huía
de sus ojos el sueño; era un nocturno
duende sobre las cunas; espiaba
en los terrores de esas soledades!...
¡Oye unos pasos cautelosos; oye
palabras truncas, con crujir de puertas¡...
¿Por qué gimen los vientos en las frondas?
¿Y su rencor feroz sobre el adarve
por qué los cuervos graznan? ¿Qué será?
¡Qué calofrío! ¡Mis hijos! ¡Ay, mis hijos!
¡Cubre las cunas con su cuerpo; lívida
los besa; está mirándolos!... ¡El alba
se apiada al fin de su congoja; duerme!
¡La despiertan los besos infantiles,
la algazara del parque, el sol glorioso,
los júbilos del cielo, el frenesí
de cantos rumorosos en la selva!...

*
* *

¡Un extraño rumor, con choque de armas,
en el fondo del valle; del clarín
el agudo vibrar, los clamoreos

de victoria saltando por los riscos,
repitiéndose el eco en las gargantas,
el sol en chispas fulgurantes sobre
el casco de metal de los dragones,
un festival de rayos deslumbrando
de las corazas!... ¡Trepan los soldados
la cuesta! ¡Va Neera con los hijos
hacia el victorïoso caballero!...
Lo aprisionó la ansiosa entre sus brazos:
—¡Nunca dejes tu casa; tengo miedo!
¡Me amenazaba la harapienta sórdida:
"Te robarán los hijos"!—
¡Con sus besos
el caballero apaga la palabra
acerba; la toma de la cintura;
caminaban así por los senderos,
recordando la angustia de la ausencia
mientras pían los nidos y murmuran
las aguas en la fuente y la arboleda
en la brisa susurra!...
¡Ya en la noche
velan el sueño de los niños! ¡Lejos
chirrían los buhos en la torre; Neera
se agazapa asustada!
—¡No te vayas
nunca más, nunca más!—
¡Y nadie supo
de aquel beso impetuoso en la nocturna
alcoba tanto tiempo solitaria!

*
* *

¡Desatada en el cielo con relámpagos
a Neera la encuentra una tormenta
en el castillo enfrente en un festín
al caballero en homenaje! ¡Quedan
solos sus hijos!
—¿Por qué tiemblas, Neera?
¿Dime, por qué?
—¿No ves allá a lo lejos?
¡La luz de las centellas ilumina
a una mesnada en marcha hacia las cunas
queridas! ¡La megera va adelante!...—
¡En la sala un pesar, como una sombra,
un luto, un frío de terror! ¡Asusta
el ojo de Neera en esa lúgubre
pupila abierta! ¡Oye la carcajada
de la andrajosa; oye la befa atroz:
"¡Busca a tus hijos, busca! ¡Es mi venganza!"
¡En aquelarre truécase la fiesta;
son los pálidos rostros, calaveras,
tétricas, las cortinas son sudarios,
fúnebre cámara el festín y el ritmo
de los violines muere en la siniestra
risa de la andrajosa por los valles!

*
* *

¡Se desploman los padres cuesta abajo
crucifixos y raudos! ¡Pronto llegan

al dormitorio!... ¡Nadie! ¡Oh, grito horrendo!
¡Han tanteado las cunas! ¡Nadie! ¡Nadie!
¡Se azotan por el parque, dando voces
y sólo el grito escuchan de la artera:
—¡De los padres el crimen paga el hijo!
¡En vano buscas, oh Neera! ¡Han muerto,
entre las rocas del acantilado,
ahogados en el vórtice!... —

*
* *

¡Esa bruja
era zagala real de muslo fuerte,
con duros pechos voluptuosos, novia
de un fornido gañán de la montaña,
del jabalí dominador! ¡El padre
de Neera la veía en esa pétrea
fuente bañarse del torrente, el agua
juguetear en las rosas de su carne,
acariciarla con delicia y luego
hacia el bajo correr, de donde espiaba
a sus formas venustas! ¡Cómo un vértigo
lo atropelló una tarde! ¡En esa furia
demente la aferró por la cintura,
luchó jadeante, deshojó los pétalos,
que lloran sangre en su florecimiento!
¡La maldice el gañán entre las peñas,
de las trenzas la tira! ¡Abandonada,
en las cuevas lejanas se refugia
de la montaña; un párvulo sangriento

rompe con sus vagidos los silencios
de la maldita soledad! ¡En fuga
se va del caserío la leprosa
y con su leche escasa no alimenta
al hijo enfermo!... ¡El hambriento lastima
a su pezón, como una breña, seco!

*
* *

¡Cerca de un roble ha cavado una fosa,
a su chiquito acuesta, cubre el cuerpo
con azucenas y con margaritas!
¡En el mundo está sola! ¡Se dilata
por el desierto el grito de venganza:
“¡Del seductor los nietos pagarán
del abuelo la infamia, hasta la séptima
generación!...
¡Se olvida de sí misma;
sus cabellos se enriedan en hedionda
y sucia greña por la espalda; un asco
de esqueleto desnudo esparce; en sesgo
perpetuo atisba la pupila insomne!
¡Erinnis implacable trozo a trozo
en homicidas vórtices deshizo
de Neera a los hijos!
¡Vuelve a entrar
la desolada!... ¡Fúnebre silencio;
en desorden las camas! ¡Neera llora
y los ecos se pierden por los hondos

salones solitarios! ¡En su fuga
a las muñecas besa, a los caballos
de hierro encabritados, que montaban
a gritos los varones, a los trajes
desordenados en las sillas! ¡Nada
a Neera detiene en su carrera
vertiginosa, sollozante, arriba,
abajo, cerca, lejos, en los sótanos
obscuros de la casa, por las torres!...
¡En las ojivas vese el pavoroso
rostro demente y la desmelenada
cabellera sacude, como un nido
de sierpes viboreando, una gorgona
en un gruñir jadeante! ¡Los peldaños
desciende, corre por los parques, entra
en los bosques espesos, la montaña
escala a saltos, baja a los abismos,
busca apurada, impreca! ¡En la hondonada,
áspera carraspera acaba el eco
de su voz estridente!...
¿Adónde están
mis hijos? ¿Dónde están? ¡Misericordia
pide esta madre acongojada! ¿Dónde
encontraré a mis hijos?
¡Sollozando
la abraza el caballero! ¡Del abismo
saca los restos adorados! ¡Hizo
una amplia fosa bajo los castaños
y lloró mucho sobre aquel sepulcro!
"¿Qué has hecho? ¿Por qué lloras? ¡Ah! ¿Tú [sabes?

¡Ten compasión de mí!'' ¡Derrama lágrimas
el caballero silenciosamente!...
¡Entonces por los ámbitos lejanos
en las angustias del Espacio, allá
en las distancias infinitas, suena
lúgubre carcajada!... ¡Se hizo trizas
toda humana alegría; el corazón
materno se hizo trizas!...
¡Con los hijos
yace Neera bajo los castaños;
todas las tardes se arrodilla cerca
para rezar el padre! ¡El sol se va
detrás del horizonte; el sol se queja:
''¡murió de pena la divina madre!''

LAS MADRES

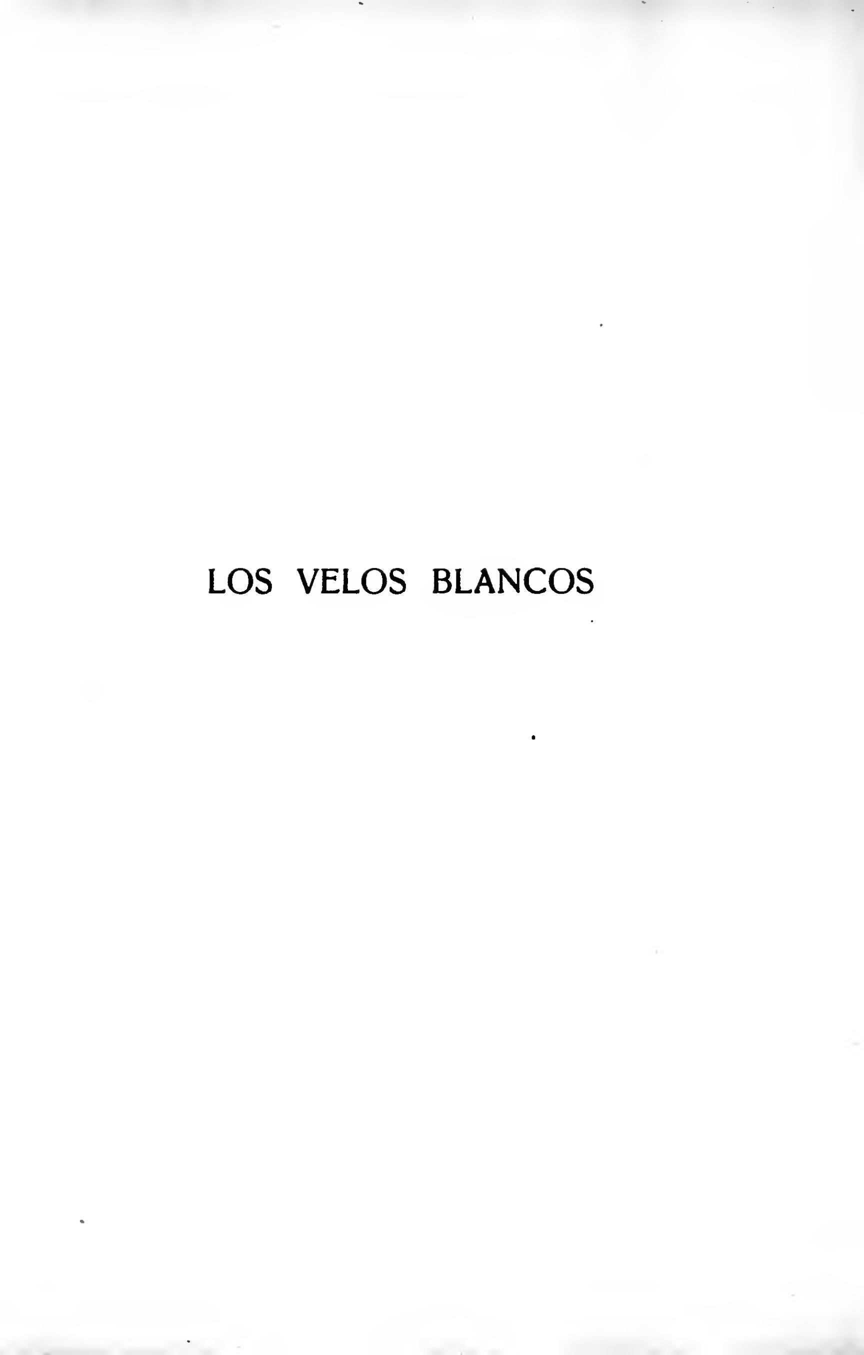
¡Las almas de las madres se reunieron
en tumulto! ¡Una canción siniestra
como de miedo, oíase en las calles
desiertas!... ¿Y si pierden a los hijos?
¡Siempre está cerca la megera; eleva
la segur amenazadora; crujen
sus huesos de esqueleto; miran hoscas
las órbitas vacías y ese cráneo
blanco, desnudo aprieta las mandíbulas!
¡Mirad qué agudos dientes! ¡Aferró
tal vez la presa! ¡Vamos, despiadada!
¡Oh, tarascón salvaje! ¿La megera
será la muerte acaso? ¿Esas costillas

enarcadas, redondas no limitan
a un féretro? ¿Y los fémures no mueve
y el pie reseco, ennegrecido? ¡Cómo
con lujuria homicida balanceas
tus caderas! ¡Cuánto agujero tienen!
¿Qué se han hecho tus vísceras? ¡Acaso
para la crápula sirvieron! ¡Ahora
la tierra se las come en podredumbre!
¡En una cuenca fúnebre has concluído,
para alzar a tus muertos, como fueras
una fúnebre pala, así como alza
el labriego al estiércol para echarlo
sobre el erial estéril! ¡Fuera! ¡Lejos!
¿Por qué te acercas a mi casa? ¡Vete,
malvado engendro! ¡Déjame a mis hijos!
¡Son mi sangre! ¡Qué frío hay en tus huesos!
¡Cómo me erizas! ¡Vete! ¡Oh Dios, ayúdame!
¡Quiero arrojarla! ¡Dame tú energías!
¿Qué te hicieron mis niños? ¡No los lleves!
¿Por qué alargas así la descarnada,
fétida mano? ¿Quieres de rodillas
verme implorar misericordia? ¿Quieres
mi vida? ¡Tómala, implacable! ¡Pronto!
¿Tienes hambres de carnes, oh antropófaga?
¡No me lleves los hijos! ¡Yo te doy
vida, esperanzas y hasta el cielo eterno!
¿Dónde están sus sonrisas, la algazara
de pájaros vivaces? ¡Están muertos,
oh ladrona sacrílega! ¡Esa es la obra
funesta de tus manos, creadora

del infortunio!
—¡Es cierto, claman todas
las madres en congoja! ¡Tú lo ahogaste!
¡Tú lo lanzaste del caballo; el cráneo
se fracturó en las piedras! ¡Perecieron
rotos por los contagios, para caer
en pelotones al osario! ¡Cómo
lirio sin sol, ni savia, gana el féretro,
ménade cruel, la niña enamorada
y de pena fallece! ¿Por qué vas,
pobre sollozo, tan pronto a la tumba?
¡Es la megera que te arrastra! ¡El luto
del amor despreciado y su dolor
caminar te hace en pos del cementerio!
¡Tú lo matastes en la orgía; tú
en el trabajo; se cansó; no pudo
su corazón vivir! ¡En las miserias
inacabables caen hasta la muerte
los miserables en las casamatas...
en las guerras te cebas, oh verdugo
apurada en angurrias homicidas,
necros de hinchado vientre, en el hartazgo,
caníbal insaciada! ¡Ya no hay lágrimas
de tanto que las madres han llorado
por esas hecatombes!...
"¡Voy a contarte
su historia, oh peregrino! ¡Me arrodillo,
como las dolorosas, a llorar
cerca de su sepulcro! Yo le dije:
¿qué tienes? ¡Estás triste! ¿Por qué me haces

tanto sufrir? ¡Eres tan solitario!
¡Qué luto, madre! ¡Cuando yo contemplo
este afán de vivir, cuando en las lindes
a la muerte yo miro, una agonía
me sobrecoje; quiero con los átomos
irme en la paz del universo, lejos
de tanta cosa vana! ¿Por qué Dios
nos da la cruz y no nos da las fuerzas
para subir la cuesta?
—¡Si rezaras!
¡Para eso es necesario, como tú
ser una santa! ¡No! ¡Si yo lo hiciere,
le mintiera al Eterno, madre mía!
¡He perdido la Fe; dame tus besos,
dame tu esencia, oh madre! ¡Dormiré
en tus caricias, único amor mío,
sola verdad! ¡Ay, qué silencio esquivo
en todos los humanos! ¡Tú eres la única
elocuencia y piedad! ¡Indiferentes
pasan los otros, entre la ironía,
en la prisión del mundo, donde el hombre
por minutos perece en un suicidio
fatal y yo también en este anhelo
de mi alma hacia la Fe!
—¡Pobre hijo mío!
Habla: —Me haces llorar! ¿Por qué me dices
la desventura? ¿Y el sol, la vida? ¿No hay
en tu camino vírgenes? ¡Si amaras!...
¡Es el amor resurrección!
—¡Yo tengo

sed de calma! ¡No sufras, oh mi madre!
¡Con los amores de mi pecho abrazo
tu pecho enfermo! ¡Yo te suplico! ¡Ama!
¡Deseo ser abuela; estoy tan vieja!
¿Por qué quieres dejarme sola? ¡Iré
donde tu vayas!
—¡Malo ha sido mi hijo!
¿Ignoran? ¡Se mató! ¡Tú lo llevaste,
megera! ¡Te maldigo! ¡Cómo hiena
olores de carroñas voy a husmear
en el aire sacrílego! ¡Seré
malvada, oh engendro de la ergástula,
y como tú facinerosa, oh muerte!
¡En procesión doliente iban las madres,
sus féretros cargando, recubiertos
de rosas y de aromas!... ¡Era un coro:
os vamos a enterrar, oh idolatrados,
bajo los sauces, bajo las anémonas,
que dirán al viandante: viene aquí
todas las tardes a rezar un alma
y a mojar con sus lágrimas las plantas
bienhechoras! ¡Qué luto hay en el mundo!
¡Cómo un sollozo lejos en la bruma
se perdieron las madres!



LOS VELOS BLANCOS

¡Por la noche
una teoría vi venir de vírgenes
con velos blancos, que me parecían
largos sudarios!
—¿Qué vos trae? ¡Hablad!
¿Vuestra vida no es luz? ¿En qué pensáis?
—¡Soñamos con la boda, oculto el rostro
por blanco tul, sobre el vestido sérico,
blanco también! ¡Soñamos con el príncipe
glorioso! ¡Ven, acércate gallardo!,
le decimos. ¡La luz de tus bravíos
ojos queremos, tu persona, el hálito
de tu caliente respirar! ¿Te acuerdas?
¡Cantaban las estrellas sus amores
y en los besos furtivos la arboleda
también cantaba sus amores! ¡Todo
nos anuncia el deleite!
—¿Tú, quién eres?
¿Eres esencia espiritual, o carne
del cielo desterrada? ¿Allá pecaste?
¿La boca quieres que te muerda? ¡Cómo
es ardiente tu sangre!
¡Qué hondo muerdes!
¡Esa es mi brama! ¡Mas! ¡Oh, de los carpos

frenéticas lascivias! ¡Humus férvido
de gérmenes preñado! ¡Esta embriaguez
de vuestra linfa, inúndame; sucumbo
en el fuego demente! ¿Que eres príncipe?
¡De la Natura llevo entre las venas
las furiosas libídines, el ímpetu
de su inmortal concupiscencia!
¡Preña
el anhelante surco!
¡Desgarróse
el velo virginal manchado en sangre,
en un horrendo grito, cual si fuera
madre tierra deshecha en sus entrañas!
¡Los blancos arambeles transvolaron,
a su pasar brotaba la espesura,
saturada de polen, en fecundas,
bruscas germinaciones en las ansias
de concebir! ¡Paria en la perpetua
transmutación!...
—¡ Príncipe, soy la vida!
— ¿Luego, por qué gimes?
— La impudicia
el manantial secaba de mi sangre,
me transformó la orgía en la ninfómana
vagabunda insaciada! ¡Pobre aquella
que por amor entrega la pureza!
¡Encontrará el abismo en su camino!
¡La muerte es un consuelo! ¡Luego déjame
seguir mi ronda fúnebre y si tienes
misericordia, avisa del peligro

a las incautas juveniles! Diles:
¡Vienen después las luengas soledades
el acre torcedor de haber cedido,
el abandono, la miseria, el frío
del desamor, con el rostro marchito
de la vejez precoz, el espectáculo
de la virtud en otros, la familia
númerosa poblando en jubileos
al sendero fecundo! ¡Y al lado de ellas,
vosotras, arrojadas del consorcio
humano, como mastines leprosos
echadas al cubil, mientras las madres
a los ávidos labios de los niños
dan el pezón; ordeñan de las mamas
a llenarles la boca con su leche,
y cantan las canciones de las cunas,
besando sus mejillas! ¡Solitarias,
sobre los catres pobres, las antiguas
sultanas del harem oyen los ruidos
de las polillas en los viejos zócalos,
el roer de las ratas en los pisos,
ven las telas de araña en las paredes
y no pueden besar sino al pasado,
lleno de afrentas y de vino! ¡Sólo
hay silencios en la vida presente,
y recuerdos de los tiempos felices,
en la miseria, en aquella covacha,
muda como la ausencia, triste como
las almas sin amparo! —

¡No habló más

su corazón misérrimo y se fué
hacia la noche fosca!
—¿Y tú qué cuentas?
¿Por qué arrastras así tu velo blanco,
el tul inmaculado?
—¡Fué un desastre,
un estrago la lucha! ¡En la derrota
iban corriendo, con las bayonetas
en los riñones los vencidos, entre
el patalear de las caballerías,
el lampo de los sables, el crujido
de cráneos en astillas, la estridente
hoguera del incendio, los turbiones
de los muros cadentes, el bramido
lúgubre, largo de los amputados
por la metralla! ¡Corren los hermanos
a defender las casas, la rodilla
en tierra, del fusil sobre la cepa
la mejilla, para cäerse muertos
con el pecho cribado a bayonetas
en el umbral! ¡Sobre el inerte cuerpo
pasan los vencedores y destilan
de las pupilas rabias! ¡Las encuentran
en oración, en llanto. Canallescos
la inmunda baba arrojan sobre el rostro
de las doncellas y huyen arrastrando
el velo virginal manchado en sangre!
¡Suenan los siglos todos, la diabólica
sinfonía se cierne en el tumulto
de las catástrofes pasadas! ¡Vese

abrazadas correr todas las vírgenes,
despedazadas en el bamboleo
de los mundos en ruinas, salpicar
de sangre los fragmentos, con gemidos
de angustias infinitas, retorcerse
los cuerpos blancos en la satiríasis
del vencedor salvaje, en el veneno
que marchita al retoño! ¡Cuerpos sucios
de sudor, de abstinencias, almas crueles
de carne hambrientas, los vampiros ávidos
desgarran a la presa, al lupanar
llenan de flores pútridas! ¡Corrupta
una *lues* al pueblo contamina
con furor homicida! ¡Habéis nacido,
niñas, para moriros! ¡Oh, no importa
cuál será la hoz que os tronche la existencia,
el abandono, la tristeza o el asco
del morbo deletéreo! ¡Oh, desengaños,
capaces de la tumba! ¡Caminar
las veo por la noche de las calles,
agarrando sensuales! ¡Cómo hieden
a pecado! ¡Pálidas heterómanas,
resuenan vuestros pasos con redobles
de cajas funerarias! ¡Cuánta esencia
de vino en vuestra linfa! ¡Cuántas hambres
en el marchito rostro! ¡Os acompaña
el obscuro tugurio, el arambel,
que no cubre en invierno al cuerpo helado,
los padres, que os violaron, los tahures,
garfios de vuestra juventud, espías

de la desperación en las penurias
inacabables!... ¡Hartas de sufrir,
hembras de abismos fuisteis!
¿Dicen algo
en su profundo sueño los sepulcros?
¿Fablan las exdoncellas? ¡Sus cadáveres
ruedan en polvos por el orbe! ¡Acaso
besen a los verdugos en la gira
de las edades sempiterna, acaso
de la injuria olvidados, sean amigos
de los facinerosos! ¿Ya no habrá
rencores en la muerte? ¿Velos blancos
en las cajas, qué hacéis? Decid: ¿no odiáis?
¿Es que la tumba de pureza, acaso,
es redentora?
¡Angelicales son
las almas de los muertos! ¡Sanctus! ¡Sanctus!,
todas se van rezando en procesión,
con guirnaldas de azahar en la cabeza
y llevan blancos estandartes, donde
han bordado azucenas! ¡Sus rosarios
borran a la maldad!
¡Oh, dadme, dadme
a mí también la paz, almas de muertos!
¡Borrad mi pensar mustio! ¡Quiero luz,
quiero cantar la vida! ¡Háganme bueno,
almas benditas! ¡Esta mente mía
soñadora del odio, este infortunio,
garra de mi existencia, esta impiedad
repreñada de hiel, ¿por qué me sigue

la sangre envenenando? ¡Si rediman
a esta conciencia, besaré a mis hijos!
¡Viene mi madre! ¿Ven? ¡Camina mal!
¡Tiemblan sus pasos; tiemblan sus palabras;
quiere besarme!
—¡Madre, no me beses!
¿De rodillas te pones? ¿Dime, madre,
redimir quieres a los condenados?
¿Quieres que duerma en tu rezar angélico?





LA CANCIÓN DE VIDA

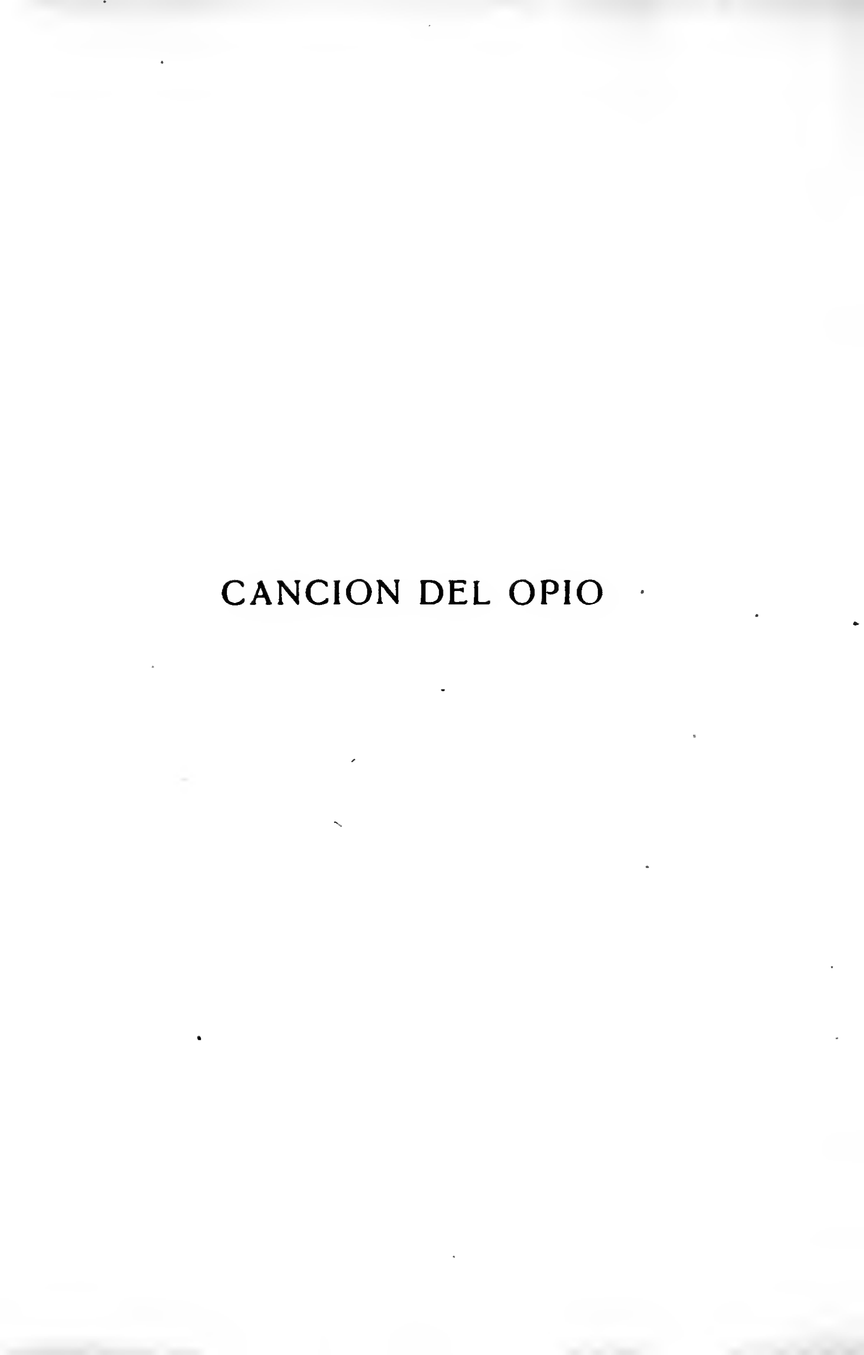
¡Dormir! ¡No ver la vida! ¡Nunca más
ver morir la inocencia, ni a las madres,
prona la frente sobre los floridos
féretros de los hijos, ni al anciano
de su fortuna contemplar la ruina,
ni el deshonor manchar de la familia
al decoro, — ni al hijo contra el padre,
ni al genio escarnecido por el mundo,
ni quebrada la psique de las novias!
¿Cuándo no habrá delitos y el vergel
alegrará los patios de la ergástula?
¡Solamente en los sueños! ¡Duermo! ¡Duermo!
¡Quiero soñar la vida! ¡Las campanas
tañen himnos de gloria, desde lo alto
de las torres sagradas, hasta el cielo,
hasta los términos fecundos, donde
crecen las mieses, donde el labrador
aró las tierras en cantos de alegría,
cerca del caserío! ¡Allí la madre
las cunas con el pie amorosamente
mece, mirando lejos la robusta
bronceada estatua de su hombre en marcha

sobre el húmedo surco! ¡Las ciudades
despiertan en los sones matutinos
a la brega violenta, al temerario
viaje al futuro! ¡Son ruidos de fábricas,
cantos de los obreros, el chirriar
de las poleas, resoplar de máquinas
jadeantes, apuradas entre el humo
negro de los carbones crepitantes,
el tintinear de mazas sobre el yunque,
las chispas de los hierros encendidos,
los herreros, la fragua en un tumulto
rudo, salvaje; ruidos de vehículos,
rozar inacabable de las ruedas
por asfaltos bruñidos, relinchar
de brutos sudorosos, la babel
de gritos y de voces confundidos
con choques y blasfemias, los trajines
de los puertos y los desasosiegos
de las maniobras agitadas!... ¡Salen,
entran los barcos, corre el marinero,
sudando en la cubierta, trepa arriba,
negrea por la jarcia, arría las velas;
resoplan los vapores, atracando,
abren sus portalones, las riquezas
se llevan de los campos en afán
imperituro de oro! ¡Vengan! ¡Vengan
a mí cantos de vida! ¡Oh, dilatadas
pampas de mi comarca, salvaje ánfora
de simientes cuajada, rebullir
del polen entre el humus, negra hoguera

de fuego creador! ¡Ved cómo brincan
sobre su faz los toros! ¡Oh, relinchos
bárbaros de los potros, a mordiscos,
a coces sometiendo a las ariscas
yeguas ensangrentadas, temblorosas
bajo el peso lascivo y el alarido
de la lujuria triunfadora, humeando
las narices del bruto, en alto, sobre
las ubres de los campos y el lamento
interminable de las crías, — sones
dilatados, intensos, a lo lejos,
a todo el horizonte, en fragoroso
rebramar de los partos! ¡Oh, misterios
que nutrís a la flor! ¡Oh, linfas acres
creadoras de troncos, selvas densas!
¡Oh, mares de rocíos sobre céspedes,
sobre marañas virginales, antros
dedaliformes, donde oculta el león
sus rugidos nupciales, las covachas
de los cachorros, las concupiscencias
de las hembras en celo, sobre lechos
de las malezas puérperas! ¡Oh, ríos
que derramáis la vida, abonos fértiles
de los establos olorosos, leches
de los prados, calor de las semillas,
amor, besos, preñeces de la tierra,
santa bondad de la Naturaleza,
del espíritu echad las amarguras
de estériles suicidios, las inercias,
el pensar en la muerte! ¡Pronto! ¡Pronto

apurad, bienhechores! ¡Sois la fuerza,
la esperanza, la savia creadora,
y la salud del mundo!
Ojála duren
las armonías de la virtud y no vuelva
el mal a retoñar en sus violencias,
y trïunfe la vida...





CANCION DEL OPIO



¡Me acerqué
a una casa con paredes musgosas
y a través de una ojiva, allá en el fondo,
la sala de un harém resplandecía,
con tapices de Esmirna! ¡Una panoplia
sarracena de la pared colgaba
con yataganes de aurea empuñadura!
¡Hay pebeteros de marfil; se elevan
humos de mirras olorosas; danzan
las huríes en una dulce música,
que a misterios resuena en su armonía
de viejos cuentos de odaliscas, sobre
las grupas del corcel arrebatadas
hacia el enigma del desierto, lejos
a ocultar sus amores a la sombra
de las palmeras, cerca de las fuentes
límpidas del oasis, susurrando
en el frescor del agua los idilios!
¡Sobre almohadas de terciopelo rojo,
acuestan delirantes la cabeza
con el labio ardoroso sobre el labio
de las mujeres embriagadas; fuman
opio los hombres en sus narguilés!
¡Huye la vida lejos; viene el sueño

y las visiones de alegría!... ¡Van
por cármenes floridos en auroras
eternas y van por los jubileos
festivos de las cosas, donde fulgen
los tronos de oro, de rubíes donde
danzan formosas las sultanas y abren
el velo transparente que ocultaba
al alba figura al sol! ¡En un deleite
sin ocaso transfórmanse las horas
del viaje interminable, en un descanso
profundo, en paz eterna! ¡Venga el opio!
¡A fumar, a fumar! ¡Las soledades
de la angustia se pueblen con los gritos
de las visiones hilarantes; haya
un canto de leticia sempiterno
en el orbe! ¡A fumar! ¿Por qué se nubla
el esplendor? ¿Por qué se cambia luego
en tétrica pavura, en fantasmal
fila de espectros la visión? ¡Qué lutos!
¡En los rostros se miran! ¡Qué terror!
¡Lívidos, demacrados! ¡Calaveras
de silenciosas órbitas! ¡Borróse
la beldad! ¡Son cadáveres; los pechos
pálidos arcos óseos! ¡Poco a poco
se licúa la carne como nieve;
se torna mudo el corazón; disgréganse
en gangrena las vísceras! ¡Asisten
en el ensueño a su muerte implacable,
conscientes las pupilas y las almas!
¡Clavados como momias en la alfombra,

el cráneo hundido en las almohadas, ven
pasar la parca; huir no pueden; oyen
la guadaña silbar!
—¡Quiero vivir,
una virgen exclama! ¡No me aferres,
necros, por la cintura; no me arrojes
al báratro!
—¿Buscaste la ponzoña
por el dolor, acaso? ¿Cuál leyenda
vas a narrar? ¡Contesta!
—¡Yo lo amaba
y sola me dejó; se fué tan lejos
del llanto de mis ojos! ¡Ya no ha vuelto,
como cuando se va la hora feliz!...
¡Con lágrimas me llego a estos salones
a fumar opio; miro en la visión
al amor mío; revivo el idilio!...
¡Y cuando ya no fumo, desespero,
como una poseída me enloquezco
en una áspera brama; quiero el opio,
como con ansias de agonía! ¡Vuelvo
a recostarme sobre estas almohadas,
agarro el narguilé, como una furia!...
¡Quiero de nuevo ver al amor mío;
quiero embriagarme de sus besos!.—
¡Grita
en un rincón un numeroso grupo,
con ojos muy abiertos, con el rostro
lívido de pavura, temblorosa
la mandíbula caída!

—¿Dónde miran?
¿Qué terror os apura?
—¡Estamos solos!...
¡Hay silencio en el mundo; una tiniebla
cubre, como un crespón, a la Natura!
¡En esa soledad vive nuestra alma,
sin amor, sin dolor, como si fuera
un frío delito! ¡Así nuestras pupilas
nada ven; ni los oïdos perciben
rumor ninguno! ¡Como los imbéciles,
balbuceando sandeces, caminamos,
sin ver miramos, mientras se nos cae
sobre el andrajo la saliva!... ¡Ríen
los labios del idiota; no contesta
nadie al gritar de los desamparados!
¡La voz de un *De-Profundis* sólo se oye
lúgubremente a veces!:
"¡Condenados
a soledad perpetua, hasta que acaben
en la nada los siglos, vagaréis,
almas enfermas!
Y esas condenadas
claman en el espanto:
"¡Cuánto miedo!
¿Qué haremos en la tierra sin apoyo?"
Y el *De-Profundis* sigue su canción:
"Habéis de vivir solas!"
¡Un furor
de suicida demencia agarra, tuerce
al grupo morfinómano! ¡Abalánzanse

atropelladamente a los abismos
cabeza abajo, lanzando anatemas:
"¡Pérfidos fueron los amantes; mueren
los hijos; ya no hay casas; la miseria
el alimento niega; no han podido
vivir por la congoja! ¡Eran felones
los amigos; no hay patria; los traidores
arrojaron baldón sobre la noble
efigie! ¡Perecieron los ideales!
¡Adiós amor, conveníos en la casta
hora nocturna! ¡Adiós, honda mirada
larga, infinita en la mirada amante,
poema, sufrir, Dios! ¡Te has extinguido
en el dolor! ¡Horas viriles, bregas,
esfuerzos y virtudes: se acabaron!
¡La tierra es un desierto, témpano árido;
el sol, pavesa negra, cruza el éter,
maldito, abominable, a los delitos
propicio! ¡Ya no es padre de la vida,
es vengador de las divinas iras,
orbe apagado! ¡Adiós, vejez! ¡Decoro
no tienen tus arrugas, ni tus canas!
¡No sabéis de recuerdos, oh encorvados
bajo los fardos de delitos, hacia
la muerte! ¡Vamos al suicidio! ¡Vamos
a olvidar los pesares en la fosa!
¡Huyamos de la garra funeraria,
del torvo pensamiento, este taladro,
que la mente carcome! ¡Los cadáveres
serán azote a los vivientes! ¡Pueden

purificar, tal vez, a los nacidos
después y resurgir nuevas edades
buenas, sobre el fangal de los suicidas!
¡Dadnos más opio, más, si no queréis
el sacrificio nuestro, dadnos más,
para aplacar la sed devoradora!
¡Y cuando concluyeron estos gritos,
se oyó una voz en el silencio, grave
con fatídico ritmo:
"Siempre ha sido
estéril el sacrificio y será siempre!"




¡ERDMAN!

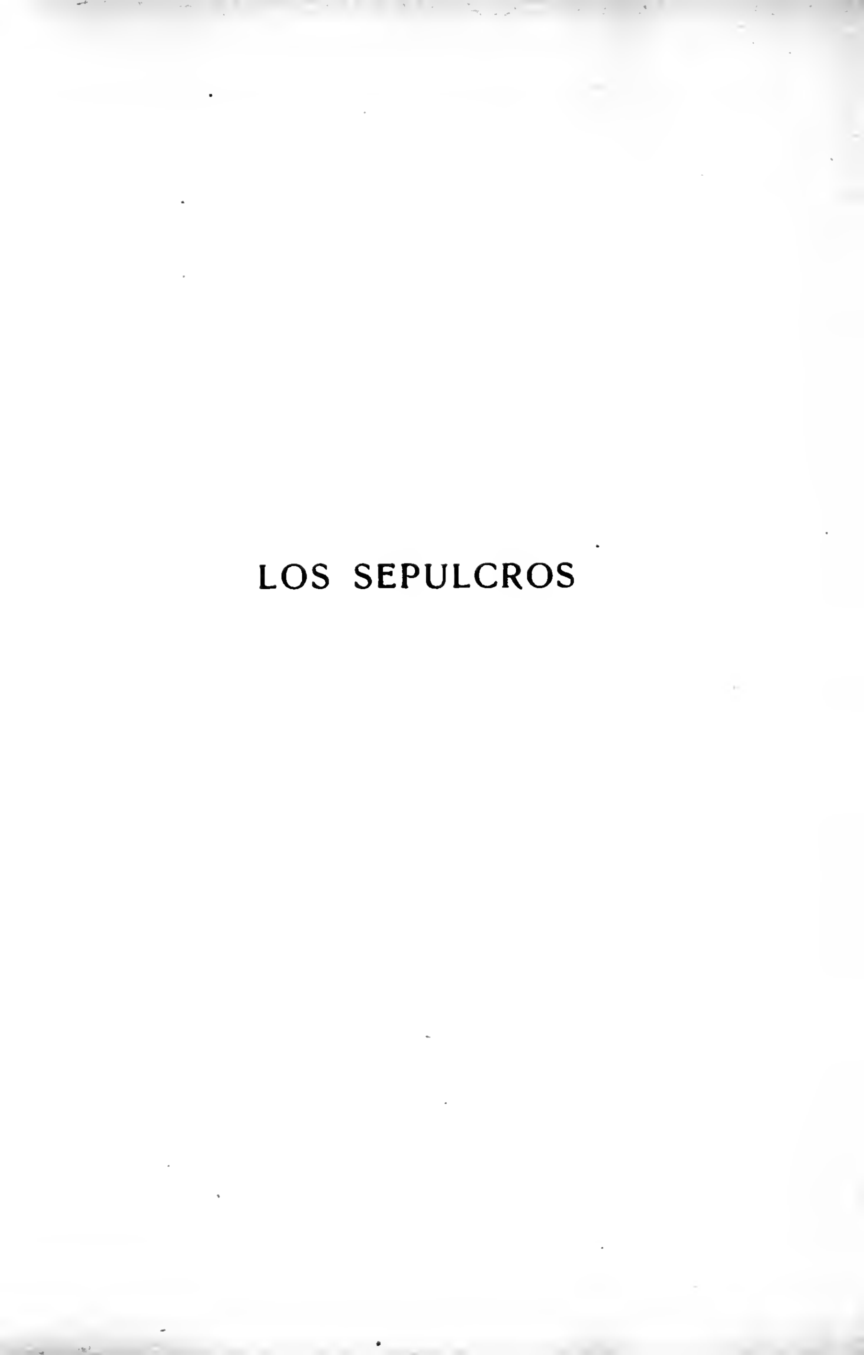
¡Por las calles repite un solitario
ese lamento! ¡Rubia cabellera
cae sobre sus hombros; una barba
narazena corona a su mejilla,
y en la mansa persona una dulzura
de celeste bondad! ¡Es el filósofo
profundo, el alma triste! ¡Conocer
la vida humana lo escondió en su ermita,
el corazón le abrió su cripta roja
y le contó al oído sus pasiones,
la fe, el escepticismo, la inquietud,
el tedio, la esperanza! ¡Es el filósofo
profundo, el alma triste! ¡Todo sabe!
¡Brega y combate el hombre! ¡Cada ser
es la gota que lame, horada, gasta
el porvenir ajeno! ¡En esta lucha
hay quien derriba; están los derribados
de bruces sobre el surco! ¡Los palacios
del rico surgen sobre las techumbres
del tugurio de los empobrecidos,
la iluminada fiesta con los roces
de sedas y con vinos en la noche,
cubre con sus conciertos los quejidos
de los parias sufrientes! ¡Siempre ha sido

así!... ¡Penetran en la vida ingenuos,
casi puros los jóvenes y vibran
por las quimeras generosas; aman
a la mujer, deidad de carne, cítara
divina. Con ímpetu se embriagan
de la sirena en la ponzoña! ¡Oh júbilos,
oh fiestas! ¡Poco duran! ¡Tú cantaste
a la venusta forma, la mujer
en la estrofa fué templo, fué un querube
y se mancha después en felonía;
abandona al altar para caer
en el abismo del pecado, sierva
de la carne demente!
"¡Así fué siempre!:
¡por las calles nocturnas repite Erdman
filósofo, turbado por los fríos
escepticismos dolorosos! ¡Ve,
entre la garra del eterno enigma,
debatiéndose el hombre, en sus anhelos
de saber; escudriña los arcanos
del humano destino, los principios,
los fines de las cosas, el Espacio,
los Tiempos infinitos y la marcha
hacia lo ignoto de las multitudes,
los vigores del alma, sus desmayos,
la fuerza, que dirige las sinérgias
del mundo! ¿Por qué bregas? ¡No te agites!
¡Nuevos problemas surgen en tu calle!
¡Nunca se saciará tu mente! ¿Dónde
corren los hombres angustiados? Digan:

¿alguna vez terminará la angustia?
¡Los átomos se mueven sin cesar!
¿No encontrarán su paz, siquiera sea
en la muerte? ¡Carcoma, osario, pringue,
oh fuerza destructora, lima, vermes!,
¿por qué destruyen sin matar? ¡Yo veo
al cadáver bullir entro a la fosa,
la materia devórase con hambres
salvajes, como si tuviera apuro
de esconderse en la Nada! ¡Yo oigo el canto
del putrílago hirviendo! ¡Cómo grita
su secreto!:
"¡Odiasteis en la vida;
ajasteis al humilde, oh soberbiosos!
¡Eras avaro hasta las roñas! ¡Hembra,
el hogar has manchado y no veías
en la frente de tu hijo la verguenza,
en el morder los labios del adúltero
con sangre! ¡Tú mataste! ¡Gime, grita
la víctima en la fosa! ¡Cómo se oye
en ese lodo el choque de los pueblos
en la batalla criminal y cómo
ruge la cárcel su dolor! ¿Por qué
tanto pujáis? ¡La tierra es un osario
y todo acaba en ese beso lúbrico
de los gusanos en la podredumbre!
¡Es convenio de amigos; todos se aman
en el fétido barro! ¡Mejor era,
hombres, no haber nacido! ¡La Natura,
flor de bondad y amor, en silenciosa

germinación transforma en una iglesia
al Orbe, derramando la inocencia,
los jugos, la piedad! ¿Qué decís, árboles,
en el mudo verdor de los follajes,
en la quietud de vuestra sombra? ¿Acaso,
con pupila apenada, estáis mirando
al enano grotesco? ¡Vedlo! ¡Aferra
cieno de los pantanos y recubre
a la virtud ese giboso, furia
desmelenada! ¡Dime, oh cielo, tú,
vago infinito, enigma!: — ¿si no hubiera
hombres, si tus estrellas protegieran
el sueño de las selvas, con penumbras
buenas, — y si el reposo de las cosas
estallara en la aurora en una luz
fértil y mansa, en el ardiente júbilo
del sol clemente, tú no crees, oh cielo,
que una tranquila dicha para siempre
en la tierra reinara? ¡El hombre es torvo;
mata las alegrías! Dime, oh cielo,
que eres la santa casa de la eterna
bondad, ¿por qué cobijas los reptiles,
las pasiones ferinas y perversas?
¡La envidia perra no quiere felices;
al bien ajeno roba la avaricia;
la calumnia aja a la virtud; el odio
y los celos enlutan las mansiones
venerables, las almas castas; pasa
su vida en la amargura el desterrado;
el amor despreciado llora y sufre

el más grande dolor de los dolores,
para los parias está hecho el Gólgota,
y los déspotas alzan los cadalsos!...
¡Son blasfemos los hombres y te insultan,
santa bondad, oh cielo! ¡Empañarán
tu serena pupila con alientos
de sus bocas corruptas! ¡De tus astros,
niños alegres de la noche, va
a perecer el regocijo! ¡Crímenes,
hombre, sin ti no habría, ni atrabilis,
ni la sangre cantara en las arterias
trovas facinerosas! ¡Una plaga
se azotará sobre la tierra para
dejarla sola; un batallón de parcas
mueven las hoces furïosas; caen
todas las testas, como caen los pastos,
cortados a cercén! ¡Siguen zumbando
en copiosa hecatombe y cuando alguno
desventurado nace, la segur
silba, cercena, esparrama la muerte!
¡La tierra es un desierto! ¡Ya sin hombres
y sin maldad no se oye entre los bosques
sino cantos de amor por el Espacio!



LOS SEPULCROS

¡Cuando Erdman despertó de su quimera
fosca, inhumana, vió un coro de novias,
llevando a pulso un atäud! ¡Yacía
entre un colchado sérico la muerta,
envuelta y larga en la mortaja blanca!
¡Era un rostro de párpados cerrados,
pálido como marfil, serenamente
dormido, juvenil, como un retoño
primaveral!... ¡Canta una melopea
tan celeste ese coro, como fuese
un lejano rumor de catedrales,
al Eterno rezando!:

"¡Falleció,
oh filósofo, en la hora del crepúsculo,
cuando la *Avemaría* lentamente,
lejanamente mueve hacia la noche
de los hondos misterios, cuando doblan
las campanas y dicen elegías
para las almas que se van al cielo...,
cuando la tarde llora, con quejidos
de la humana tristeza, la fugaz
brevedad de la vida, el descender,
en el otoño gris, de primavera
tan temprano! ¡Oh, filósofo, que piensas

cosas de la tiniebla, aprende a amar,
y cree en la virtud, como creyere
este ángel muerto!"
¡Vi que arrodillado
Erdman juntó las palmas! Invocaba:
"Oh, flor hermosa, ¿acaso con la anémona
el amor y la muerte coronaron
tu frente? Dime: ¿no oyes los lamentos
de ese coro de novias? ¡Te recuerdan,
mártir, en tu refugio prematuro
rígida en esa caja! ¡Eras amparo
de la casa paterna, hoy solitaria!
¡Oh, taciturna, te aman; te acarician,
como tu novio, los cabellos de oro!
¡Querías tú vivir! ¿Por qué el destino,
tan juvenil a la tumba te arroja?"
"¡Oh, soñador del mal, oh, tétrico Erdman,
dicen las novias, esparciendo lirios
sobre la virgen:
¡Mira! ¡Este holocausto
una alma generosa te mostrara
entre tantos felones! ¿Ves? ¡Las lágrimas
de las cosas se vierten sobre el féretro
de la santa doncella y ni la muerte
osó cambiar la hermosa forma! ¡Amor
la vida perpetúa! ¡Cree en la vida,
excéptico Erdman! ¡Arboles y cielo,
iglesias donde reza la inocencia,
héroes que a morir vais enajenados
en el amor de patria, sacrificios

callados de los parias en miseria,
si sollozar sabéis sobre la angustia,
llorad, llorad al paso de esta mártir,
que murió, en su pasión, apasionada!
¡Divina muerta, tú nos haces creer
que la bondad rebrota en este mundo
sobre los corazones virginales,
como si abono fueran los martirios
y los calvarios del amor, crearan!...
¡Yo me arrodillo en reverencia, oh novias
ante el vïaje de esta inmaculada!
¡Me aconsejáis la Fe; seáis benditas!

*
* *

¡Paso tras paso las novias se marchan
elegíacas hacia el cementerio!
¡Erdman las sigue cerca en su alegría,
en su esperanza breve! ¡Hay una paz,
entre las tumbas, infinita, como
si nadie hubiera en el silencio! ¡Pasa
lentamente el cortejo! ¡Arriba el cielo
tan manso en el mirar de su pupila
a las novias conforta; la arboleda,
perfume de la noche, con su sombra
a esa teoría oculta a los profanos!
¡Es mejor! ¡Nadie vaya al cementerio!
¡Nadie lleve a las urnas las pasiones,
los ardores malsanos! ¡Oh, yo he visto
citarse a los adúlteros, en bramas

de una embriaguez concupiscente, cerca
de las sagradas larvas! ¿Qué os han hecho?
¡Manchan a los sepulcros y se olvidan
que es una eucaristía cada cripta!
¿No teméis a esas almas? ¡Son tan castas!
¿Por qué vuestro rezar no las ampara?
¡Sobre el césped se besan los amantes,
ultrajan a las sombras y marchitan
a los mirtos votivos, empapados
en lágrimas, — cerca a los epitafios
y no ven a las manos descarnadas,
negras y secas del cadáver, fuera
de los nichos, buscando flagelarles
las impuras mejillas! ¡Ya se acercan!
¿Sienten el frío de las manos? ¡No huyan!
¡Qué miedo! ¡Ellos se vengan! ¡El pecado, —
esa ofensa sacrílega —, os arroja
lejos del camposanto! ¡Cuánto hielo!
¡Cuánto horror en la carne! ¡Cómo tiemblan!
¡Qué tufaradas acres! ¡La carroña
abrió su gusanera, empuja el dorso
de los profanadores fugitivos!
¿Y tú? ¿Y tú, a qué vienes? ¿Ya olvidaste?
¡Eres felón! ¡Recuerda! ¡La derecha
en la derecha del amigo, el hierro
en la izquierda homicida! ¡No deturpes
a este fúnebre templo! ¡Vete!
¿Y tú,
vil mercader, acaso la codicia
en el fraude te azota, acaso quieres

mercar con ignominia en el santuario
de las purezas? ¡Oye! ¡El arambel
que te sacude el cuerpo, en la agitada
marcha por los caminos, traje ráido
y ventarrón de mugre, ese guiñapo
con olor de tugurio, repreñado
de sórdida miseria, es involucro
de alma nefanda! ¡Oh, barbas enredadas,
garfios aduncos, prontos a la presa,
artimañas felinas, oh caquhimnos
de la avaricia artera! ¿Acaso vais
a manchar con ponzoñas a las clámides
albas, hieráticas de los misérrimos
ángeles muertos, vagantes pöetas
de las dulzuras, del amor, las almas
de aquellos taciturnos encerrados
rígidos en sus cajas? ¡Yo os arrojo
del templo, oh mercaderes!
¿A qué vienen,
rameras? ¿A contar a los sepulcros
vuestra novela pavorosa, acaso
las borracheras en las bacanales,
las sordas toses de los pechos? ¡Huyan!
¡No profanen, sacrílegas! ¡Las sedas
con olor a burdel ajan las rosas,
brotes del corazón de las novicias!
¿A qué tanta plegaria, santas vírgenes?
¡Las meretrices en el cementerio
besarán vuestros restos, como besan
a la virtud y al vicio los gusanos,

en la ecuánime huaca del osario,
nivelador de castas! ¿Por qué impiden
que en el cenobio las sepulten, donde
crecen los arrayanes y da el árbol
la sombra tan serena, en la penumbra,
bajo las viejas bóvedas, augustas
de plegarias y salmos? ¡Alejadlas
del soplo humano venenoso! ¡Vayan,
oh novicias, al cielo, entre las flores
de las huertas sagradas! ¡Que no escuchen
sino el rezar de otras novicias, cuando
en viaje hacia el Eterno, se preparen
a borrarse en el cosmos! ¡Que la vida
no pase nunca cerca de sus tumbas!
¡El día de los muertos se van todos
a arrojar flores sobre los sepulcros
y van también muchas malditas almas
e inconsolables lloran las cenizas
como si ultrajes fueran las plegarias!
¡Oh, pecadores! ¡Huyan de las criptas!
¡Los muertos viven en celeste gracia!
¡Gloria in excelsis cantan! *¡Sanctus! ¡Sanctus!*
¡Dios de los puros, vamos hacia vos!
¡Altares de la iglesia, id con nosotros!
¡Casta Naturaleza, dichas pías
del sagrado cantar del universo
id con nosotros! ¡Llorar no nos hagáis
en el fúnebre viaje, humanos tristes,
espectros desgraciados! ¡El reposo
no turbéis de los muertos, que la tierra

maternal los protege en las quietudes
de su fecundo seno! ¡No entren hombres
al cementerio, porque el nicho quiere
besos de labios santos y plegarias
de incontaminadas mentes! ¡Los réprobos,
adoradores del pecado, como
fuese virtud, — mordidos por los canes
que magullan sus vísceras — a quienes
áspera labra del remordimiento
la gorgona feroz — en penitencia
caigan al suelo, en las maceraciones
y heridos por puñales de cilicios,
imploren el perdón en las tebaidas
al Dios misericorde, con la frente
a las estrellas y las manos juntas,
larga la greña, cana hasta los muslos
y sacudida en la carrera loca,
para lejos huir de los recuerdos
del delito implacable, siempre fresco,
alerta siempre, vivo en la memoria
de esos insomnes agitados! ¡Recen,
si quieren acercarse a los sarcófagos
de los queridos, tan en mansedumbre,
bajo el piadoso saucedal, callados,
y si quieren saber de los misterios
de sus vidas ocultas en el seno
de la muerte! ¡Oigan sus tristes cuitas!
"¿Nuestras reliquias han guardado? ¿Leen
nuestros escritos en la hora nocturna
de los convenios familiares, cerca

de las prendidas chimeneas? ¿Besan
los retratos maternos? ¡Os contemplan
los pobres muertos cuando camináis,
mártires de la honda pena por los vastos
salones solitarios, nobles almas,
cuya dulzura os dice: no olvidéis!
¡Ningún mayor amor que los amores
de la casa paterna! ¡Hemos mecido
a las cunas inquietas; dimos fuerza
a vuestra adolescencia conturbada
por el tumulto pasional, consuelo
en las horas viriles, cuando lucha
contra el destino el hombre! ¡Pobres niños,
os ibais de la casa, persiguiendo
a la ventura, que se aleja siempre!
¡Esperábamos en el dormitorio,
en el silencio de la noche, el oído
atento a los lejanos ruidos! ¡Tristes
llegáis al aposento!

—¡Oh, madre mía,
escucha mi odisea! ¡Me hizo trizas
la vida! ¡Besar quiero tus mejillas
y llorar sobre tu cabello blanco!
¡He llegado con odios; las manoplas
feroces de los otros matan, madre,
a las bondades!—

¡Hijos, no olvidéis!
¡No existe amor sino en la casa vuestra!
¡En las otras, engaño, oh fugitivos
insaciables, arrojados lejos
a buscar la ventura en casa ajena!

*
* *

¡Cuentan sus penas los sepulcros; oye
Erdman el conversar de los difuntos
con los deudos, en un suave murmullo
de sumiso reproche! ¡Ellos recuerdan,
aman, sonríen, sufren, al ausente
ingrato llaman a sus besos!
¡Erdman
sigue su caminar detrás del féretro!
¡Sobre un lecho de lirios, en abierto
sepulcro iluminado por los astros
suavemente lo descienden, entre
la serena poesía de la noche!
¡En redor se escuchaban enigmáticas
las fablas de lo arcano, en el sagrado
misterio de las tumbas y decían
la bondad, la ternura en melancólicos
remedos, en un aire de homilía
augusta y dulce, como una plegaria
lejana... Las novias arrojan mirtos,
a lo largo desfilan y se pierde
sin ruido el leve paso, por la sombra
de los meandros, como rima fuese
de alguna castidad al hondo cielo
en marcha — las soñadas primaveras
de la dicha buscando, allí do nunca
el sol se pone! ¿Acaso vais, benditas,
lejos, entristecidas, como esquilas

lentísimas de una santa agonía
y como van las hojas del otoño
a saturar el humus, en vaivenes
lentas cayendo sobre el tronco seco?
¡Tal vez se van a pedir paz a Dios,
porque la tierra no concede paz!
¿Novias apasionadas, no queréis
vivir? ¿Por qué miráis al cielo? ¿Acaso
allí canta la vida a la pureza,
no tiene ocaso el sol y no se extinguen
en pena los amores?
¡Se borraron
a lo lejos!... ¡Parecía Natura
un templo silencioso, una oración
el hablar de las novias, en el viaje
a lo desconocido!...

CANTOS DE LA BUHARDILLA

¡Queda solo
Erdman entre las tumbas. De repente
parecieron vibrar! ¡Desde las huacas,
entre ruidos de losas levantadas,
los esqueletos salen a pasear,
con sus raïdos trajes, con crujidos
de coyunturas secas, bamboleando
la calavera arriba, como un péndulo,
sobre las vértebras desnudas! ¡Quieren
a los hombres narrar su dolorosa
vida de la buhardilla, sin tibiezas,
entre la luz escasa, con la cama
en húmedo rincón! ¡El soñador
medita la quimera! ¡Está sentado,
— la mejilla en la palma, con los ojos
a través de la sucia claraboya,
la pluma en alto, — el alma en el ensueño,
el hambre cerca, el hielo cerca, un rayo
sólo de sol en la penumbra, el beso
de la mujer amante, flor marchita
del desván prematura, en el dolor
sonrisa alegre, fuego de pasión
hasta la tumba!...
— ¡Escribe! ¡Soy tu fuerza!

¡Yo soy la inspiración!, la mujer dice.
¡Tu cabello acaricio; guío tu mano;
toda me doy; toma mi sangre, toma!
¡Vete de este sepulcro, amada mía;
te veo fallecer; vete a la vida!
¡Te esperan los vergeles y los árboles
protejan tu hermosura, las delicias
de tu piel de alabastro! ¡Vete, vete!
¿Qué vas a hacer aquí, júbilo mío?
¿No ves cómo está triste este tugurio?
¡Te pondrás pálida, pálida, como
los rosales quemados por la nieve,
como un viejo marfil! ¡Júbilo mío,
vete a la vida!
¡No verás mis ojos!
¡Siempre los pensaré!
¡Tu cuello asir
no podré con mis brazos, ni besarte,
ni tu mano guiar sobre el cuaderno,
cuando escribes el genio! ¡Por qué quieres
sólo evocar, oh egoísta!
¡Por qué sufres!
¡Por qué te veo morir, oh virgen mía!
¡Vete! ¡Dame tus manos divinales!
¡Dame los besos de tu boca... así!
¡Te imploro de rodillas! ¡Los arriates
te den las rosas del amor y canten
los ruiseñores, murmurando el agua
de las fuentes de mármol los idilios!
¡Vive en el sol! ¡Acuérdate! ¡Si quedas

te seguiré al sepulcro!...
—¡Tú no me amas!
—¡Oh, sí, infinitamente! ¡Santa mía!
¡Yo tengo tanto miedo! ¡Esa tos, santa,
que te lacera el pecho, tus angustias
en las noches insomnes!...
—¡Yo te miro
en tu dormir! ¡Velo como una madre!
¿Ya te olvidaste? ¡Soy la moribunda;
tengo la sangre enferma! ¡Sólo siento
dejar a tu buhardilla, tan alegre
con luz de besos y de genio! ¡El alba
le da caricias; la calienta el sol;
ilumina su noche el plenilunio!
¡En los jardines vive, amada mía,
donde es el aire puro, entre las rosas!
—¡A ti yo estoy votada hasta el martirio
y hubiera desgarrado mis entrañas
como el ave sagrada, para darte,
oh amor, mi sangre!
—¡Eres cruel e injusta!
¡Quiero tu vida, tus ojos, tu mente;
quiero escuchar tu voz hasta el final
de mis horas, oh mi chiquita, júbilo
mío! ¡Veré correr por los senderos
a tu cabello de oro y tus pupilas,
como los astros brillarán de lejos,
cuando me asome a la ventana y mire
tu mano blanca en alto, a saludarme
en un vaivén suave, como fuese

la corola de un nardo! ¡Vive! ¡Vive,
oh mi chiquita! ¡Ven en las mañanas,
apoya la persona en esa estatua
abajo... allá! ¿No ves? ¡Quiero gritarte
desde la altura: te amo, te amo; no entres
al húmedo tugurio!
—¿Y qué harás solo?
¿Has visto levantarse en los caminos,
sin epitafios esas cruces negras?
¡Por ese muerto nadie reza! ¡Acaso
solo te quedarás como esa cruz
si me alejo, amor mío! ¡Malo! ¡Malo!
¡Toma mi pecho, bésame! ¡Este fuego
de mi carne te abrase; la dulzura
de mi voz te embelese! ¡Si abrazada
de ti perezco, dime: ¿qué te importa,
si contigo me marcho? ¿Oh, tienes miedo
de lo desconocido, del arcano
trágico, acaso? ¡Yo te voy a contar
ese misterio! ¡Irán nuestras cenizas
a decirle a las sombras un idilio
inacabado, que sigue su vida
en el eterno cambio de las cosas!...
¡Yo no quiero salir de este tugurio,
sino en el cajón fúnebre! No dejes
a tu pequeña alondra! ¡Sigue, sigue
besándola en la boca, con tus besos,
hasta el fin de las horas!—
¡Erdman vió
pasar los dos espíritus tan juntos

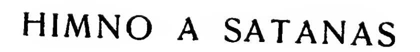
en su vuelo a los astros, como fueran
una sola armonía, en un divino
símbolo errante y bello! Le decían:
¡Oh, filósofo, narra este poema:
"en un solo ataúd los enterraron,
juntos quisieron irse al infinito,
porque amor es del cielo, única patria
para esas almas, cuando el cuerpo muere!

*
* *

En redor del filósofo los muertos
hablaban en tumulto:
—¡Somos larvas
de poetas insomnes; se alimentan
con hambres nuestras vidas, con desprecio
y desamor humano!
—¡Es que ignoráis
en la quimera la verdad! ¡Idólatra
del oro rueda el hombre en un afán
insacïable! ¡No hay sino avaricia!...
¡No vive la belleza, ni el ensueño
para las multitudes pordioseras!...
¿Es vivir caminar bajo los fardos
repletos de oro y plata, acumulando
hasta doblar el dorso y como garra
errante, andar, acechando lo ajeno,
como acechan los buitres la osamenta.
ávidos, descarnados, con el brillo
de la uña amenazante y carnicera?

¿Por qué el alma deturpan del desván?
¿Cerca no veis al sol? ¿No veis la caja
donde duerme Mimí su último sueño?
¡En la buhardilla no viváis! ¡Guardad
vuestro lodo! ¡Dejadle su perfume
de claveles y rosas! ¡Es la maestra
de sacrificios y de genio, austera
armonía, pöema, luz de Dios,
amor, belleza! ¡Idos a la cárcel,
oh falsos monederos! ¡Yo os maldigo!
¿Jadear bajo los fardos es vivir
repletos de oro y plata? ¿A todas horas
andar, andar, como buitres errantes,
husmeando la carroña, sin ensueños,
sin almas, es vivir?





HIMNO A SATANAS

¡Aspera, bárbara
una voz resonaba entre las sombras
de la agitada noche! ¡El cementerio
de horror se estremecía en un susulto
de blasfemia y de miedo!
—¿Tú, quién eres?,
Erdman exclama.—
¡Se alza un monstruoso
espectro demoniáco!
—¡Soy el mal,
canto a Satán el himno! ¡Bien pensaste!
¡Es mentira el ensueño, la bondad,
hipocresía!... ¡Reina la avaricia!
¡Aleluya a Satán! *¡Gloria in excelsis,*
canta, poeta, porque guío a los hombres!
¡Soy el dominador! ¡Agarro pueblos,
a la batalla los arrojo! ¡Nada
a mi fuerza resiste; la virtud
muere en mis manos! ¡En los cataclismos
de los imperios destruídos, cuando
el escombro triunfa y la calígine,
en torno a los deshechos monumentos,
sobre el cadáver insepulto, en la hora,
en que las gentes fugan y se arrastran

las familias misérrimas, yo soy
el autócrata huraño, iconoclasta
en la horrenda catástrofe! ¡Por mí
se multiplican las carnicerías;
hago felones, despiadados; soy
maestro de lo artero; hundo las naves;
en la mina destrozo a los obreros
bajo las rocas desplomadas; armo
al asesino; indico a los cleptómanos
la presa codiciada; la cizaña
entre padres e hijos esparramo:
despierto las libídines curiosas
del malsano adulterio! ¡Soy el numen
de la asinérgia universal; demuelo
los imperios con fuego, con matanzas
hasta hacerlos cenizas! ¡Se ve, entonces,
tumultuarias correr las muchedumbres,
en copiosas colmenas, a la guerra,
héroes, galeotes, parias y tiranos
con protestas de esclavos, con ansar
de obreros fatigados bajo el látigo,
sobre la espalda enrojecida en sangre!
¡Y las cabezas ruedan en cadalsos
enlutados y los túmulos se alzan
frecuentes, con cadáveres dispersos
en el incendio de los campos solos!
¿No sabéis dónde vais, quién os empuja?
¡Mi manopla os empuja! ¡Soy el mal!
¡Abajo el dorso! ¡Rindan homenaje!
¿No habéis visto marchar y transformarse

tiempos, cosas, pasiones, invadir
con pasos giganteos, levantarse
y yacer en pedazos triunfo y ruinas?
¿No habéis visto morir las multitudes
y resurgir famélicas? ¿Acaso
no es la refriega bárbara, que anuncia
la pujanza del hombre? Digan: ¿saben
por qué estas cosas andan, mundos, almas,
historias y leyendas? ¿Qué muñeca
arrastra esa odisea de la angustia?
¿Conocen la violencia misteriosa,
la sugestión sombría, que las echa
a lo ignoto impetuosas, al pillaje,
al eccidio feroz, al pandemónium
que destartala a las edades? ¡Soy
Satán! ¡Trinco las voluntades, déspota,
dominador, omnipotente! ¡Abajo
las frentes y los dorsos! ¡Pasará
mi férrea planta sobre la columna
curva de vuestras vértebras! ¡Al suelo,
multitudes de esclavos, ignominias,
con los vientres hidrópicos de vinos,
reptiles de los fangos, oh saciados
en modorra! ¡Arrastraos, vilipendios,
turbias de hartazgos las miradas, bajo
la planta férrea del dominador!
¡La cabeza del monstruo raya cerca
de las nubes nocturnas, un siniestro
fantasma!... ¡Erdman temblaba de ira¡...
[— ¡Monstruo,

tú no triunfas, dijo! ¡No eres guía!
¡Los muertos oyen tu sarcasmo! ¿Acaso
ignoras la virtud de los sepulcros,
inspiradora de heroísmo, causa
de cruentos desquites, destructora
de vasallajes seculares? ¡Vibra
de las tumbas un sacro horror, concita
a gallardía, escribe el epitafio
de los preclaros, muestra unas visiones
de gloria, de martirios, acicate
para emularla! ¡Es redentor de pueblos
y fabla de holocaustos, sin más premio
que las flores votivas de los gratos,
sobre la losa, arrodillados! ¡Madres,
decid, si triunfa el mal, cuando perecen
los adalides por la patria y llegan
sobre el escudo, rígidos y agachan
las doncellas insomnes la cabeza,
en la alta noche, sobre la costura,
con los ojos cansados, para dar
el pan a los ancianos! ¡Si triunfa
el mal, decid, sobre la tierra, en la hora
que os acuestan difuntas en las cajas
con los claveles, que regabais vírgenes
en las mañanas de las primaveras!
—¡Calla, maldito! ¡Vete! ¡Contaminas!
El espectro rechina ferozmente:
—¡Tú te engañas! ¡No niegues mi dominio!
¡El mal fué en todo tiempo victorioso!
¡Voy a decirte el canto del pasado!

¡Cuando veas la lúgubre hecatombe
de la virtud, de la inocencia, muertas
por la maldad, irás a preguntar:
¿la vida para qué, si todo acaba
en la rüina? ¡Escucha!—
¡No se oía
sino un presagio de tragedia! ¡Sátanas
continuaba su canto!

LAS RUINAS

¡Desde lo alto
el verbo precipita de un pöema,
un llanto de tristezas olvidadas!...
¡Pasan los monumentos! ¡Qué elocuencia
vibran los negros bronces, los palacios
musgosos y las fuentes oxidadas,
donde cantara el agua las canciones
de las sirenas!... ¡Mármoles obscuros,
sembrados en pedazos por los foros
cubiertos de malezas, gigantescos
destrozos caidos, como almas cansadas
en reposo!... ¡Acrópolis derruídas,
moles vetustas, cuajadas de gloria,
estremecidas de heroísmo, dolientes
fantasmas de martirio, en sus silencios
de cementerio, donde los amantes
se sientan en el plenilunio y dicen
la vida, — cerca del nido, a la sombra
de rotos mausoleos, donde duermen

las reinas!... ¡Arcones de los tesoros
de sangrientos botines y sarcófagos
de guerreros y mártires anuncian
las catástrofes idas, en vandálicos
escombros y repiten las crueldades
de los viejos incendios, todavía
evaporados entre las rendijas
de las murallas desplomadas! ¿Qué hacen
neglectos? ¡Pongan el oído sobre
las ciudades sepultas, bajo el ímpetu
de crateres, irruentes en aludes
de cenizas y polvos! ¡Interroguen!
¡Oigan las voces de los fallecidos,
bajo las lavas!

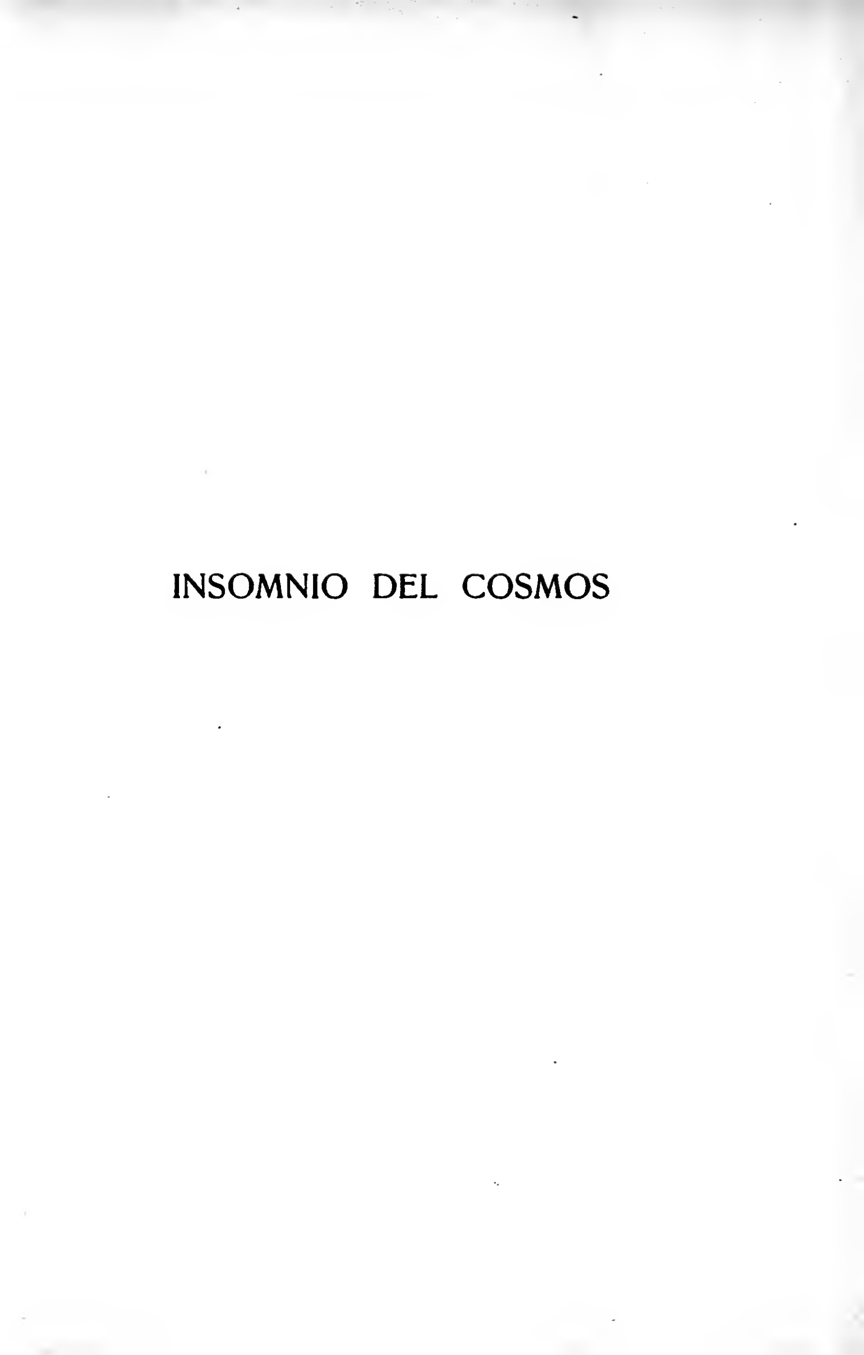
—¡Fuimos glorias, carnes
en flor de primavera, amor, deleite,
frescas, lozanas fuerzas! ¡El triunfo
del mal nos ha destruído! ¡Así en los foros
vivíamos tribunos, plebes, violentas
oraciones *pro patria,* tumultuarias
asonadas! ¡Vires férreos votados
al estrago de populachos! ¡Héroes
de homéricas batallas, las victorias
daban las termas, coliseos, esclavos
para las fieras en los ludos trágicos!
¡Eramos la conquista, la insolencia
del artero pillaje, del degüello
impío de pueblos! ¡Traíamos tesoros
para los desenfrenos, las corruptas
milenarias orgías, para el triunfo

de vinos y meretrices!... ¡Las lavas
cubrieron la ignominia en un silencio
de sepulcro, grave como el delito,
de la siniestra fosa al sol se elevan
los crímenes ocultos, corolario
del mal, guía del hombre! ¡La pureza
del mundo manchan, lo pervierten, narran
de las ergástulas la vida! ¡Callen
como las momias lívidas, las rígidas
de los sarcófagos de piedra, mudas
esfinges! ¡No digan, oh estupefactas,
nada en la muerte! ¡Oculten la avaricia,
el artero despojo, la violencia
para arrasar ciudades! ¡Así, inmóviles,
fuisteis tumulto, ahora sois inercia!
Nada más, como las urbes deshechas,
bajo las lavas! ¡Calles solitarias
y trágicas! ¡Oh, pueblos asfixiados,
pétreos por el mordiente del cascajo,
en la humedad de siglos, por la muerte
fuisteis besados, cuando entre las rosas
cantabais a la vida embrïagados
de Falerno, en la orgía, sobre el seno
de Taís la desnuda, epicureos,
libando en el festín la hora dichosa
eternamente inmémores!... ¡Decid
si no trïunfa el mal! ¿No veis pasar
a las multitudes ferinas hacia
la conquista concupiscente? ¡Arrojan
a los vencidos en las homicidas

putrefactas vorágines, acaso
en las horas de amor, horas de espasmo
sobre las bocas, ávidas de besos!
¡Y resuena la sombra de los siglos
de estentóreos fragores de venganza
en los éxodos de las turbas, lejos
de los incendios fugitivas! ¡Eran
cortejo la catástrofe, las podres
de los osarios en el campo al sol,
bullendo en las intemperies el fango
y los vermes, sobre las destrucciones
de ciudades y selvas en cenizas!
¡El mal es conductor de los humanos!
¡Ha sido siempre así! ¡No te arrepientas
del estribillo lúgubre, oh filósofo,
y sin cesar repite: siempre ha sido,
donde quiera que el hombre su pujanza
deletérea haya puesto! ¡Es creador
de la tragedia eterna! ¡Hasta en la muerte,
oh peregrino, ejerzo mi soberbia!
¡Hablad, moles de piedra! ¡Os ha construído
el oro del pillaje! ¡Los esclavos
bajo la fusta trabajaron hasta
perecer a millares! ¡Oh, anfiteatros
reducidos a escombros, tambaleos
de épocas, taladradas por la infamia
de sus corruptas vidas, urbes rotas,
acostadas en polvo por el Mal
arrasador, omnipotente, griten:
¡soy el dominador! ¿Acaso mi obra

no es todo anonadar y no edifico
mi trono con las ruinas? ¿Yo no crezco
sobre el hervor de los osarios? ¡Vamos!
¡Convenced al filósofo, que el mundo
hecho pedazos yace por mi garra,
por los aludes míos y que el hombre,
como un gusano, arrástrase en la vida,
doblado, como un arco, sin decoro
como los pordioseros y decidle:
repite tu sentencia; siempre ha sido
así! ¡Eso será siempre!





INSOMNIO DEL COSMOS

¡Consternado
por el canto maldito, yo pregunto!:
—¿Algo duerme, filósofo, en el mundo?
—¡Nada duerme!, contesta entristecido.
¡En perpetuo moverse todo el cosmos
en un amor inextinguible vive,
en las fragancias de las espesuras,
con notas de zampoñas, con pasiones
de pastoras, con rocíos fecundos,
con el oro del sol, en la alegría
de la aurora, sonante por los píos
apurados del nido, en el efluvio
de los pastos, mientras las bandadas
bulliciosas ocultan sus connubios
por el azul! ¡Así transcurre el día
luminoso y despierto en la solerte
brega, que da la flor, la sombra, el fruto
sabroso, hasta que va tras de los montes,
vive en la angustia de la despedida,
en el dondoneo de las campanas
del *Angelus*!... ¡La noche abre sus alas,
recibe las esquilas melancólicas
en su agitado seno!... ¡No descansa
el germinar profundo! ¡Son los árboles.

que besan a los árboles, las savias,
ebrias de ardientes nupcias, al cuajarse
en las savias vecinas, en las cópulas
hilarantes, sedientas de deleite,
fértiles fuerzas en la obra profícua
del ininterrumpido formidable
fructificar del Cosmos! ¡Oh, noctámbulo!
¿Tú crees que por la noche el bosque duerme?
¡Hay lujuria de pólenes, festines
de arcanas bacanales; hay calor
de prolíficos besos! ¡Todo vela
en la selva, en los celos salvajes
de la maraña, oliendo a saciados
sexos las lágrimas de mirras! ¡Brillan
en la rama del árbol, en las linfas
de la entraña del humus, sobre el césped,
como topacios! ¡Se oyen sinfonías
de pájaros en bandadas, bullicios
largos, confusos de voces innúmeras,
un trinar de pasiones, saltos, vuelos
entre las arboledas, en las vírgenes
maciegas, anunciando los fervores
de la sangre ardorosa y van diciendo
también la brevedad de la existencia
de esos alegres niños de los bosques,
sanos, impetüosos, juguetones,
embriagados de amor, incinerados
por tanto fuego juvenil, murientes
primaveras!...
¡No llegan al otoño,

que agarra con tristezas a la fauna
grave y feroz!... ¡Pasea indolentemente
harta de carne, de lujurias, harta
en el eccidio cuotidiano, como
si paseara el delito! ¡Los leones
van, — al cielo la testuz, la melena
huracanada, fulvos, imperiales
dueños de las malezas, sojuzgadas
a zarpazos, sobre las osamentas
enemigas! ¡Van los tigres; espían
los ojos verdes de soslayo; husmea
la hiena a las carroñas de las aves
lejos hediendo; silba la serpiente,
ondula, ahoga al enemigo, lenta
sobre los céspedes! ¡Un fragoroso
rebramar de ásperas gargantas echa
a saltos por los árboles las notas
estentóreas, siniestras, en conciertos,
presagios de sangrientas hecatombes!
¡Y las deidades serenas del bosque,
nacidas para la égloga y los trinos
del amor en los nidos para el beso
fecundo y para dar las armonías
a los umbríos penetrales, lloran
la mortandad sacrílega! ¡Profanan
las batallas al bosque; huyen las ninfas
a las cavernas, lejos del osario,
bajo el dosel de la arboleda! ¡Oh, fieras!
¿Qué cóleras sentís en el insomnio
de las lóbregas noches solitarias?

¿Dónde habéis aprendido? ¿Acaso el hombre
os diera su alma, os enseñara? Digan:
¿qué ciclones os bullen en la sangre?
¿Son las tumbas vacías, que os envían
para traer cadáveres al pasto
de sus hambres sarcófagas? ¿Por qué
de tragedias sembráis las espesuras?
¿Qué edificáis sobre la muerte? ¿No aman
las aves y las flores? ¿No palpita
en los troncos la vida? ¿No se preña
en el humus el germen? ¿La semilla
encinta, hecha pedazos, no perfora
al prado, hacia la luz, en los renuevos
tiernos, jugosos? ¡Oigan los gemidos
de los partos! ¡Ved cómo las yemas
revientan en el fruto en madurez!
¡Es un himno a la vida, ese que cantan
en su perpetuo rebrotar las selvas!
¿Por qué las abate el mal? ¡El tifón
las troncha; los cienos pudren sus fibras;
a los bosques en fangos convertidos
engulle la marisma y en esos fangos
las alimañas van, abriendo tumbas,
arremeten y rasgan a zarpazos,
llenos de sangre y de rugidos muerden
las vísceras calientes; crujen rotos
los huesos en astillas! ¡Siguen unos
contra otros los ejércitos de fieras,
en tumulto acometen de exterminio
y un acervo nefando de odios muertos

en el páramo mudo se levanta,
donde está solo el cuervo!...
—¡Habías nacido,
selva, para el amor, Erdman afirma!
—¡Y para ser destruída!, dice el monstruo.
¡En eso acaba todo! ¡Triunfa el mal,
Erdman, sobre la vida en el insomnio
agitado del Cosmos!—
El filósofo
indica al cielo:
—¡Acaso ese descanse,
oh Sátanas!
—¡Sin paz!, prorrumpe el monstruo.
¡No duerme nunca el cielo!—
¡Por las tumbas
rueda ronca la voz, como un augurio
de maldición, de miedo inconsolable!...

¡EL CIELO INSOMNE!

¡No duerme el firmamento en los relámpagos
que abren los nubarrones, como se abre
la conciencia del hombre en el delito
confesado! ¡Parece que el Eterno
sobre la tierra manda la desgracia,
con la centella! ¡Van las multitudes
de la crápula al hambre, de los faustos
al andrajo, de la pecaminosa
salud al morbo lívido! ¡La Parca
los espera en el fondo con las hoces
fulgurantes! ¡El hogar deshonesto
se hará cenizas; se han de revolcar,
sobre los campos, los océanos para
aniquilarlos con su sal! ¡Sobre ella
pasarán las haciendas, esqueletos
de una funesta apocalipsis, secas
sombras vagantes sobre las blancuras
heladas, bajo el sol rojo, — un incendio
inmóvil en la altura en implacable
fijeza! ¡Irán, sobre la sal, gibosos
los hombres, hocico en tierra, las manos
en tierra, moviendo la grupa! ¿Acaso
son mejor que la fauna? ¡Aúllan como ella,
en un quejido interminable! ¡Vela

el cielo en la tormenta; no descansa
al pecado castiga en el insomnio!
¡Pero vela también en las quietudes
del azul manso y sereno, en un rezo
de alma inocente! ¡Parece plegaria
ese bueno mirar de su pupila,
como miran las madres, cuando cantan.
sobre las cunas, las dulces novelas!
¡Clemente para el hombre, como aljófar
a la flor sedienta en la hora nocturna,
oh cielo, extiendes el manto seráfico,
profundo, en calma, sobre la conciencia
humana, exacerbada en la batalla,
con una paz de claustro, tan augusta,
como oración de niños! ¡Cielo insomne,
nunca manches tu faz con los colores
grises de las tormentas y no pierdas
hombre la doncellez del alma! ¡Cuida,
plácido, la luz suave de tus astros,
las fablas misteriosas de las noches,
arrullos a los justos en el sueño
hondísimo, que dice las arcanas
cosas de la esperanza! ¡Vive, oh cielo,
eternamente quieto, en la serena
mansedumbre, de vida consejera
a las mentes suicidas! ¡Que descienda
tu paz a mitigar las doloridas
mentes! ¡Hacéis llorar a vuestras madres,
que os adivinan los silencios fúnebres!
¡Y esos ojos cansados, venerables,

perennemente pronos sobre el alma
de los turbados, cuida, o cielo! ¡Diles
a los humanos: canten el idilio;
crean en la vida! ¡Diles de las niñas,
que fueron buenas, la existencia breve
sobre la tierra, — celestiales, como
los rezos de los astros, en las noches
castas sobre los campos! ¡Dulcemente
atisban sus pupilas y no saben
el rencor! ¡Son luces de paräiso,
santas, serenas como la mirada
de las Inmaculadas, sobre el rostro
de las novicias, desde las campanas
de cristal, en las celdas olorosas
por incienso lejano, el humo sacro,
bajo las naves curvas, en la hora
del *Sanctus!* ¡Y cuéntale las leyendas
de esas novicias, para que reciban
fuerzas y ejemplo de sus vidas, limpias
como los pétalos nacientes! ¡Pasan,
adoratrices, de rodillas, bajo
los crucifijos de marfil, hieráticas,
en el cenobio orando entre las luces
de los cirios, cerca de las violetas,
que retoñan al pie de los vetustos
muros musgosos! ¡Cuántos años esos
lirios en Dios vivieron! ¡Y pasaban
pasiones, cataclismos! ¡De rodillas,
sin conocer ningún ruido del mundo
profano, comulgaban, en perpetua

oración hasta la vejez extrema,
blancas, como la hostia, hasta la caja,
donde las acostaban, con las palmas
juntas arriba, a Dios, las palmas frágiles,
que tejieron guirnaldas en los días
de la Purísima! ¡Iban al empíreo
en las hileras luminosas! ¡Dios
las recibía!...
¡Iban los anacoretas
largos, enjutos, macerados, lívidas
caras atónitas; iban a narrar
los ásperos insomnios del desierto
espíritu en penitencia, la angustia
del recuerdo de amor, crucificado
por el zarpazo del desdén, los ojos
ardorosos en las frías pupilas
de la mujer amada, en la sonrisa
dominadora! ¡Oh sierra, que serruchas
al alma enferma en las horas nocturnas,
tan desoladas! ¡Recordar os hace
el insomnio a los tálamos convulsos,
las delicadas curvas, las corolas
con perfumes de carne! ¡Habéis libado,
oh ébrios juveniles, en las copas
el vino afrodisíaco! ¿Por qué
habéis libado tanto? ¡Pero un día,
en medio del festín, el Nazareno
os llamaba! ¡Creisteis! ¡Alejados
en la tebaida, retoñó el deseo;
os mantuvo despiertos! ¡Impetuosos

bramábais el deleite! ¡Aparecía
todas las noches, divino fantasma,
a torturaros la mujer! ¡Más lejos
suenan las soledades del desierto
de rugidos leoninos, de enigmáticas
frases de esfinges, de susurros suaves
de palmeras y deslizarse quieto
de los arroyos al oasis! ¡Cerca,
sobre tu mismo oído, anacoreta,
late tu corazón tic-tac, tic-tac,
a recordar la dulce melopea
femenina, los besos, los ardores
del pasado ya extinto! ¡Tú has sufrido!
¡Te da la mano el cielo!
¡Tú pasaste
la hora juvenil, sonriendo ingenuo,
con la fe en los amigos! ¡La traición
acongojó a tus horas; la tebaida
agarró tu amargura en su silencio
sin esperanza, frío, la mortaja
sobre el alma eucarística, la escarcha
sobre las risas de la primavera!
¡Tú trabajaste con virtud! ¡Jamás
te transvolvió la orgía a los peligros
de la muerte moral! ¡Eras tenaz!
¡Sobre el hambre y la sed habías fundado
el honor de tu casa! ¡Mala suerte
te trajo la pobreza! ¡Hacia el Eterno
a orar te fuiste en el desierto! ¡Ahora
te recibe en el cielo! ¡Cuántos sois!

¡Qué tropel inaudito irrompe y grita:
dadnos el sueño, Dios! ¡No hemos dormido
en nuestra vida fosca!
¡Magdalenas,
almas sedientas, cuerpos desgarrados,
alegres trotadoras de las calles,
la fuente no tuvisteis, que os saciara
en el peregrinar, oh portadoras
de la muerte! ¡La rubia cabellera
desmelenábase en la orgía! ¡Blanda,
perfumada con sándalo oloroso,
era la almohada para las cabezas
embriagadas de amor, en el apuro
de acabar con la vida! ¡No dormíais!
¡Adheridas al cuerpo del amante,
tuvisteis miedo de perderlo! ¿Acaso
no era vuestra alma, no era vuestra sangre?
¿La falta de ese bien no era la muerte?
¡Y cuando su perfidia destruyó
todas las esperanzas, Dios alzaba
a las arrepentidas, — de rodillas
en penitencia acerba y para el cielo
a pedir sueño fuese vuestro espíritu,
que no tuvo en la tierra!...
¡A pedir paz
a Dios, se van los genios en tumulto,
los creadores del futuro! ¡Oh, insomnes!
¡Qué torrentes! ¡No hay diques! ¡Que no veis
cómo resbalan y saltan las aguas
y cómo rompen el aire y rebullen?

¿Quién detiene a los genios? ¡Ni el silencio,
ni el vilipendio pueden! ¡Son atletas
sin pan, sin fuego, cubiertos de harapos,
repelidos como canes rabiosos,
como el peligro! ¡Acarician imágenes
luminosas en la marcha sonámbula,
las crean de la nada, en huracanes
que arrasan a lo añejo, paladines
de ritmos nuevos, héroes morituros
al pie del lábaro! ¡Atónito el mundo
sigue instintivo, no comprende, ríe
al ensueño lapida y crucifica;
quiere los soles apagar, llenarlos
de lodos funerarios! ¡Y caminan
incomprendidos, férreos misioneros
del nuevo credo, apóstoles sublimes,
hacia las cumbres y se ven las cosas
cambiar de rumbo sobre los martirios,
las cosas agarradas por sus manos
robustas, a empujones a la luz
del futuro! ¡Crean la verdad; mueren
sobre la cruz escarnecida! ¡Cuántas
rotas ergástulas! ¡Patrias conquistadas
cuántas han sido! ¡Esclavos redimieron
con el martirio; rompen sus cadenas
sobre los hombros del esbirro! ¡Quedan
de esos tiempos pasados los recuerdos;
se oyen los ecos de fieras catástrofes
lejanas retumbar con los fracasos
de ejércitos destruídos en la caída

de acrópolis y pueblos! ¡Sinfonías
de dolor y de miedo cruzan raudas
la ruina inmane; pasan los monarcas
fugitivos sobre polvos de tronos,
en el tablado ruedan las cabezas, —
corren las reinas desgreñadas, mésanse
en el terror de la matanza el pelo!
¡Traspasados en ristras por las picas,
entre el guiñar de canallescas plebes,
que baten palmas frente a la siniestra
lúgubre aparición, están los niños,
como sangriento lábaro, llevados
por la turba homicida! ¡Van los siglos
nuevos a demoler delitos! ¡Caen
en la brecha sobre sus Evangelios
los precursores predicando; mueren
porque preparan la mejor justicia,
el mejor pan, la piedad para todos,
el sol de Dios para el palacio, el sol
para la choza pobre! ¡A cada etapa
un calvario señala y no se acaba,
mientras no acabe la avaricia, guía
y fin del hombre!...
¡Luego los artistas
entraron en falange al esplendor
del cielo con sus vidas dolorosas!...
¡Crean al alma humana; crean la excelsa
del mundo arquitectura! ¡Cuánta pena!
¡Corolario el dolor, el infortunio!
¡Conocéis esas vidas! ¡Qué alboradas!

¡Son de alegría juvenil las fiestas;
cantos y danzas ebrias con mancebas,
coronadas de pámpanos y besos,
de amantes! ¡Después los talleres tristes,
la obra sin recompensa, polvorienta
y mustia, un artista mudo girando,
como un sonámbulo, en torno; derrotas,
hambres, sepulcros! ¡Luego los muchachos
en andrajos, cerca del viejo león,
caído sobre la melena en desorden,
sobre la osamenta lívida, — solos
entre la turba, pobres pordioseros
o delincuentes!
¡Se abren en dos alas
las muchedumbres del empíreo; pasan
en medio los artistas; del Eterno
llegan al solio fulgurante! ¡Se oyen
salmos graves, solemnes de esperanzas
y los coronan de laureles, premio
a la ansia insatisfecha de vivir
en el futuro, este *jecor sublime,*
numen de la obra! ¡Y Dios os bendecía
porque pasar os vió sobre la angustia,
tenaces en el Credo! ¡Me arrodillo,
bardos! ¡He recogido en las praderas
el ímpetu del germen, de los troncos
los zumos escondidos, la energía
que repreña las células del mundo,
el abismo, el *fastigium* de la historia
y os doy en homenaje esos gigantes

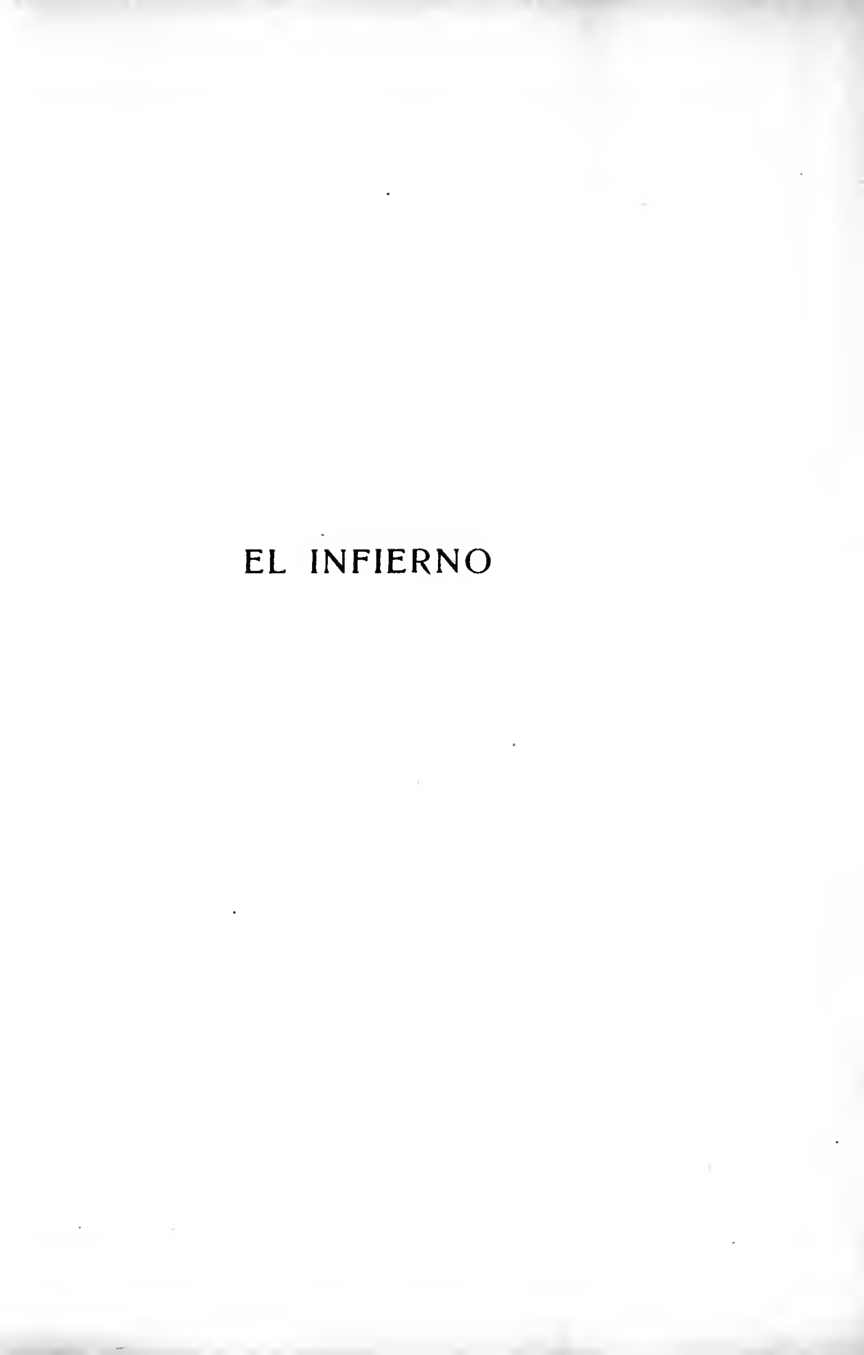
vigores! ¡Descansad en el·empíreo!
¡No habéis dormido nunca! ¡Vuestro andar
no tuvo paz; os acosó el sarcasmo;
no tuvo sol el alma conturbada,
zaherida por la envidia, hecha pedazos
por la maldad! ¡Ojalá os diera el cielo
esa ventura, que no os dió la vida:
dormir!...
¡Penetraron los humildes
hasta el trono de Dios y le decían:
dadnos la paz, Señor! ¡Hemos caído
tantas veces! ¡Rodábamos de bruces!...
¡Era nuestra alma muda, solitaria,
el traje era arambel, la casa un sótano,
nuestras horas llorar sobre los hijos
de pena enfermos, de miserias sobre
el cubil y esperar a las muchachas,
que huyeron de la casa y no volvieron
más... y mirar al cuarto melancólico,
donde durmieron vírgenes y verlas
por las calles errar pecaminosas,
arrastrando las sedas deshonestas,
mientras la mujer nuestra reza y llora,
en un rincón para que nadie vea!...
¡Dadnos la paz, Señor! ¡No hemos dormido
nunca!
¡Y penetraron en tumulto,
en tropeles, al cielo los obreros!
¡Con ellos va el taller y la alegría
en la jadeante brega de las máquinas!

¡Quieren llegar ligero, ver los hijos,
acariciar el alma de las madres,
besándolas en los cabellos blancos,
quieren rehacer del brazo de la esposa
esas horas de amor, que fecundaron
los hogares con sol, en la odisea
por la existencia!...
Y genios y tebaidas
y claustros y talleres al empíreo
llegaban en falanges agitadas,
clamaban en tumulto:
—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!
¡Queremos ser felices!—
—¡Ignoraban
el insomnio del cielo! ¡Vieron pronto
que las fiestas no alegran al espíritu
inquieto! ¡En esa inercia interminable
se aburre el alma en tétricos hastíos
y no consuela la plegaria en esas
mansedumbres seráficas! ¡Monótona
farfulla cruza el éter, como estéril
rumor, como un lamento de derrota!
¡De la turba en los ojos no hay miradas
serenas; son pupilas torvas; no hay
sino cansera de almas! ¿No es mejor
la lucha, las heridas, el tumulto
de la violencia que morir de hastío
sin terminar jamás? ¡Oh, equivocados!
¿Dónde está la ventura?
¡Estupefactos,

sombríos, como duendes, caminaban
por las constelaciones!
¡La alma angélica
que entró en nosotras deja unas perezas
tristes hasta el suicidio, unas inercias
hondas, unos desasosiegos, como
en la tierra! ¡Señor equivocado,
tu bondad te engañara; te apiadaste
de la angustia del hombre! Tú pensabas:
¡la paz les dará el cielo!
¡Has olvidado
de cambiarles el alma, omnisciente
bondad! ¡Son hombres así mismo! Gritan:
¡no queremos la paz, guerra queremos!
¡Dadnos los sufrimientos, el amor,
el pecado; nos agiten las pasiones,
destructoras de fibras! ¿Por qué quitas
la fecunda inquietud, los alborozos
en la brega de fuertes, las conquistas
del genio, la mujer, el oro, el ímpetu
hacia el futuro, nunca conseguido,
anhelo siempre y el derecho al dolor,
a extinguirse, a revivir en el mundo,
en la transmutación perenne? ¡Tú
quitas, Señor, la vida y das la inercia!
¡No queremos la paz! ¡Hacia el pecado
déjanos ir, hacia el martirio! ¿Acaso
no es mejor la pasión, ¡Es cruz y goce,
es fuerza!—
¡Huyen las almas en silencio,

lejos del firmamento hacia la tierra,
y a los que llegan anhelantes dicen:
volved, si no queréis ser devorados
por el tedio; volved al sufrimiento,
que el cielo no da calma, engendrador
siniestro del fastidio, más inquieto
que la tierra maldita por vosotros!
¡En un desierto páramo se queda
tan sólo Dios, como un enigma trágico!
¡El cementerio calla, consternado
por la blasfemia; pónese a rezar
en desagravio, en medio a los perfumes
de las flores votivas, saturadas
dc los olores del rocío y dejos
sabrosos de humus y cortezas... Luego
se oye la voz del monstruo:
"¡El mal triunfa!"





EL INFIERNO

¡En la nocturna paz, una brutal
carcajada sonaba entre las tumbas,
un himno horrendo se oía!
—¡Hablad! ¡Hablad!,
Erdman increpa, estremecido. ¿Quiénes
vosotros sois? ¿Por qué sois condenados?
—¡No hemos sentido amor! ¡El corazón
es un témpano sólo; el egoísmo
hace un desierto en él! ¡A nuestros hijos
a la inclusa arrojábamos; de frío
abandonadas perecen las madres
y de hambre! ¡No damos a la pobreza
de los viejos el pan; nos maldijeron,
nos agarró el infierno!
—¿Quiénes sois
vosotros que fugáis tan apurados?
¿Cuál fué vuestro delito?
—¡Fué el rencor!
¡Con la ofensa vivir, acariciarla,
meditar la venganza, no otorgar
el perdón nunca, recubrir de oprobio
las memorias más santas! ¡El infierno
castiga! ¡Solitarias en silencio
por sus antros vagamos en eterna

y dolorosa ronda! ¡No habla nadie
con nosotros; se secan en parálisis
las lenguas en las fauces, como fuesen
pedazos de maldita carne! ¡Aislada
como una estepa queda el alma! ¡Nadie
consuela sus mudeces por los siglos
de los siglos!
                    —Digan: ¿aquellos niños
con la cara en arrugas, con los ojos
en llanto, por qué os arrojan el lodo
de los pantanos? ¿Cuál vuestro delito?
—¡Son hijos de la calle! ¡En los umbrales
duermen; comen los desperdicios; es
el cielo su techumbre, el sol la ropa,
el aire su tugurio! ¡El hospital
los recoge, los mata, carnes pútridas
del sepulcro, sin rezos! ¡Oh, benditas,
alegres inconciencias! ¿No sois dueños
del universo acaso? ¿No corréis
libres, como los vientos, los caminos
entre los hombres tristes? ¿La palabra
de los pálidos labios no nos cuentan
el júbilo o el dolor de vuestra vida,
la hora helada del invierno, cuando
sobra el andrajo y falta el pan? ¿Acaso
en los umbrales no esperáis el sueño
a media noche, hechos montón de trapos,
del farol sucio en la penumbra, en la hora
que fumáis las colillas recogidas
en las veredas? ¡Cerca de vosotros

recorren las señoras, deslumbrantes
de sedas y de joyas, en carruajes
tibios hacia sus casas! ¡Oh, pequeños,
de las pobrezas ídolos! ¿La envidia
perra os aferra, acaso?
—¡Te equivocas!
¡Si socorren al pobre, sean benditas!
¡Echando por los labios los humazos
de las colillas, eso contestábamos,
sin envidiar!
—Y digan: ¿por qué arrojan,
lívidas chicas de la calle, el lodo,
sobre la espalda de los condenados?
—¡No respetaron la inocencia! ¡Hacían
trabajar nuestro cuerpo, hasta el cansancio,
la enfermedad y el sepulcro! Eramos cosas
contaminadas de burdel! ¡Los truhanes
con la deshonra se hartan de las vírgenes
incautas!
¡Trabajar, no dormir nunca,
matarnos de hambre en sótanos obscuros,
los rapaces gritaban, eso fueron
nuestras horas de niños!—
Era un coro
de roncas voces:
—¡Basta de costuras;
hacen doler el pecho; no queremos
toser más tiempo!
¡Sigan la fajina,
si no la fusta os cruzará la espalda!

¡Verdugos, triunfasteis! ¡Somos muertas,
pero la inquina queda; la venganza
y el barro del pantano ha de manchar
vuestro cadáver fugitivo! ¡Nunca
llegará la quietud! ¡Andar, cansarse,
de nuevo reandar, hasta que acaben
los siglos, un enjambre de epilepsias
en marcha, a saltos, lejos, es la vida
vuestra! ¡Por los berruecos del infierno,
fugáis, oh perseguidos! ¡No hay descanso!
¡Ansáis en la fatiga dolorosa,
en la asfixia convulsa, con la tumba
siempre delante, sin morir jamás!...
¡Los dorsos fugitivos corren, corren
como rodar de peñas en pendientes
interminadas, velozmente, a guisa
de caída brusca, pavorosa! ¡Cuando
la multitud perezca y todo calle,
sólo se oirá la fuga ansiosa, sobre
los silencios... eternos!

¡Precipítanse
los tutores infieles, los ladrones
del dinero al enfermo, al impotente,
el sicario, el traidor, el simoniaco,
el juez venal, el médico parlero,
que revela secretos familiares,
ferozmente arrastrados por las víctimas
ultrices! ¡Es tumulto, es zinguizarra
la espelunca!

¡Hay silencio de improviso!

¡Se ven unas cohortes de caudillos
en el limbo sentados! ¡La indolencia
los fijara en el suelo, como inmóviles
rígidas momias! ¡No mueven los ojos
lívidos, sin pupilas, ni los cuerpos
maculados de sangre! ¡Son atónitos,
que miran el pasar de las catervas
en el apuro de la brega; ignoran
el vivir nuevo del presente; son
estaláctitas de pasados siglos!
¿Qué es este ruido? ¡Vamos! ¡No despierten
a nuestras almas! ¿Y qué importa el sol,
el tráfago agitado, los fragores,
que sacuden la tierra? ¿Por qué gipan
cansados? ¿Dónde van? ¿Quieren cesar,
antes de haber vivido? ¡No molesten
nuestro descanso! ¡Déjennos sentados
de los ombúes a la sombra! ¡Acaso
no turbáis el silencio de los campos
con vuestros trenes? Digan: ¿no es mejor
por la Pampa vagar, a la tropilla
a ponchazos arriando, que correr,
sin saber para donde, tras la máquina?
¡Están enloquecidos; van a saltos
por las ciudades y los campos! ¡Antes
era nuestra llanura melancólica
una infinita soledad! ¡Silbaban
los vientos, por los pastos, sin barreras,
a la carrera, al horizonte a pique!
¡Tropeles de baguales se veían,

con las crines volando entre los cierzos,
en libérrimas fugas, relinchando
con alaridos largos y la hacienda
policroma coreaba, en sus bramidos,
en copiosos rodeos! ¡Multiplícanse,
en los connubios impetuosos; bajo
el sol ardiente, a la ventura van
sin rumbo por la Pampa, como el alma
nómade y triste por la vida! ¡Fieras
en malezas y selvas escondidas
paseaban las mandíbulas, abiertas
a la matanza, afilaban la garra
en la roca, sacando chispas! ¡Voz
humana no se oía en el silencio
vasto, turbado por rugidos, como
en la conciencia delincuente! ¡A veces
rumores de batallas, embestidas
de toros y de leones, un eccidio
de hecatombe, anchos cementerios, donde
se harta el cóndor! ¡Montañas de esqueletos
al sol blanqueaban, sobre el hervidero
de marismas y vermes, apurados
en necrófila angurria, vaho mefítico
de la muerte, cerca a las tolderías,
donde duermen las hordas ahitadas
de aguardientes y crápulas! ¡Acaso
pasó el malón, entre la sangre cálida
del exterminio, sobre las humeantes
vísceras desgarradas! De las bocas
golpeadas por las palmas, alaridos

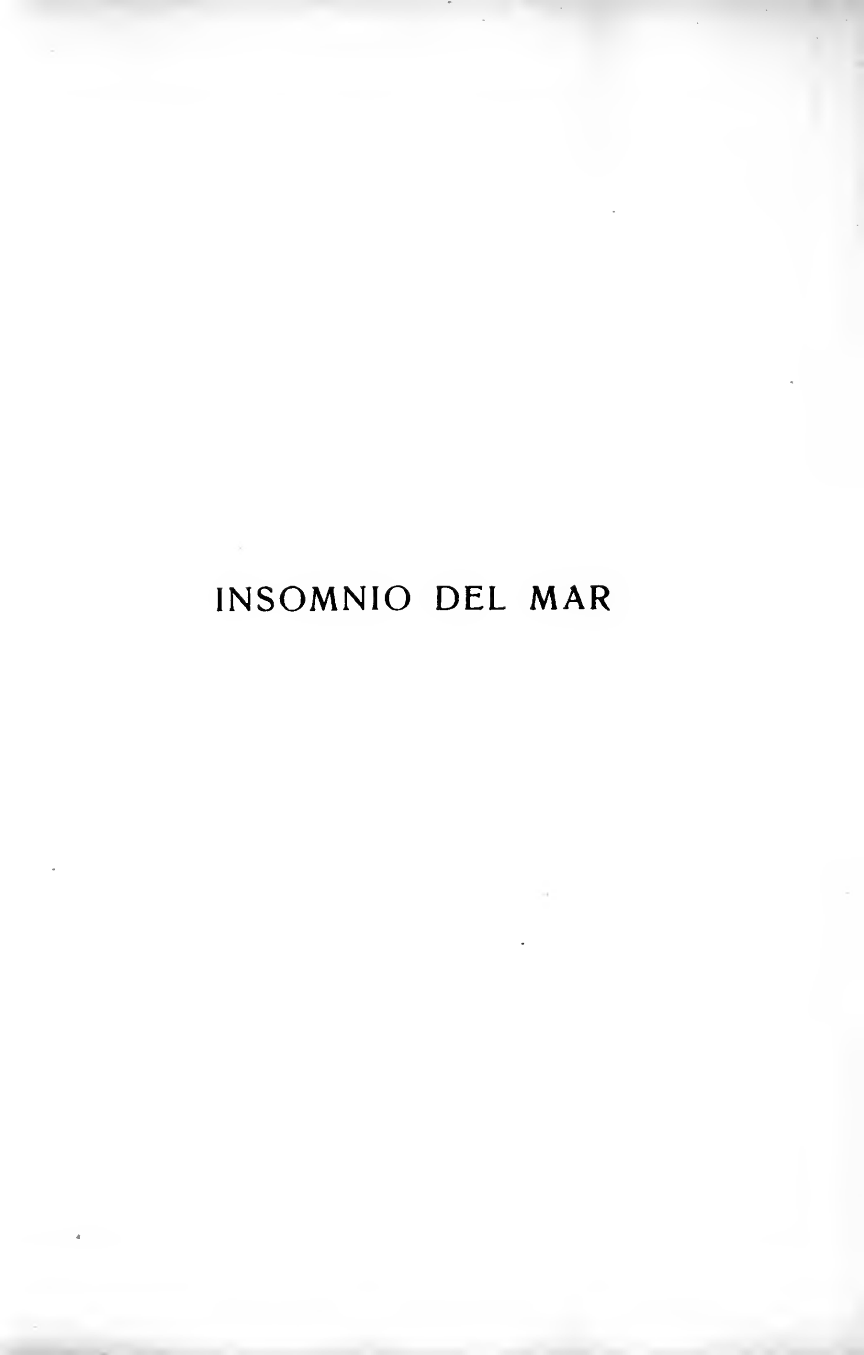
y befas estallaban, como fueran
escarnios, bofetadas al osario!...
¿No es ese grito de hombre más feroz,
que el rugir de la fiera? ¡Primitivas
liras de los desiertos, chirriar de águilas,
carniceras, vociferando los triunfos
de las garras sangrientas! ¡Oh, graznar
del cóndor, rudo como el ventarrón
que tritura y levanta la nevasca
de las cumbres! ¡Recua apocalíptica,
inmensa sombra ambulante, bajo
el fuego del sol, toros trepidantes
al cielo la testuz en el vaivén
genésico, mugir, relinchos sobre
el parir de los pastos! ¡Sinfonías
de las llanuras de la patria, bárbaros
tumultos de torrentes, retronar
de la tormenta en los desfiladeros
arrasando la selva, terremotos
destructores de cordilleras! ¡Cuervos
en asamblea, en clamor sanguinario,
a picotazos comiendo las podres
de la osamenta! ¡Pampa en soledades
funéreas! ¡Oculta los delitos
en la pradera inmensa, — las civiles
reyertas a fuego, a sangre! ¡Los muertos
yacían a fertilizar el humus
de coágulos llenado, como fueran
virgínea linfa, cuajada en el cuerpo
de la vejez marchita! ¡En todas partes

con la luz, con la noche una mudez
sepulcral! ¡Era la llanura triste
y sola, como alma abandonada
sin quejas, sin consuelos!
¡Y vivíamos
sin trabajo, escudriñando el enigma
obscuro, huraño de la pampa, el ruido
de las lejanas villas, apuradas
por devorar las leches de los campos!
¡Sobre el recado volcada la pierna,
en la rodilla el codo, la mejilla
broncea en la palma abierta, la pupila
al infinito, embriagada en misterio,
paso a paso errabundos, escuchábamos
de la llanura el alma entristecida
en los dolores de las vidalitas!...
¡Todo es violencia ahora, empujes, saltos
y ritmos de obra férvida! ¡A los muertos
dejad en paz, siquiera!
¡El ventarrón
al infierno sacude; envuelve, lleva
a los caudillos entre polvaredas
de carbones y de ascuas! ¡Ruedan, van,
se flagelan el cuerpo en la calígine;
se destrozan los ponchos, el trabuco
en la hornaza revienta!
—¡Por piedad.
dejadnos descansar, claman las almas
perezosas!—
¡Arrecia el viento, oculta

su fragor los lamentos; los turbiones
arrastran las matanzas seculares
de la civil reyerta; los cadáveres
mutilados se azotan en el vértigo,
empujan las espaldas fugitivas
de los caudillos! Gritan:
                                        — ¡No supisteis
sino matar! ¡Nunca tendréis descanso!
¡Sois injustos! ¡Era nuestra vida
holocausto a una fe, el amor de patria!
¡Morir por ella fué nuestro Evangelio!
¡Por los campos desiertos, en las vastas
soledades, en la hora del peligro,
las rebeldías supimos, brutal odio
al vasallaje! ¡Vino la pelea,
la muerte vino, para sacudirlo,
en las guerras civiles! ¿Fué delito?
¿Por qué nos dieron a beber los ímpetus
del Pampero? ¿Qué se hace el hombre solo
en la Natura, oyendo los rugidos
lejanos de los tigres, el bramar
de los tifones hacia el horizonte?
¿Cuál alma se produce, cuando tuerce
al potro, corcoveando por los llanos,
o cuando pecha al toro y lo hace caer,
rodando por los céspedes? ¿Acaso
tiene el facón para oraciones? ¿Quieren
que sea un angélico el llanero? ¡Está
obligado a vivir de su victoria
sobre la soledad, sobre el peligro

en la batalla con la fiera, en medio
del adverso elemento! ¡Dadnos sueño!
¡Recordad que la patria salió incólume
sobre nuestros cadáveres! ¡En paz
a los muertos dejad!

¡El anatema
entre las tumbas resonaba, como
un castigo fulmíneo! ¡Entristecido,
apoyado a un sarcófago de piedra,
solo en el cementerio, Erdman recuerda
el dolor de la patria, que naciera
para las albas gloriosas! ¡Todas
las galas de Natura coronaron
su frente noble! ¡Desgarró su entraña
la sangre fratricida; arrodillóse,
sobre tumbas rezando por el alma
de los hijos! ¡Era como una novia
coronada de mirto, en oración
sobre el sepulcro de su bien amado!
¡Y mientras el filósofo se agacha
de sus amores a besar la tierra,
se oyen cantos que dicen el insomnio
del mar!



INSOMNIO DEL MAR

¡Nunca ha dormido! ¡En las auroras,
cuando chispea el sol sobre las aguas,
las riñas de su noche cuenta el mar!
¡No hay reposo en su seno! ¡Los amores
son celos homicidas; aparecen
boyando inertes los pescados; tienen
la córnea opaca, lívido el hocico
teñido en sangre! ¡Corre un miedo; se oyen
alaridos de lejanas batallas,
lúgubres ululatos de agonía
y negrean inmanes los cetáceos
moribundos, convulsos! ¡La pelea
sobre la superficie los arroja, rompe
y deshace sus carnes! ¡Poco a poco
se calman, flotan, están muertos! ¡Son
como crespones fúnebres! ¡La noche
a las playas obscuras los estragos
oculta! ¡Son blandones las estrellas
y tétricas salmodias los lamentos
del viento raudo, el rumor de las olas,
como angustiosos misereres! ¡Nunca
el mar reposa! ¡Estalla la tormenta
por enjambres de espectros sacudida
y el relámpago mézclase a la espuma,

que revienta en los aires! ¡Arrancadas
de cuajo al hondo océano se azotan
con su cimera verde, hacia los éteres
grises las ondas; se dilatan lejos
los largos rugidos del trueno; vense
en el mar apagarse las centellas,
entre chirridos ásperos! ¡Resopla,
se eleva, se hunde el ciclón, la revuelta
entraña busca del agua, barriendo
furïoso las nubes, en montones
para bajar después a las cavernas,
arrastrando las peñas! ¡Tiñe en sangre
a la iracunda gorga! ¡Una matanza,
al caer los macizos, se produce
en el fondo del piélago! ¡La calma,
después de la tormenta, da quejumbres,
que a lo lejos se borran en desmayos
infinitos de ritmos tan lentísimos,
como sordinas fueran de las brisas,
como fuera un *morendo* de las aguas!
¡Insomne mar, pupila vagabunda
como un tul de esmeraldas por las playas!
¡Observas agitadas las pasiones
en desazón perenne, los combates
por tu dominio, el surco de las quillas,
con orquestas de máquinas crujientes,
y el resoplar popófaf! apurado
de chispas y humos en los borbotones
que salen de los caños, hacia el cielo!
¡Ves la estiba repleta de trigales

de las siegas copiosas, en trabajos
férvidos! ¡Se aglomeran en los barcos
esas luchas del hombre, a la conquista
del universo! ¡Oh, insomnio de los mares!
¡Las horas gritas del combate, cuando
vuelan las chapas, las gavias, las máquinas,
trozos de torax y vientres, sangrientos
muñones, y la nave precipita
en la brusca, naufrágica tiniebla
y los ahogados bajan a los vastos
mausoleos en lo hondo de la sirte,
a desposarse para el viaje eterno!
¡Son las algas las flores de la boda,
es la marcha nupcial el cañoneo,
creador del martirio! ¡En las lejanas
riberas llora el marinero viejo,
las madres rezan, aman los recuerdos
las novias, en sus cuartos desolados,
y dicen de rodillas la plegaria
para los héroes, que no vuelven más,
empapando en sus lágrimas las flores,
que de tanto esperar se marchitaron,
besadas en silencio!... ¿No sabéis?
¡Por las tardes se sientan en las playas,
las madres a espiar al horizonte
y ven llegar fluctuando los cadáveres
hechos pedazos de los hijos! ¡Eran
los juveniles ojos el amparo
de las horas caducas! ¡Cómo imploran!
¡Que a las madres no manche el exterminio

de la riza sangrienta! ¡Unico lábaro
flamee la paz! ¡Haya misericordia
y amor, vida del mundo!
¡Mar, no duermes!
¡En las calmas solemnes, bajo el cielo
quieto y azul, cuando apenas ondulas
de horizonte a horizonte hay un peligro
escondido en tu seno, unos enojos
de tormenta bravía, una salvaje
continuada acechanza! ¡La perfidia,
acaso, repta entre tus aguas! ¡Fueron
a desafiar tus iras y el encono
de las bonanzas amenazadoras,
los nautas glorïosos, a lo ignoto
en marcha temeraria, los poetas
de los periplos peligrosos! ¡Vasco!
¡Lígur atormentado, oh visionario
de ocultos continentes! ¡Cuántas veces
os acosara la borrasca! ¡Cuántas
irguióse Adamastor, en gigantescos
odios a los profanos, sobre la ola
homicida y revuelta, en soledades
vastas y tristes, como el desamparo!
¡Habéis oído cantar la *Avemaría*
en las brisas del mar, oh navegantes,
cuantas veces en notas de naufragios,
la oíais apoyados a la borda,
recordando las nativas marinas,
frente al occiduo sol, que se entra al agua
en un poema de melancolía!...

¡Pensábais en la casa solariega,
donde esperan los hijos, donde vaga
la anciana madre, rezando el rosario
y la novia contempla el vïoleta
crespón del mar de oriente, en que se eleva
la noche, entre tañidos de campanas
ondulando!... ¡Lágrimas silenciosas
van sobre el pecho bronceo del marino,
en tan callado Gólgota!... ¡La noche
al mar invade, cubierta de estrellas.
la barca salta sobre el agua, corre
en lo obscuro escarceando, inquieta siempre,
como el mar que la empuja! ¡Adiós, inmane
trágico, sacudido en la batalla
por el hombre, que tu dominio anhela
y mancha tu belleza en el estruendo
de los cañones, en los estampidos
de los destruídos mástiles! ¡Se fueron
alejando los dioses tutelares
de las calmas solemnes y los castos
plenilunios en el horror guerrero,
en los rugidos de exterminio! ¡Muertas
flotaban las sirenas fascinantes
de musgos y algas coronadas! ¡Eran
acariciadas por el viento eterno
del mar en las profundas soledades!
¡Y flotaban bajo los esplendores
de la luna viajera, como estatuas
blancas de mármol, mudas las cantoras
de las viejas poesías de las aguas,

las serenatas del amor, el verso
de los naufragios solitarios! ¡Iba
en la penumbra lúgubre la nave
fantasma, como un féretro, facundo
de gritos, de pasiones, toda el alma
del mar inquieto, encerrando en su entraña!
¡Vive desde el principio de las cosas
y de vivir no cesa, hasta las últimas
horas del mundo, en un eterno insomnio
como un romero, que buscara paz,
sin conseguirla! ¡Salen elegías
de su orquesta agorera; van narrando
en el silencio de las noches lóbregas
las agonías de los vencidos, luego
las agonías de los vencedores
en los ciclos fatales, donde sigue
a los fastígiums el abismo! ¡Cerca
del Capitolio pende amenazante
con sus escarpas la roca Tarpeya
a toda hora!... ¡Calienta a la carroña,
que es la muerte, el sol síntesis de vida
y los gusanos van, por entre el humus,
a fecundar la rosa en primavera
que es la gloria!... ¡Los pétalos se secan
y esa gloria se va para la muerte
y la derrota arrasa a vencedores
y a los vencidos hacia un mismo osario
en el insomnio acerbo de los mares!

*
* *

¡Del Cosmos el insomnio Erdman escucha
esa noche, cantado por los bardos
de las buhardillas pobres, que salieron
de los sepulcros en blancos sudarios
a acompañarlo por el cementerio!
¡Era la trova intensa, la embriaguez
de las cosas, en perenne zozobra
de nutrirse, crecer, en metamorfosis
crear la nueva célula, destruirla,
recrearla de nuevo, dar la síntesis,
de primaveras causa y del sepulcro,
de vida y muerte, una brama impetuosa
incansable y eterna de obra sana!
¡Mirad del mundo la inquietud! Un beso
ardiente suena! ¡Estalla, por el ámbito,
de las moléculas un gigantesco
himeneo! ¡Derrama las salivas
fecundadoras sobre el surco abierto
en las entrañas de Naturaleza
ávida, estremecida, sitibunda
de amar y de parir! ¡Todas se ofrecen
las cosas virginales al cruento
sacrificio!... ¡Retiembla el universo!
¡Hincaos en reverencia! ¡Pasa el polen
y trïunfa el amor en las latebras
encintas de la tierra, saturada
de fértiles lujurias! ¡Salve! ¡Salve,

divina borrachera, engendradora
de las cosas! ¡Hembras, abiertos cálices
al semen que fecunda, varoniles
furias sobre los labios, por deleite
enrojecidos, seres que a la luz
entre el perfume emergen de los amnios
derramados y gritan con vagidos
la conquista del mundo! ¡Augustos, salve!
¡Del connubio ardoroso nace el Todo
en formidable espasmo, entre los himnos
de las germinaciones! ¡El Insomnio
a Natura crëaba! ¡*Hosanna*, oh Virgen!

INSOMNIO DEL ALMA

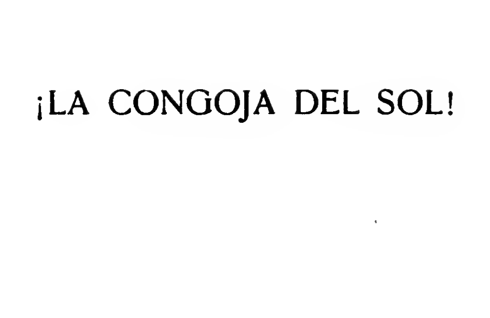
¡Renovar su dolor quieren las almas
en la quietud del cementerio! ¡Rehusan
el descanso! ¡Vagan por los senderos!
—¿A qué venís, oh míseros espíritus?,
Erdman exclama. ¿Acaso ese reposo
en los sepulcros no consuela? Digan:
¿la fiesta de las rosas no os alegra
con sus aromas, cerca a las cenizas?
¿Si canta el ruiseñor en el ciprés,
que da sombra a las losas, no pensáis
en las horas de amor, en el misterio
luminoso del sol? En el silencio
profundo de la muerte no estáis quietos,
espíritus augustos! ¡Nos venís
a contar el enigma tenebroso
del "más allá" en los versos desolados?
¿En la mortaja ocultos los arcanos
tienen vida? ¿Reina el perdón allí?
¿La frente de los malos se ilumina
con la luz de bondad? ¿Ya no hay rencores
¿Reina el amor y la piedad acaso?
¿Para aprender virtud es necesario
estar en el sepulcro? ¿En esa sombra
callada, impenetrable, en el vïaje

a la eterna inconciencia, oh espectros, hay
una divina música, la guía
de vuestra vida vagabunda, voces
de hermanos sollozantes, deprecar
lacrimoso de madres?
—¡No hay, no es cierto!
¡Olvidan los supérstites!
—¿Ustedes
quieren vivir de nuevo y castigar
a los ingratos?
—¡Déjanos, filósofo,
de odiseas penosas, sin bondades,
nada de caminar sobre sudarios
tétricos de tragedias, de amarguras,
en esta lucha bárbara, en un páramo
donde el egoísmo triunfa, señor único,
consejero del hombre, medio y fin
de las humanas energías! ¡Déjanos
vivir en esta ausencia! ¡Aquí las flores
derraman sus aromas sobre el átomo
inocente y primavera circunda
las sagradas cenizas, como fuese
una amante pupila de venusta
novia!... ¡La aurora nos da luz, filósofo,
el fresco del rocío y los gorjeos;
las maldades del día llegan muertas
a las fúnebres losas; en la noche,
Naturaleza reza de rodillas,
entre las cruces blancas, la plegaria
virginal!... ¿Para qué la vida? ¿Acaso

ignoras el presente? ¡Sobre sangre,
desde los siglos tenebrosos, viene
edificando el hombre! ¡Cada etapa
en la marcha hace túmulos de muertos,
pirámides de cráneos! ¡Tamerlán
en los tiempos renace, necesario
carnívoro retoño! ¡Son las hordas
contra las hordas! ¡Sañas y crueldades
copiosas! ¡Y comarcas sanguinosas
con barros de cadáveres disueltos
entre negros pantanos! ¡Por los montes
muchedumbres dementes, choques de armas,
infernal zinguizarra de alaridos
en la pelea, enormes cementerios
por las podres hediendo! ¡Las ciudades
saltan en ruinas por los aires; quema
el incendio las carnes! ¡Una hornaza
hasta el cielo se eleva; los escombros
cruzan la llamarada, como fueran
pavorosos murciélagos! ¡Horrece
el espíritu humano, peregrino
entre la muerte! ¡Busca al ideal
matando! Di: ¿tú quieres tener patria?
¡Mata! ¿Ser libre? ¡Mata! ¡Y si deseas
a tu casa sin mancha, mata, mata!
¿No ves tú la avalancha, la feroz
garra del hombre abierta? ¡Son éxodos
de hambrientos! ¡Te arrebatarán el pan!
¡Serás esclavo sobre los rescoldos
del tugurio en cenizas; tu comarca

desierta yace en soledad! ¡Rehusamos
a la vida volver! ¡Déjanos quietos!
¡Nunca descansa el alma humana! ¡Vive
a través de los años torturada,
la constriñe la túnica de Nesso,
que es la pasión! ¡Acósala el dolor;
son lágrimas sus rocíos, son flores
las coronas dc espinas y es su fin
morir... entre tañidos de campanas,
en el lento ondular de un *miserere*,
que es el perdón! ¡Y cuando sale el sol
a breves ratos, es para mostrarnos
mejor la senda, que nos lleva lejos
pronto a la muerte, como corre el río
fatalmente a la mar y como vuela
la música del cosmos a extinguirse
en el cielo lejano, en tan deseada
mansión de Dios!... ¡Nadie descansa! ¡Cuando
vela en insomnio el alma juvenil
en sus noches quiméricas, recuerda
a la mujer amante, a la divina
forma! ¡No queda solo; en ese ensueño
padece las torturas del amor,
todas escucha las horas nocturnas,
tintineando su ritmo por la estancia,
como fuera el llorar de una agonía!
¡El alma de los hombres es un mustio
y grave violoncello, donde vibran
las ideas todas, todas las pasiones.
Allí el acre serrucho de la vida

estride adentro en su caja sonora
el delito, el rencor, el odio acerbo,
el miedo a la miseria, el conocer
las penas de los hijos! ¿Y si mueren?
¿Por qué trabajan tanto? ¿A qué se tiran
entre los ruidos tempestuosos, donde
se fragua el oro?
¡Llegan las arrugas
al corazón cansado! ¡Son heraldos
de la vejez marchita y regañona
que corre a los rincones de su casa
huraña, solitaria! ¡Hasta los hijos
la abandonan, en busca de otras casas
en pos de la aventura; otras familias
formaron las doncellas! ¡Qué silencio
en la vieja mansión, donde jugaban
en alegría los niños! ¡Sólo queda
sin amor el caduco y los recuerdos
de los tiempos felices lo atormentan!
¡En los asaltos de las multitudes
vertiginosas hacia una ventura
que nunca llega, rueda el alma humana
hacia el informe caos! ¡Sacudida
en los tumultos de la lucha, cuando,
en estentóreo fragorear, pelean
los hombres agitados, ella bebe
el cáliz de la angustia, hasta las heces,
hasta que todo cesa, mundos, almas
en la quietud del cementerio!...



¡LA CONGOJA DEL SOL!

¡Solo
navega el sol el éter y calienta
las ruinas, los cadáveres! ¿Tal vez
ignoras dónde vas, oh solitario
orbe, señor de la melancolía
del mundo? ¿A quién alumbras, generoso
de los sepulcros compañero? ¡Todo
es silencio! ¡Ni el dolor sobrevive,
calvario y savia de la vida! ¿A quién
alumbras? ¿Oh, tú ves alguna luz
de la divina gracia en la tiniebla?
¿Resurge la verdad sobre las lágrimas?
¿Los soldados, muriendo la conquistan?
¿Orbe glorioso, dime: en tu paseo
por esas moles derrüidas, sobre
la árida estepa, sobre el campo yermo
de las matanzas y sobre el callado
yacer de los derrumbes, dime, orbe,
tú ves nacer al ideal del choque
de hombres contra hombres, de la sangre a
[chorros?
¿En la lid gigantesca conquistóse

la libertad, la patria? ¿Sobre el llanto
nacieron los respetos al decoro?
¿Hubo familia, leyes? ¿La justicia
santa, como el Eterno, en las naciones
reinara? ¿Acaban los tiranos? ¿Libres
encontraron los hombres, — en las luchas
de los ciclos destruídos, en la inmensa
catástrofe del tiempo, — la alborada
del amor para todos? ¡Oh, sufrientes!
¡No es el martirio inútil! ¡Cuerpos débiles,
expuestos al naufragio, una viril
mano está cerca a sosteneros! ¡Carne
del alma es la piedad! ¡Nadie se atreve
a codiciar lo ajeno! ¡Con la sangre
de las refriegas ha sellado el hombre
la promesa del bien! ¡Cómo camina
hacia la eterna perfección la vida!
¿Por qué no cantas tu victoria, oh sol
de la mies, del rebaño, prodigioso
numen fecundador? ¡Bajo tu antorcha
los átomos tripudian en ubérrimos
anhelos de crecer! ¡Exulta! ¡Exulta!
¿Por qué ocultas tu faz, por qué no cantas
tus himnos de victoria? ¡Pobre sol!
¡Algo siniestro ves! ¿Por qué los muertos
a la vida rehusan? ¿Qué prepárase
de funesto en el mundo? ¿Son profetas
esos espectros? Di: ¿tú sabes, astro?
¡Tú sabes, que de nuevo a la barbarie,
a la horda vuelve el hombre! ¡Los ejércitos

frente a frente pelean; sus cañones
vomitan el estrago en las metrallas
entre ríos de sangre; la humareda
oculta a los sepulcros; los fragores
al estertor del moribundo, al ay
de los heridos! ¡Saltan las falanges
unas sobre otras con las bayonetas
adentro al vientre; brillan los cuchillos
cerca de las gargantas, al degüello
prestas y se desploman las ciudades
entre las ruinas y el incendio! ¡Violan
los vencedores y exterminan; nada
es sagrado en las orgías borrachas!
¡Cuántas veces ha vuelto la barbarie
en el rodar del tiempo y se apagaron
del honor, del derecho las conquistas!
¿Cuántas veces el hambre asolador
al mal azota al hombre? ¡El hambre manda!
¡Esto tú sabes, orbe gloríoso:
que el hombre emprende su novela marcha
entristecido, fatigado y cuando
lo perdido retoma en el combate,
sobre las hecatombes otra vez,
la violencia destruye esas virtudes
y el mal reaferra al mundo! ¡Tus pupilas
por eso cierras en la gran tristeza;
por eso giras apagado, inerte,
como un enorme féretro, rodeado
de una gualdrapa negra!

¡Erdman conoce

esa senda fatal de los humanos;
ve la cumbre, el abismo, luz y sombra
en las épocas idas y en las nuevas
vendrá la luz, la sombra, cumbre y abismo
hasta las horas últimas! ¡Indican
los muertos a esa senda, al caminar
en esa noche, cerca a los sepulcros
abandonados! ¡Erdman se prosterna
ya moribundo y reza!
—¡Me arrodillo,
Sol angustiado, oh numen! ¡Tú alumbraste
los afanes del hombre hacia mejores
días, alumbras la cruz dolorosa
al Gólgota llevada, las pasiones,
fuerza terrible, omnipotente! ¡Ves
sufrir al niño, a la mujer! ¡Protégelos!
¡Si una alegría tiene tu congoja
para ellos sea! ¡Su candor divino
no se manche jamás! ¡Oh, vivan, vivan,
niños así, pensando a todos horas
en la leticia de las primaveras!
¡Frágil mujer, inconsciente armonía,
símbolo egregio de la forma, vive
de elegantes quimeras soñadora
flor y gracia, meditando las cunas,
llenas de cánticos, de besos! ¡Alma,
vive con tu penar, oh turbulenta
victa energía! ¡Soles, acompañen
su soledad; salven la lira mísera,
rota en los golpes de la desventura.

náufraga triste! ¡Oh, casa solariega,
salmo, que vas narrando los poemas
de amor, que allí vivieron nuestros padres
y los hermanos, — llena de las nenias
maternas, de macetas de claveles,
jardín de las ventanas, — casa mustia,
que te has quedado ya tan solitaria,
porque se iban los padres en los féretros,
y en los féretros se iban los hermanos,
que los deudos cubrían de violetas,
rezando, arrodillados, los rosarios
con los ojos en lágrimas, — harmónium
hoy taciturno de un pasado alegre,
de bulliciosa brega y de martirios,
en tus cuartos amaron las abuelas,
resonaban los cantos de las cunas,
las gestas de los padres sacudían
en odas de heroísmo sus silencios,
los varones intrépidos llegaban
a tu sagrada puerta en las cureñas
rígidos, caídos por la patria! ¡Oh, casa,
noble santuario, vive! ¡Religión
de los mayores, reverencia! ¡Salmos
rezados de rodillas en las horas
de prueba y sacrificios, infantiles
manos alzadas al Eterno, ruegos
de inocentes no caigan al abismo,
si la muerte se acerca donde antaño
pululaba la vida! ¡La borrasca
destructora no toque las sagradas

cenizas de las tumbas, ni sus flores!
¡Oh, muertos adorados! ¡La odisea
fué una congoja! ¡Ahora os estáis quietos
bajo la losa sepulcral! ¡Si acaso
la barbarie retoña, ese silencio
huraño y misterioso, que cobija
vuestro sueño, nadie turbe! ¡En pedazos
si vuela el universo y desparecen
en ese caos las turbas, si el cadáver
queda intacto en las urnas, esperad
un resurgir glorioso! ¿Qué os han hecho
las pobres almas? ¡Cuánto bien encierran
los mudos esqueletos! ¡No sabéis
cuánto lloraron, qué dolores antes
de morir! ¡Y cómo sufrieron tácitos
los más hondos martirios! ¡Oh sacrílegos,
respetad las cenizas! ¡Y esas glorias,
que en el bronce inmortal piden recuerdo,
símbolo de heroísmo, no se oculten
en el alud de las edades! ¡Queden
eternas! ¡Y de la sombra del bronce
dimanen las novelas epopeyas,
fundadoras de patrias! ¡No perezcan,
ni se dispersen nunca las cenizas
de los sepulcros!

¡Se perdió en la noche,
como un gemido, la plegaria! ¡Había
tanto dolor humano en las estrofas!
¡En redor del filósofo arrojaban
mirtos los muertos! ¡Cantan la poesía

de sus amores con tanta dulzura,
como quisieran consolar la fiera
tortura de su mente moribunda!
¡Tenía las palmas juntas hacia arriba,
su alma estaba en Dios, mientras de lejos,
los rugidos del mal se repetían,
contra el ideal inconseguido! ¡Fría
se quedaba la tierra en los horrores
de esas diabólicas estrofas! ¡Muere,
y se lleva a los cielos el ensueño
Erdman de ese ideal, tan anhelado
inútilmente!... ¡Dios ha recogido
al alma derelicta del Filósofo!
¡Hubo silencio! ¡Un coro de novicias
rezó la caridad, arrodillado
al lado del cadáver! ¡Esparcieron
violetas y retamas y una a una
le besaba la frente! ¡No se oía
ninguna voz en la penumbra! ¡El cielo
se iluminaba lentamente sobre
las cúpulas, los techos! ¡Era el alba
alegre, victoriosa; era la luz,
apoteosis de la vida; suenan
las campanas a vuelo, diseminan
sus fanfarrias de gloria por el orbe!
¡Los gérmenes despiertan; un susulto
de vivir y crecer vibra en las cosas,
embriagadas entre los esplendores
de la hilarante aurora, entre los himnos
que el universo alborozado grita:

Amor, alma del mundo, razón única
de la existencia, fuerza de las cosas,
dominadora de la pesadilla
tan dolorosa! ¡Amor triunfa siempre!
Y salgo entre el cantar de los cantares
del alba luminosa, hacia la vida,
fuera de la tiniebla sin consuelo,
hacia el salmo triunfal del sol naciente!

FIN

ÍNDICE

Francisco A. Sicardi



La Canción del Insomnio

POEMA



Talleres Tipográficos de A. Molinari
1256 - Talcahuano - 1256
Buenos Aires
1918